DIARIO DE UN VIAJE A ORIENTE.

DIARIO

DE

UN VIAJE A ORIENTE.

ARGEL, NÁPOLES, POMPEYA
Y EL VESUBIO, SICILIA, GRECIA, EL ARCHIPIÉLAGO,
TURQUÍA Y EGIPTO.

Viaje verificado á bordo de la fragata
de guerra «Arapiles»

POR

DON VICENTE MORENO DE LA TEJERA.

ADMINISTRACION:
CALLE DEL MESON DE PAREDES, NÚM. 100.
MADRID.

Imp. de Manuel Martínez, Mesen de Paredes, 100.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. IGNACIO GARCÍA DE TUDELA,

CAPITAN DE NAVIO DE PRIMERA CLASE.

Dígnese V., amigo mio, admitir estas páginas. En la primera debe figurar su nombre, el nombre del distinguido marino que con tanto acierto mandaba la fragata *Arapiles* en la excursion á que este libro se refiere.

Hace seis años no hubiera osado dedicar á V. mi obra. Este acto hubiérase podido interpretar desfavorablemente para mí. Entonces era V. mi jefe. Hoy que, retirado hace tiempo del servicio de la Armada, me consagro solo dentro de mi humilde y limitada esfera de accion al cultivo de las ciencias y de las letras, esta dedicatoria no puede significar otra cosa que un público testimonio de afecto que se complace en tributarle su admirador y amigo,

Vicente Moreno de la Tejera.

INTRODUCCION.

CARTAS Á UN AMIGO.

I.

Con una candidez que te honra, querido amigo, me diriges los más duros epítetos, increpándome por lo que llamas mi indolencia. Solo siendo tan mi amigo puedes tratarme tan mal, y habré de perdonarte en gracia siquiera de tu buena intencion.

¿Por qué no doy á la luz pública mis viajes? Más cándido que tú fuera yo si lo intentara. Ignoras que mis viajes ni conmueven ni interesan, lo que te explicarás fácilmente con que te diga que ni me ha sucedido ninguna extraordinaria aventura, ni me place inventarla. No he visitado países desconocidos ó ignorados, ni he luchado con tiburones ni caimanes, ni presenciado descomunales batallas entre salvajes, ni he cazado leones, ni he naufragado nunca ni descarrilado siquiera. No soy capaz de inven-

tar como Arago en su *Vuelta al mundo,* ni de poetizar hasta lo más prosáico como Lamartine en su *Viaje á Oriente,* ni de soñar como Castelar en sus *Recuerdos de Italia.* He tenido la desgracia de ser en mis viajes tan *realista* como *idealista* me hicieron las obras puramente imaginativas, á cuya lectura me entregué con tanto afan en otro tiempo, y habiendo visitado muchos pueblos y diversos países, y habiéndolos visto sin las galas de la poesía, sin el encanto de lo ideal, tales como son y no como fueron (ó como tal vez no fueron nunca) habria de presentarlos bajo un prisma demasiado verdadero para que fuera agradable.

El soñador de aldea que mira encerrado el círculo de su vida en la estrecha superficie de su valle, que encuentra una abrumadora monotonía en aquellos árboles, en aquellos montes, en aquel riachuelo que está viendo desde su niñez; se finge en su acalorada fantasía mundos desconocidos, llenos de luz, llenos de encanto, y arrastrado por el vértigo que le domina, buscando impresiones nuevas en el nuevo mundo que ha soñado, abandona sus hogares y se lanza al torbellino de la ciudad, donde aprende, á costa de dolorosos desengaños, que la realidad de la vida está exenta de poesía en la ciudad y en la aldea, que esos mundos ideales existen solo en la mente y se disipan como las sombras al despertar de un sueño.

Del mismo modo el misántropo que huye de la ciudad porque le asfixia su atmósfera, y le aturde su ruido y le fatiga su eterno movimiento, y le can-

san sus costumbres, y le aburren sus fiestas, encuentra en el reducido pueblo, donde pretende hallar descanso, la oficiosidad del cura ó del alcalde que le abruma, y la chismografía de los vecinos y la curiosidad empalagosa de las mujeres, y sale al campo, y curtido por el sol ó por el frio, perseguido por el perro de ganado, molestado por los insectos, busca en vano refugio y aislamiento, y se acuerda con deleite de su casa y su familia que en mal hora abandonó.

Yo, en otro tiempo, tuve algo del soñador y del misántropo, y no sólo la ciudad, sino la pátria donde nací, me parecia estrecho círculo para mis aspiraciones. Su ciencia, sus artes, sus costumbres, su naturaleza variada con sus hermosas perspectivas, su vegetacion, sus bosques, sus llanuras, sus montañas, sus rios, sus manantiales, todo me parecia pobre, pequeño, mezquino, raquítico al lado de los encantados países que yo soñaba. Yo veia otros mundos dotados de una vegetacion gigante y vigorosa, de montañas inaccesibles, de animales extraños; yo veia rios espumosos, atronadoras cascadas, países deslumbradores, ciudades soberbias y monumentales; veia otras civilizaciones, otras costumbres, otra naturaleza con nuevas flores y armonías nuevas, y perdido en este torbellino de fascinadores sueños, exclamaba delirante:—El hombre es cosmopolita; el mundo es el inmenso libro de la Naturaleza; cada pueblo, cada localidad es una página; recorramos estas páginas si queremos leer este libro sacrosanto.—¡Génova, Nápoles, Pompeya, el

Vesubio, Jerusalem, Atenas! Mágicos nombres. ¡Cuánta poesía, cuántos recuerdos!

Y es cierto. ¡Cuánto enseñan los viajes! Yo he aprendido en ellos que si el hombre por su naturaleza física es cosmopolita, no lo és, no puede serlo su espíritu. Queda siempre algo detrás de nosotros, algo que nos llama y arranca suspiros al pecho y lágrimas á los ojos, y ese algo que muchas veces llega á producir una enfermedad moral que aniquila las fuerzas físicas y que se conoce con el nombre de *nostalgia*, ese algo hace que no encontremos nada que hable á nuestros sentidos con tanta fuerza como los recuerdos hablan al corazon. Y entonces no hay luz, no hay variedad, no hay armonía; todo aparece triste, lánguido, monótono al rededor nuestro. Y es que no hay belleza sin sentimiento, y cuando los sentimientos llevan la imaginacion léjos de los objetos que nos rodean, el más deslumbrador espectáculo no consigue impresionarnos. Y es que en la doble naturaleza humana, los sentimientos y las ideas, ese mundo interior que llevamos en el corazon y en el cerebro, se sobrepone al mundo exterior, que llega á sernos indiferente.

No me refiero al naturalista á quien le basta encontrar una flor, una concha, una piedra, un fósil que falte en su museo para creerse dichoso; ni al filósofo que vé el mundo desde la altura de sus profundas elucubraciones; ni al arqueólogo que se entusiasma, ó cree entusiasmarse, á la vista de una inscripcion que no comprende... Pero yo, que apenas tengo de estas ciencias más que rudimentos; yo,

pobre soñador, que veia tantos pueblos y ciudades como visiones fantasmagóricas, que he visto convertirse en humilde venta el que me fingia soberbio castillo, ¿qué puedo contar de mis viajes?

Tocado bien pronto el desengaño de mi locura, sucedió al entusiasmo la nostalgia, y desde ese momento ví, con escasa diferencia, los mismos caractéres en todas las páginas del libro de la Naturaleza.

Cuando hoy, de ciudades que yo he visitado, leo pintorescas descripciones, y me paro á meditar la inconmensurable distancia que existe entre estas pinturas y la realidad que yo he visto, llego á creer que el autor escribe de memoria y pinta á su capricho, ó que mis viajes han sido un sueño, una pesadilla que ha durado tres años. Mas como, por desgracia, nunca he estado más despierto, tengo que exclamar con un poeta contemporáneo:

—«Es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira,
todo es segun el color
del cristal con que se mira.» (1)

¿Y no es, por ejemplo, mucho más bello fingirse al pescador napolitano cubierto con un caprichoso y pintoresco traje, entonando alegres barcarolas, al compás de sus remos en el plateado golfo, á los pá-

(1) D. Ramon de Campoamor.

lidos rayos de la luna, que verlo conmigo sentado indolentemente en la popa de un súcio bote lo mismo que si se tratara de un prosáico pescador de Rivadeo?

¡El mar Tirreno, el Egeo, el golfo de Salamina, el Helesponto! ¡Qué nombres tan bellos, unidos sobre todo á una encantadora descripcion, en la que se mezclen en confuso tropel, en *amable desórden* la fosforescente estela de un esquife, las islas de Prócida y Capri, la corona de fuego del Vesubio, y luego Teséo, la escuadra de Xerges y los románticos amores de Hero y Leandro!...

Y sin embargo, amigo mio.... ¿Has visto el Estrecho de Gibraltar y el golfo de Valencia...?

Pero no quiero quitarte ilusiones...

¿Y los recuerdos históricos,—me dirás? ¡Ah, es cierto! ¡Qué grato es evocar los recuerdos históricos ... en el silencio del gabinete, en la calma de la noche, despues de recibir el ósculo sagrado de una madre cariñosa, el castísimo abrazo de la esposa amante ó las inefable caricias de los tiernos hijos!... Hablo por tí, querido amigo, que yo no tengo hijos ni esposa, y mi madre idolatrada ya no existia cuan do volví á mi pátria despues de muertas mis ilusiones. Por eso, como dijo Espronceda:

«Habla con su mujer el que se casa
Y yo con las paredes de mi casa.» (1)

---

(1) Cuando escribí estas líneas era soltero. Hoy, por fortuna, amigo mio, las circunstancias han variado.

—*Aquí fué Troya*,—exclamé con orgullo en los campos de *Besika*, contemplando una inmensa llanura estéril muy semejante á algunos sitios de la Mancha.

Esta es la pátria de Saffo,—dije, ó quise decir, al desembarcar en la isla de Mitilene (antigua Lésbos), mientras me tapaba apresuradamente las narices porque nuestro bote habia varado removiendo un fondo de pestilente fango. Esto me recordó que hay mucho cieno en el fondo de todas las cosas humanas, y se tropieza con él cuando ménos se piensa. Y al entrar en Lésbos por tan extraño sitio... ¡adios poesía! Pero Saffo... Mas vale no pensar en ella ni registrar su historia, no vaya á salir tambien el cieno á la superficie.

¿Comprendes ahora las razones que me asisten para dejar en el olvido mi *Diario de viajes*?

No obstante, fija hoy la atencion de Europa en los asuntos de Oriente, es posible que en cartas sucesivas me entretenga en describirte las principales ciudades de Turquía que he visitado, dándote una ligera noticia de sus costumbres, acerca de las cuales se tienen por acá ideas bien erróneas; y mientras cumpla esta promesa, que será tan pronto como tenga de nuevo humor para coger la pluma, espera con paciencia, que alguna vez has de tener razon para llamarme indolente.

II.

Dispuesto á cumplir, amigo mio, hasta donde mis fuerzas alcancen, la promesa que en mi anterior

epístola te hice de darte una ligera idea de algunas ciudades y costumbres orientales, busco en las olvidadas páginas de mi *Diario* aquellas que puedan ofrecerte algun interés y me preparo á trascribirlas.

Muy difícil, ó más bien imposible, seria para mí dar novedad á mis escritos cuando tantas y tan brillantes descripciones nos han dejado ilustres viajeros, si todos ó la mayor parte de ellas no se resintieran de un apasionamiento, no sé si punible ó disculpable. Quién dejándose llevar de un personalismo, no del todo justificado, nos cuenta más sus propias aventuras, no siempre verosímiles, que los países que recorre, quién remontándose en alas de su poética imaginacion quiere resucitar sobre las tristes ciudades de hoy, sobre las yermas soledades de los campos, la exuberante vida, el magestuoso explendor del antiguo imperio: quién, por último, inspirándose en un profundo celo religioso, estudia solamente el estado del cristianismo, su vida, su desarrollo, su manera de ser en medio del fanático pueblo musulman. Para unos todo es grandioso; para otros todo mezquino, y hé aquí explicada la razon de tan estrañas contradicciones:

«Todo es segun el color
del cristal con que se mira.»

Y hé aquí tambien la única novedad que puedo ofrecerte:—he mirado sin cristales, y si no he sufrido algun efecto de espejismo, de que no me haya

dado cuenta, podré estar seguro de no haber sido engañado por mis ojos.

Achaque es así mismo de viajeros, entretenerse en largas disertaciones científicas é históricas, y mucho más en estos últimos tiempos en los que todos somos *enciclopedistas,* haciendo alarde de una erudicion más ó ménos verdadera, y seguramente adolezco yo del mismo achaque, y aun lamento que la pobre biblioteca que á bordo llevaba, no me permita lucir más vastos conocimientos con que sorprender tu ignorancia.

Y dando por terminado tan largo exordio, dejaré, de ahora en adelante, el desaliñado estilo epistolar, para atenerme en un todo á la descuidada frase de mi *Diario.*

CAPÍTULO PRIMERO.

LA FRAGATA «ARAPILES»

En los primeros dias de Mayo del año 1871 encontrábase la escuadra española del Mediterráneo fondeada en el hermoso puerto de Barcelona.

Desde la muralla del Mar podian verse cuatro magníficas fragatas, amarradas al muelle del Sur: la *Numancia*, de aspecto magestuoso lleno á la par de gracia por el color blanco de sus filaretes y remates que contrasta con la negra mole de su poderosa batería; la *Villa de Madrid*, de elegante y esbelto corte y alto aparejo; la *Mendez-Nuñez* (antigua *Resolucion*), con su reducto blindado; y últimamente la *Arapiles*, altiva y guerrera con sus portas pintadas de rojo sobre fondo negro.

Dejemos las tres primeras á las que basta para

2

su justo y universal renombre con los gloriosos recuerdos del Callao.

Nos encontramos á bordo de la *Arapiles*. Hasta nosotros llegan los vagos rumores de la populosa ciudad que vive, no sabemos si defendida ó amenazada constantemente por el Monjuich. El sol próximo á ocultarse lanza sus últimos torrentes de luz sobre el imponente castillo y el animado puerto, que en todas direcciones se vé cruzado por numerosos y ligeros botes con sus blancas velas desplegadas para aprovechar la brisa de la tarde. Los oficiales de la escuadra se apresuran á bajar á tierra donde los encantos de la ciudad les proporcionarán justa compensacion á los azares y la monotonía de la vida del mar. Sin embargo, los de la *Arapiles*, en vez de imitar á sus compañeros, se encuentran, en su mayoría, reunidos en la toldilla del buque. Algo muy grave debe suceder á bordo. Pocos dias hace que esta fragata llegó al puerto procedente de Tánger, y natural parecia que sus tripulantes desearan disfrutar de las diversiones y atractivos que se encuentran en Barcelona.

Lo que sucede no es grave; pero es estraño. Los oficiales, muy á su satisfaccion, se ven retenidos por un deber de galantería. Acaba de llegar á bordo la esposa del comandante, la distinguida señora doña Fernandina Casariego de Tudela, y es preciso hacerle los honores del barco. Dícese que la escuadra permanecerá en el puerto de Barcelona durante todo el verano, y esto ha movido sin duda á la señora del comandante á emprender el viaje. Los ofi-

ciales la ofrecen sus respetos que ella acoge con exquisita amabilidad. En amena y agradable conversacion trascurre el tiempo, cuando poco antes de arriar bandera, (1) la fragata capitana llama á su bordo por medio de los gallardetes de señales al comandante de la *Arapiles*. Acude este al llamamiento y en un bote se traslada á la *Villa de Madrid*.

Su regreso es esperado con impaciencia. Vuelve por fin, y ántes de llegar á la toldilla se le vé comunicar órdenes al oficial de guardia. Se reune á su señora y pronuncia una sola frase:

—Nos vamos.

—¿A dónde?—pregunta Fernandina con voz trémula, mientras su rostro palidece.

—A Argel.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¿Tendremos tiempo para disponer mi regreso á Madrid?

—No hay tiempo para disponer nada. Mañana al amanecer salimos.

Dicho esto, con la actividad prodigiosa que caracteriza al Sr Tudela, comenzó á ocuparse de los preparativos de marcha.

Inusitada animacion se presenta á bordo en estos casos.

Grandes lanchones cargados unos de agua para llenar los algibes, otros de carbon, otros de víveres atracan á los costados del buque, y mientras unos

(1) Maniobra que se practica á la puesta del sol.

marineros se ocupan en izar á bordo y conducir á sus respectivos sitios todo esto, otros llevan á cabo diversas maniobras como envergar las velas, izar mastelerillos, trincar los cañones y otra multitud de detalles que fuera prolijo enumerar.

En tanto van y vienen los botes de los reposteros; oficiales y guardias-marinas, maquinistas y maestranza procuran proveerse de todo lo necesario, y en medio de esta animacion hácense comentarios de la duracion y objeto del viaje.

Por esta vez el objeto lo sabemos todos.

Distraidas las fuerzas francesas de la Argelia, con motivo de la guerra franco-prusiana, han aprovechado la ocasion las kábilas fronterizas para insurreccionarse contra el gobierno francés.

Llevamos, pues, la mision de defender, en caso necesario, los intereses españoles en Argelia.

Entera la noche se pasa en estos preparativos, y á las cuatro de la mañana, cuando una incierta luz crepuscular tiñe apénas de carmin el cielo por Oriente rasgando las sombras de la noche, pónese el barco en movimiento, y dejando á la derecha la alta montaña donde el Monjuich se asienta, salimos del puerto de Barcelona.

El tiempo se presenta apacible, la mar llana y despejado el cielo.

Navegando con ligera brisa de proa, pocas horas despues de nuestra salida dejamos por babor la isla de Mallorca.

Al caer la tarde quedamos sorprendidos viendo subir á la toldilla á la señora del comandante.

El que navega en un barco de guerra se acostumbra á todos los espectáculos de la naturaleza y nada le asombra. El cielo con sus nubes de caprichosas formas y contornos festoneados y sus fenómenos eléctricos, la tierra con sus bellos panoramas, sus islas, montañas y volcanes, la mar con sus encrespadas olas y sus pavorosos rugidos, todo se presenta á su vista, y de tal modo se acostumbra á estos espectáculos tranquilos ó terribles que llega á contemplarlos tal vez con indiferencia.

Pero lo que ha visto pocas veces, lo que le llena de asombro y estrañeza es la grata presencia de una señora á bordo.

Figuraos una isla cubierta de volcanes que vomitan fuego, desolacion y muerte y sembrada de rosas que embalsaman la atmósfera; figuraos un sangriento combate en el cual se oyera al par del trueno de los cañones y los lamentos de las víctimas los sentimentales acordes de una melodía italiana; figuraos los mayores absurdos, y aún así no llegareis á formar idea del estraño contraste que forma el semblante dulce y suave de una mujer al lado de tantos rostros atezados, su figura graciosa, delicada y esbelta en medio de sables y hachas de abordaje, de fusiles y cañones y tantos otros instrumentos de muerte, su voz argentina entre estas voces roncas y varoniles.

¿Qué tiene la mujer en sus ojos, en su voz, en su figura, en su sér entero que con su presencia solo embellece y llena de encanto cuanto le rodea?

Así nuestros barco no es ya solo una sombría

máquina de guerra. Sin perder en magestad ha ganado en encanto desde que sirve de albergue á la belleza y la virtud.

El comandante de la *Arapiles*, esclavo siempre de su deber, ocupóse de los preparativos de viaje de la fragata y no le quedó tiempo para disponer el regreso á Madrid de su señora. Esta, pues, no tuvo otro remedio que trasladar á bordo su equipaje, y confiada en que la mision que á Argel nos lleva durará poco, emprender con nosotros la peregrinacion por los mares.

El barco que nos conduce, de construcion inglesa, es una hermosa fragata de esbelto porte, fino aparejo y poderoso blindaje. Sus condiciones marineras son excelentes. Su andar es rápido. En buenas condiciones de mar y viento arranca doce millas. Sus balances no tan violentos como son por lo general los de todos los buques blindados. Maniobra á la vela con la misma precision que el mejor buque de madera. Con un andar de cinco millas ha virado por avante en cuatro minutos, dirigiendo la maniobra el entendido oficial D. Manuel Aleman (1).

El castillo, la toldilla, el combés, la batería, el sollado, los camarotes, todo es espacioso y elegante. Los grifos para inundar cualquier punto del barco en caso de incendio, están admirablemente distribuidos; la despensa, los pañoles, la botica, las dos enfermerías (una en el sollado para combate y

(1) *Virar por avante* es virar en contra del viento.

otra en cubierta, debajo del castillo, perfectamente ventilada) todos los servicios, todos los detalles, en fin, se encuentran á la altura de los últimos adelantos.

Sabido es que los barcos blindados, por su poca ventilacion, no reunen las condiciones higiénicas necesarias para la salud de sus tripulantes. De esta regla se exceptúa la fragata *Arapiles*. En más de dos años que permaneció á su bordo el que estas líneas escribe, no tuvo ocasion de presenciar la tristísima ceremonia de arrojar un cadáver al agua.

Réstame exponer, para que puedan mis lectores formar idea de la *Arapiles*, sus dimensiones, peso, fuerza y artillado, que son como sigue:

Eslora (longitud).....	85.00 metros.
Manga (latitud)......	16.48 id.
Puntal (altura).......	7.84 id.
Desplazamiento......	5.468 toneladas.
Fuerza de máquina....	800 caballos.
Espesor del blindaje...	12 centímetros.

Artillería.

Dos cañones de á 300, Armstrong.
Cuatro de á 180, idem.
Diez de 20 centímetros, núm. 2.

Estos en batería, y además uno de 180, Armstrong, colisa de proa en el castillo.

Tal es el barco que, bajo el mando de D. Ignacio García de Tudela, vá á representar en Argel los intereses de España.

CAPÍTULO II.

ARGEL.

Amanece un dia claro y sereno. El sol se eleva magestuoso en un cielo sin nubes. La mar, ligeramente rizada á impulsos de la brisa que roza su superficie, forma en la cresta de las pequeñas olas copos de blanca espuma.

Las aves que cruzan el espacio nos anuncian la proximidad de la costa, y en efecto, á las nueve de la mañana vemos tierra corrida por la proa. Distínguese al fin la ciudad de Argel, asentada, ó mejor dicho, escalonada en la vertiente de frondosos montes.

Al entrar en la ancha bahía contemplamos en toda su extension el bello panorama que la ciudad presenta.

En una vasta planicie al pié de los montes, y en la vertiente de estos, como si quisieran escalar su

cima, agrúpanse y escalónanse las casas de blancura deslumbradora, en caprichoso anfiteatro, destacándose sobre ellas las cúpulas de los templos cristianos y los minaretes de las mezquitas, cerrando el cuadro por todas partes una verde, lozana y poderosa vegetacion.

Bajemos á tierra. Pisemos esa abrasada tierra de Africa donde se levantó la soberbia Cartago disputando á Roma la soberanía del mundo. Visitemos esa orgullosa ciudad de Argel, cuyos marinos, por tanto tiempo terror de los navegantes, osados fueron en pleno siglo XVI á saquear los pueblos de las costas de España.

Las Córtes de 1559 decian á Felipe II:

«Las tierras marítimas se hallan incultas y brabas y por labrar y cultivar, porque á cuatro ó cinco leguas del agua no osan las gentes estar, y assi se han perdido y pierden las heredades que solian labrarse en las dichas tierras, y todo el pasto y aprovechamiento de las dichas tierras marítimas y las rentas de Vuestra Magestad por esto tambien se disminuyen, y es *grandísima ignominia para estos reinos que una frontera sola como Argel pueda hacer y haga tan gran daño y ofensa á toda España.»* (1)

Pero no podremos ya, por fortuna, formar idea de la riqueza y del poder de este pueblo de piratas. Su orgullo fué domeñado, abatida su soberbia, y

(1) Véase *Apuntes para la vida de Felipe II*, por D. Cayetano Manrique.

al mercado de cautivos ha sustituido la actividad del comercio europeo, y á sus costumbres orientales las costumbres de Occidente. Algo, sin embargo, debe quedar de su pasado, á juzgar por los blancos alminares de sus mezquitas y por la construccion morisca de sus empinadas calles.

Y en verdad que es Argel una ciudad extraña. En poder de los franceses hace cuarenta años presenta en la parte próxima al mar la regularidad y la hermosura de las construcciones europeas, mientras una gran parte de la ciudad se escalona, como llevo dicho, en áspera pendiente, ofreciendo el revuelto dédalo de callejuelas angostas, empinadas, tortuosas, infectas y sombrías de un pueblo moro.

Debemos, pues, visitar por separado la ciudad nueva y la antigua.

Encuéntrase, en primer término, un magnífico muelle de piedra con multitud de tiendas y almacenes, terminado al Norte por la estacion del ferrocarril de Orán.

Hermosas rampas y escaleras dan ascenso á la ciudad. Al llegar á ésta, una soberbia balaustrada de piedra corona las rampas y el alto muro, y ofrécese á vista de pájaro el bello panorama del animado puerto y la inmensidad del mar, cuya azulada superficie se confunde en el horizonte con el azul del cielo.

Recorriendo la ciudad nueva, encontramos buenas y anchurosas plazas con frondoso arbolado, en una de las cuales se eleva en bronce la estátua ecuestre del duque de Orleans; largas calles, tira-

das á cordel, guardadas las aceras por soportales de los ardientes rayos del sol, y casas europeas de dos pisos; sin que falten buenos edificios, como la Casa-correos, de gusto moderno, y un pequeño palacio de arquitectura muzárabe, residencia del gobernador. Numerosos cafés, un buen teatro, lujosas tiendas y un mercado, tal es la ciudad europea.

Y sin transicion alguna, sin más que dar vuelta á la esquina de cualquier calleja, de las muchas que desembocan en las principales, nos encontramos en medio de una poblacion distinta. Calles empinadas y tortuosas, escaleras por un lado, callejones en penosas cuestas por otro, casas por encima y por debajo, porque se asciende, no sé bien, si por escaleras con casas ó por casas en escalera; algunos balcones, tan salientes y en calles tan estrechas que casi se tocan con los del lado opuesto, dejando solo por entre unos y otros angostas rendijas por donde el cielo se vé apenas y por donde la luz pasa difícilmente; puertas desvencijadas que dan acceso á inmundos zaquizamis; tiendas mezquinas, mucha suciedad y un hedor insoportable; tal es la ciudad mora.

Pero más extraño que el contraste entre la ciudad nueva y la antigua, es el heterogéneo conjunto que forman los habitantes de Argel. Europeos, moros, judíos, beduinos, negros, una infinidad de tipos, desde el blanco mate hasta el negro de Angola de abultada cabeza y rizoso y áspero cabello, tipos tan distintos por el color como por el traje. Vemos los prosáicos, pero cómodos vestidos de Euro-

pa, al lado de jaiques y albornoces blancos ó encarnados; zuavas azules; gorros, casquetes, turbantes blancos, azules, encarnados; todos los colores del Iris. Moros elegantes, altivos, de color moreno pálido; otros, la inmensa mayoría, cetrinos, súcios y harapientos; y para completar el cuadro, mujeres miserables, con el rostro cubierto y las súcias piernas casi al aire. Y esta diversidad de trajes y colores, esta variedad de tipos y razas se vé en todas partes y á todas horas, y como la animacion es mucha, y mucha la afluencia de todas estas gentes en las principales calles, parece que en Argel se vive en un extraño y perpétuo carnaval.

Ya que de trajes me ocupo, describiré los que usan las moras y las hebreas, que mas llaman la atencion del extranjero.

Visten las judías á la europea, y llevan generalmente por los hombros un pañuelo ó manton cuya punta llega hasta el suelo, y una especie de velo blanco doblado que partiendo de la barba, próximo al lábio, se amarra en la coronilla. Parece que llevan un apósito ó vendaje como si tuvieran algun padecimiento de la mandíbula inferior.

Llevan las moras un manto ó jaique largo, de pliegues ámplios, con el cual se cubren la cabeza y la frente, concluyendo de ocultar el rostro con un paño que les llega desde los ojos hasta el pecho. Usan calzones, excesivamente anchos que bajan hasta el tobillo, donde se sujetan, y gruesos zapatos que ocultan los casi siempre desnudos piés. El traje es generalmente de color blanco. Píntanse las cejas, y

llevan algunas un garabato en la parte inferior de la frente y superior de la nariz, único punto del rostro que queda al descubierto. Sabido es que llevan tambien pintadas las uñas de negro, rojo ó azul oscuro, con lo que sus manos, que no son blancas ni bonitas, resultan feas y repugnantes.

Estas mujeres, con su cabeza erguida, su paso lento y su níveo ropaje, parecen esas fantasmas que nos forjamos en los sueños y terrores infantiles, y con su rostro cubierto aumentan la ilusion del carnaval en que cree vivir el que por vez primera recorre las calles de esta extraña poblacion.

Para tan diversas razas forzoso es que existan distintas religiones, que no existe sociedad alguna sin religion unas veces, sin preocupaciones nunca, y ya nos lo anunció así el panorama de Argel al presentar á nuestra vista la cúpula de la iglesia y el esbelto minarete.

Tiene la mezquita la misma forma que las iglesias católicas, con sus tres naves, y, por todo decorado, una alta plataforma de madera al Oriente, y á la derecha de la puerta de entrada una pila, ó mejor dicho, un pilon con fuente en forma de aguamanil. El piso del templo está entarimado. Los moros se lavan en la pila, y luego, con las babuchas en la mano, se internan en las naves para hacer sus zalemas y oraciones. Arrodíllanse, cruzan los brazos sobre el pecho, y despues de algunos minutos de oracion, se postran y besan el suelo, repitiendo varias veces esta operacion.

Dice el abad Mislim que los mahometanos de-

jan las babuchas á la puerta de la mezquita, y como no es posible que al salir pueda cada cual conocer las suyas entre muchos pares, infiere que tienen todos del mismo tamaño los piés, ó que se ponen las que mejor les viene en antojo.

Como vemos, no sucede esto en la mezquita de Argel, donde los mahometanos llevan en la mano sus babuchas, como lleva el católico en la iglesia su sombrero. Aunque así no fuera, paréceme que bien puede un mahometano conocer sus babuchas, como al salir de nuestras reuniones en Europa sabe cada concurrente distinguir su sombrero de los demás, excepcion hecha de aquellos que intencionadamente lo equivocan por otro más nuevo. Sin duda no tuvo presentes estas costumbres el reverendo abad al hacer la inocente observacion á que me refiero.

En su fachada la mezquita nada de notable ofrece; no es más que un blanco caseron, que á no ser por alguuos calados arabescos de la puerta de entrada, lo mismo pudiera parecer mezquita que palomar.

Algo más bella, pero en extremo reducida, es la sinagoga. En la única sala de que consta reúnense los judíos los sábados, y escuchan sentados la lectura de la ley de Moisés y los salmos que recita uno de sus sacerdotes.

No ménos pobre que las anteriores es la catedral católica, templo que no llama la atencion ni por su arquitectura, ni por su decorado, ni por obra alguna artística que digna de mencion sea. Las moder-

nas sociedades no gastan como las antiguas su tiempo, su trabajo y su inteligencia en obras de arte de puro lujo, que ningun fin práctico realizan, y procuran más bien hermanar el arte con un objeto utilitario.

A las pirámides egipcias, á los colosos de los antiguos tiempos, á los templos griegos, á los circos romanos, á las catedrales de la Edad Media, han reemplazado los puentes de hierro, las vias férreas, las fábricas de la industria y los cables submarinos. Y es que cada época tiene sus necesidades, porque así como el hombre crece y se perfecciona al ilustrar su inteligencia, así tambien los pueblos se desarrollan y sufren importantes trasformaciones al aducir nuevos conocimientos á los conocimientos pasados, al desechar errores y adquirir nuevas verdades que pone de manifiesto el espíritu de la ciencia. Esta es la eterna obra del progreso.

Y así como el hombre siente necesidades distintas en sus distintas edades, así son diversas tambien las aspiraciones de la humanidad en las diversas épocas de su vida.

Por eso los franceses al ocupar la Argelia no se cuidaron de convertir al cristianismo á este pueblo que rinde culto á una religion, no más fanática que otras, y obedeciendo á las necesidades de los tiempos, en vez de soberbias catedrales, construyeron magníficos muelles y ferro-carriles, que son la vida de la industria y el comercio, síntesis de la vida en las sociedades modernas.

Aparte de esto, si son los franceses, como se di-

ce, frívolos y ligeros, no desmienten este carácter en sus prácticas religiosas. He asistido á una funcion de la catedral y quedé sorprendido al ver un numeroso grupo de muchachos, vestidos con brillantes colores, no sé si de monaguillos ó de máscaras, que al toque de la campanilla y al compás de una orquesta, movíanse, giraban y marchaban con la misma precision que un peloton de reclutas. Verdaderamente era gracioso el espectáculo que excitaba más de una vez la hilaridad de la concurrencia que fijaba su atencion en esto, olvidando la severidad de las austeras prácticas del catolicismo.

Bien mirado tal vez tengan razon los franceses. Es más bello reir que llorar, y es mas grato divertirse que empeñarse en ver el mundo como un valle de lágrimas.

Por eso en Argel no faltan esas diversiones á que tan aficionados se muestran los franceses, y así como durante el dia hemos visto la mezquita, la sinagoga y la catedral, si por la noche recorremos la poblacion, á la luz de los mecheros de gas, encontramos más de un café-cantante donde se representan *vaudevilles* ó zarzuelas bufas, donde oimos epigramáticas canciones, *calemburges* de color subido, y donde se baila el siempre aplaudido can-can.

Más de una vez, á la salida ó puesta del sol, he recorrido los alrededores de la ciudad. No puede darse nada más bello. Encuéntranse montes frondosos, intrincadas selvas donde las plantas y las flores más extrañas brotan al acaso, hermosos bosques y amenos valles poblados de casas de campo.

Por todas partes una vegetacion poderosa, una naturaleza salvaje, un panorama pintoresco, variado y encantador.

En los extremos de la ciudad, deliciosos paseos, como el jardin Marengo, que en largas alamedas cortadas aquí y allí por plazas y mesetas con fuentes y rústicos cenadores, rodea en caprichosos espirales un pintoresco cerro. En las cercanías deliciosos sitios de recreo, como San Eugenio, con bellísimos jardines y Punta Pescada, donde á la orilla de mar y bajo la fresca sombra de los árboles se sirven en modestas fondas, refrescos y comidas.

¿Quien en Argel no recuerda la amarga desventura del Manco de Lepanto, de ese genio gigante cuyo recuerdo vivirá eternamente por sus obras en la conciencia de la humanidad? En la costa, y á distancia del puerto, dícese que existe una gruta, de cuya situacion nadie acertó á darme noticia exacta, en la cual se albergó Cervantes en una de sus tentativas de evasion. No pude cerciorarme de la existencia de la gruta; pero ¡cuantas veces, desde lo alto del jardin Marengo, al contemplar á vista de pájaro la ciudad y sus alrededores acudia á mi mente el recuerdo del sublime autor del *Quijote!* ¡Con cuánta amargura, con qué tristeza tan infinita contemplarian sus ojos estas costas, estos cerros y esas azuladas y tranquilas aguas que le separaban de su patria querida, de su patria, que le guardaba, en recompensa de la gloria que él le ofreciera, no ménos dolores y pesares que los sufridos en su largo y triste cautiverio!

Estos cerros, estos montes, estas selvas, esta ciudad y estas aguas que contemplo, esta africana tierra que mis piés huellan, son las mismas selvas, los mismos espectáculos que contempló el triste cautivo, es la misma abrasada tierra que tal vez humedeció con sus lágrimas.

Es la historia de todos los pueblos, es la historia de la humanidad. Los apóstoles de la idea no tienen otra recompensa que el martirio. Desde Séneca hasta Galileo, desde Arístides á Colon, la história de la ciencia y la virtud con lágrimas está escrita.

Dejando estos recuerdos y consideraciones, examinemos la actual situacion de Argel.

Extraidas fuerzas francesas, como anteriormente queda expuesto, con motivo de la guerra franco-prusiana, insurreccionáronse algunas kabilas contra el gobierno francés.

Trató el gobierno de enviar refuerzos, y al salir las tropas de Marsella hubieron de suspender su embarque para acudir á Lyon, donde nuevos trastornos complicaban más y más la difícil y crítica situacion de Francia.

Ocho mil hombres forman hoy el ejército de Argelia, y con tan escasas fuerzas hay que atender á la defensa de las poblaciones y á contener la osadía de los insurrectos. Ardua es la empresa, y por hoy tropieza con dificultades.

Los moros recorren el territorio argelino cometiendo toda clase de desmanes. Fuera de los grandes centros de poblacion no hay seguridad alguna. En la misma capital es hoy peligroso arriesgarse

en las altas horas de la noche á pasar por los barrios que los moros y beduinos habitan.

Un cuerpo de ejército francés tiene su campamento á cuatro leguas de Argel, y más de una vez se ha visto atacado por el enemigo, y aunque haya sido éste rechazado, no dejan de tener importancia estos encuentros, que revelan, si no la fuerza, la osadía de los argelinos.

En los pequeños pueblos del interior la vida se hace imposible. Los pacíficos moradores ven sus hogares asaltados por hordas de moros que cometen toda clase de excesos. En Palestro han sido pasados á cuchillo casi todos sus habitantes, españoles en su mayoría. Este ha sido el motivo de la venida á Argel de la fragata *Arapiles*. La presencia de este barco ha calmado los justos temores de la colonia española.

Dícese que en un pequeño pueblo, próximo á la costa, se encuentra sitiado por los argelinos un regimiento francés. Barcos de guerra han salido en su auxilio.

Cuando un país se encuentra en tan insostenible situacion, surgen siempre complicaciones y conflictos. Por esto son hoy tirantes las relaciones entre españoles y franceses.

Parece que al comenzar la insurreccion hízose un llamamiento á la colonia extranjera para que auxiliara á la defensa del territorio. Armáronse los españoles formando un batallon. Creyendo tal vez las autoridades francesas que no llegarian á tomar incremento los iniciados trastornos, ó no convinien-

do tener organizada por cuenta propia una fuerza de españoles, temibles acaso por su carácter díscolo, ó por otras razones que no podemos conocer, fué el batallon disuelto y desarmado. Hoy las autoridades, hallándose con escasas tropas para dominar la temible insurreccion, acuden de nuevo á las masas, y hoy los españoles se niegan á tomar las armas, resentidos por el anterior desaire.

Ignoro si la venida de la fragata *Arapiles* tiene tambien alguna relacion con estas desavenencias.

Muchos compatriotas me aseguran que al tino, prudencia y relevantes dotes de nuestro cónsul don Balbino Cortés y Morales, se debe que no hayan surgido más sérios y graves conflictos entre españoles y franceses, aquí donde la colonia española es numerosísima.

Debido á esta situacion anómala porque el país atraviesa, no es hoy la vida en esta ciudad tan distraida y animada como en circunstancias normales debe serlo. Muchas familias han emigrado; multitud de comercios han cerrado sus puertas y suspendido sus operaciones; la compañía de ópera que actuaba en el teatro ha terminado la temporada, y esto por una parte, y por otra el temor y sobresalto en presencia de tan graves acontecimientos, quitan hoy á esta ciudad una gran parte de su vida y animacion.

Veinticuatro dias hemos permanecido fondeados en el puerto.

Comienzan á llegar numerosos refuerzos de tropas en barcos de guerra. Entre estos llama la aten-

cion el navio *Magenta*, hermoso buque con dos baterías y poderoso blindaje. (1)

Con los refuerzos cobra nuevo empuje el ejército francés; los argelinos son derrotados y dispersos; la confianza renace, y seguramente en breve plazo volverán las cosas á su estado normal.

Nuestra presencia es ya innecesaria. Una fragata inglesa y otra italiana, que, como nosotros, tenian la mision de velar por los intereses de sus nacionales, han abandonado el puerto.

Tal vez de un momento á otro reciba la *Arapiles* órden de regresar á España.

En efecto, en la mañana del 27 de Mayo recibe órden el comandante, y en el acto comienzan los preparativos de marcha. Pero ¡oh sorpresa! Con inmenso júbilo recibimos la noticia de que salimos para Nápoles. Vamos á representar á España con motivo de la Exposicion marítima que en Nápoles se celebra.

Por última vez contemplamos el bellísimo panorama de Argel. Al llegar al puerto lo vimos inundado de luz, á los resplandecientes rayos del sol que se levantaba en el firmamento. Hoy se presenta á nuestros ojos iluminado con esas pálidas y melancólicas tintas del crepúsculo de la tarde.

Tal vez en el porvenir no vuelva á tener ocasion de ver el pintoresco anfiteatro de esta ciudad ni la

---

(1) Este buque ha sido víctima recientemente de una explosion de pólvora en la bahía de Tolon: Con él ha perdido Francia uno de sus mejores barcos.

hermosura de esta vegetacion vigorosa, de esta naturaleza salvaje. Por halagüeñas y variadas impresiones que en mis viajes me esperen, cuando abandono una ciudad, tal vez para no volver á ella, una amarga tristeza se apodera de mi ánimo, pensando en el triste destino de aquel, que forastero en todas partes, pasa su vida de pueblo en pueblo, de nacion en nacion, de continente en continente, siendo siempre recibido sin amor y despedido sin pena.

CAPÍTULO III.

DE ARGEL Á NÁPOLES.—EL DOMINGO Á BORDO.

A las cinco de la tarde, con rumbo N. E. y cuatro calderas encendidas, salimos del puerto.

La tarde está hermosa y la mar en calma. Aún se distinguen vagamente las costas africanas cuando el sol oculta su magnífico y refulgente penacho de fuego. La poderosa hélice, azotando las aguas, deja á nuestro paso en larga y fosforescente estela, torbellinos de blanca espuma.

Poco á poco se borran de mi mente los recuerdos de Argel, para pensar en Nápoles, en esa poética ciudad que tantas veces nos han pintado como el vergel de Europa, como el templo del placer y del amor; en Nápoles que nos espera con su hermosura, sus ruinas, su belleza, su campiña y su temible volcan.

Ver Nápoles, recorrer sus bellos alrededores, internarme en sus grutas, respirar en las ruinas de Pompeya la atmósfera del pasado, ha sido una de las más dulces ilusiones de mis juveniles sueños.

Y ha querido la casualidad que al abandonar á Argel, donde gimió Cervantes en el cautiverio, vaya á Nápoles, donde su protector el conde de Lémus llevó consigo á los Argensolas, y á donde le hubiera acompañado el autor del Quijote á no habérselo impedido los años y los achaques.

Entregado á estos recuerdos dejo pasar la noche, y veo despuntar el dia, con mar llana y viento flojo

¡El domingo! Para cumplir mi propósito de dar á conocer á mis lectores las costumbres, casi ignoradas, de la gente de mar, ocasion es esta de describir la manera como á bordo se celebra la fiesta del domingo.

Todos recordamos que en casa de nuestros padres, que aún conservaban reminiscencias del pasado siglo, esta fiesta puede decirse que comenzaba el sábado con una limpieza general de la casa: se fregaban los suelos, se removian los trastos, todo se sacudia y arreglábase todo. El domingo nos poníamos la camisa limpia y la ropa nueva. El padre no trabajaba, la madre no cosia y el niño no iba á la escuela. Algo de esto queda en los pueblos, muy poco en las capitales y nada en Madrid, porque en Madrid siempre es domingo.

Yo recuerdo que en mi niñez el domingo era casi un acontecimiento.

A bordo es más que un acontecimiento; para el marinero el domingo es una felicidad.

Como en casa de nuestros padres, comienza la fiesta el sábado con un *baldeo* de piedra y arena ó limpieza general del buque. Al siguiente dia el marinero nada tiene que hacer, excepto las maniobras indispensables. Desde muy temprano se visten todos de limpio con la ropa más nueva.

A las diez se dice misa en cubierta.

Yo creo que la misa, tal como la celebraban los primeros cristianos en las Catacumbas, teniendo por altar una piedra, por toda imágen un Crucifijo de madera toscamente tallado, una misa sin pompa y sin ornato, debia impresionar más profundamente que la aparatosa suntuosidad de las modernas catedrales. Y creo esto, porque yo, que difícilmente me conmuevo con las ceremonias religiosas, me he sentido impresionado ante la sublime sencillez de la misa á bordo. Unas tablas cubiertas con un paño blanco por altar, y un trapo amarillo y rojo por colgadura, esto es todo. Pero ¿qué importa la pobreza del ajuar ni el reducido espacio que el barco ofrece, cuando sirve de templo la inmensidad de los mares? Aquí no hay oro, mirra, ni incienso; pero el pensamiento se pierde y se confunde en el infinito cuando el hombre eleva su mirada á la inmensa bóveda del firmamento que le sirve de dosel. Aquí, en vez de órgano, cuyas acordes notas retumben en el artesonado techo de una catedral, hay solo una corneta; pero su toque desapacible y agudo se mezcla al confuso murmullo de las olas y

el sordo gemido de los vientos, grandioso concierto que forma la eterna armonía de la naturaleza. Aquí no hay música; aquí no hay cantos; aquí no hay artificiales luces, ni cristales de colores, ni pilares, ni crespones, ni púlpitos, ni imágenes, ni colgaduras; pero la luz del sol brilla en toda su majestad y la naturaleza infinita desenvuelve ante los ojos, en mágico espectáculo, toda su deslumbradora belleza.

Pero acaba la misa y comienza el contraste; contraste que se convierte en sarcasmo.

Formada como está la tripulacion, el pito del contramaestre dá el toque de silencio y un guardia marina procede á la lectura de las leyes penales. No se ha podido elegir para esto momento ménos oportuno. Al terminar los Evangelios, código donde están escritas las piadosas leyes del Galileo, que encarnan un ideal sublime de caridad y de esperanza, se atreven á leer ese otro código que recibe el nombre de *Ordenanzas militares*, y que parece escrito con una pluma mojada en sangre.

No discutiré la justicia ó la conveniencia de esas leyes; pero sí repetiré que es un absurdo, que es un sarcasmo, que es una impiedad leerlas en tal momento; porque equivale á decir: «Si creeis en Jesucristo, si creeis en la caridad, si creeis en el perdon, olvidadlo; aquí nada de eso existe; aquí no hay más que el *chicote* del contramaestre, la cadena del presidiario y la pena de muerte.»

Pero dejando á un lado estas consideraciones, que me llevarían demasiado léjos, vuelvo á ocuparme de la fiesta del domingo.

Terminada la misa, comienzan las horas de recreo, que duran todo el dia.

Id á proa y vereis un cuadro singular. Pequeños grupos de marineros vagan por todas partes. Unos pasean; otros, reposando á la sombra de la chimenea, hablan y rien olvidando sus pesares y fatigas; aquí uno con un libro desencuadernado y mugriento recita torpemente á sus compañeros los versos de *Don Juan Tenorio* ó la historia de Bertoldo; allí se ocupa otro en recoser su ropa; más allá, separados de los demás, se ven dos jóvenes que sostienen en voz baja una animada conversacion; tal vez depositan uno en otro los secretos de su vida; tal vez recuerdan las bellezas de su pueblo, los dias de su niñez, la imágen de sus amadas, la historia de sus amores. Y en el rincon más escondido, aislado de todos, fumando distraidamente, vereis alguno con los ojos fijos en el espacio, ó en la blanca lona hinchada por el viento ó en las caprichosas ondulaciones del humo que se escapa por la chimenea, que, sin apercibirse del tumulto y algazara que reinan por todas partes, piensa tal vez en los tranquilos y venturosos dias que para él pasaron al lado de su madre en su pequeña aldea. Tal vez recuerda que el domingo en su pueblo esperaba á las mozas en la plaza, con su capa nueva ó su chaqueta al hombro; tal vez recita en su mente aquellos dulcísimos cantares que, al compás de su guitarra, entonaba ante la reja donde su novia le aguardaba.

De pronto el bullicio crece, las carcajadas son más sonoras, más frecuentes los gritos. Es que tres ma-

rineros juegan al *moscardon;* todos los rodean, los animan y se divierten con ellos. Cada golpe, cada amago, cada movimiento excita la hilaridad del corro, y el que contempla este entretenimiento se siente arrastrado por esta sencilla alegría y rie tambien y toma parte en la fiesta.

Si dejando la cubierta bajais á batería, el cuadro varía de aspecto. Vereis un centenar de marineros que juegan á la lotería de cartones. No se oye más que á intervalos una voz clara y poderosa que llega hasta el sitio más recóndito del barco. Es la voz del que canta los números. Los demás, no sólo no hablan, sino que apenas respiran, apuntan silenciosamente, y sólo de tiempo en tiempo interrumpe esta monotonía la voz del agraciado que hace suspender el juego.

En estas diversiones, más ó ménos inocentes, se pasa el domingo en la mar. Estando en puerto, sobre todo cuando por especiales circunstancias no puede la gente bajar á tierra, se ofrecen otros espectáculos que, como el teatro á bordo, son por demás curiosos, y de ellos me ocuparé en ocasion oportuna.

Con viento fresquito y mar rizada de proa, amanece otro dia. Conforme se levanta el sol vá refrescando el viento (1) y engruesando la mar.

Ayer fué el tiempo apacible; ayer en la natura-

(1) En el tecnicismo de los marinos, el viento más ó ménos fresco hace referencia, no á su temperatura, sino á su fuerza, ó sea la velocidad de su marcha.

leza la calma, en el barco el recreo; hoy en los elementos la lucha, á bordo el trabajo.

La vida del universo, la vida de la sociedad, la vida del hombre, están llenas de contrastes.

Vamos costeando la isla de Cerdeña que dejamos por babor. Hemos rebasado el cabo Spartivento, hemos surcado las olas del golfo de Varaglio, y al salir de él, doblando el cabo Carbonara, hemos encontrado más tranquila la mar, mientras el viento vá cayendo poco á poco. Cierra la noche serena y clara, cómo si la naturaleza se complaciera en mostrarnos á cada paso sus contrastes, y otro dia llega tan hermoso y risueño como desapacible y sombrío ha sido el anterior. La mar se presenta llana y bella, y brilla el sol en el firmamento de un azul límpido y trasparente.

No tardaremos en embocar el golfo de Nápoles. Por la amura de estribor distínguese ya, aunque confusamente, la isla de Capri, por la de babor la de Ischio y por la proa, á gran distancia, la alta montaña del Vesubio.

Nada hay que engañe tanto como las distancias en la mar. A las dos divisamos las citadas islas, veíanse á las cuatro con entera claridad; parecia que en breves momentos habíamos de rebasarlas, y á pesar de que llevamos un andar de nueve á diez millas por hora, cae la tarde sin que nos encontremos á su altura. Bien que la calma de la atmósfera, la limpidez del cielo, que no se vé empañado por la mas ligera nube ni la mas insignificante bruma, el fuego del astro del dia que brilla en todo su

explendor, aumentando la intensidad de sus resplandores el reflejo de las aguas en cuya superficie se quiebran sus rayos como en un espejo, lo inundan todo de una claridad deslumbradora, y hay tanta luz en el firmamento, tanta luz en la tierra y en la mar, tanta luz en el espacio, que nada de extraño tiene que á inmensa distancia hayamos divisado las islas del golfo y la elevada montaña, y que la vista deslumbrada se engañe y se confunda en medio de este torrente de luz y de belleza.

Húndese el sol poco á poco en las aguas. Ocúltase la mitad de su disco explendoroso, y la otra mitad, de color rojo encendido, parece que breves momentos flota sobre la superficie del mar. Ocúltase al cabo, y una luz amarillenta con reflejos de oro, estiéndese por el cielo y el espacio, inundando el éter con los impalpables átomos de su pálida y melancólica luz.

Cierra por fin la noche. Entramos en el golfo dejando por estribor la isla de Capri y por babor las de Ischio y Prócida. Destácase claramente la alta montaña, en figura de cono, en cuyo vértice arde la inmensa hoguera del Vesubio, mientras en su vertiente distínguense tambien rojos y siniestros resplandores.

Toda mi voluntad no basta para que mi vista se aparte de ese fuego, cuya luz sombría nos sirve de faro para navegar por el golfo. Los más terribles accidentes de la naturaleza sabe aprovecharlos la inteligencia humana. Así se atreve á escalar el hombre la horrible cima del volcan, sintiendo tre-

pidar la tierra, sintiendo el fuego bajo sus plantas. Y así yo tambien realizaré mi ardiente deseo de hollar con mis piés la altiva frente del Vesubio.

Así como en la cúspide y en la vertiente de la montaña vivísimos resplandores acusan el fuego que arde en su seno, así tambien en su falda y en todo el vasto anfiteatro que forma el golfo, multitud de pequeñas luces revelan la actividad de las poblaciones. Por la proa la ciudad, Nápoles; por estribor queda el Vesubio, y en su falda Sorrento, Ressina, Castellamare y otra multitud de pequeños pueblos que tranquilos se adormecen al pié del temible gigante que los amenaza.

Damos fondo por fin en la ancha rada. Mañana entraremos en el puerto.

CAPITULO IV.

NÁPOLES.

I.

COSTUMBRES.—EL RECINTO DE LA CIUDAD.

Ni en las obras de la naturaleza ni en las del hombre puede existir la belleza absoluta. La belleza es siempre relativa. En la mayor parte de los casos la apreciamos por comparacion. Por eso sin duda, al contemplar á la luz del dia el panorama de Nápoles, léjos de sentir entusiasmo he sentido en el alma el desencanto. Veo el ancho semicírculo del golfo, desde Possílipo al Vesubio, y no encuentro la realidad de las brillantes descripciones que he leido. Y es que aún viven en mi mente los recuerdos de la pujante y vigorosa vegetacion de los alrededores de Argel, y esta naturaleza me parece pobre al lado de aquella naturaleza salvaje.

Bajo á tierra: pongo el pié en el muelle, me abro paso por entre súcios y harapientos pescadores, atravieso una estrecha puerta y dejando á mi izquierda el arsenal, sigo una ancha calle, dejando mis huellas señaladas en el blando asfalto de la acera.

Multitud de cocheros me interceptan el paso ofreciéndome sus *carruselas*, pequeñas berlinas descubiertas. Al atravesar la calle pónenme delante el coche para que suba; no me dejan andar.

Líbrome de ellos, respiro; pero me olvidaba de los *cicerones*: Se me acerca uno, lo despido; luego otro y otro despues, y si voy solo, quiera ó no quiera, vienen á mi lado ó en pós de mí; y si voy con un amigo es imposible sostener conversacion alguna, porque nos vemos siempre interrumpidos por los importunos. Por librarme de ellos tomo un coche.

—*Strada di Toledo*—digo al cochero. Sabia que esta es la calle principal de Nápoles, y me era grato decir en italiano un nombre propio español. No bien arranca el coche, un *cicerone* sube de un salto al pescante, y volviéndose á mí se ofrece á conducirme á la gruta del Perro, á Possilipo, á las Catacumbas, á la Villa Reale, y á todas partes. Rechazo sus servicios amostazado ya, y llego por fin á la calle de Toledo. Con disgusto veo que han cambiado su nombre y hoy se llama *Via di Roma*.

Entro en el café de Europa, el mejor de Nápoles, que no es por cierto ni grande ni lujoso, y el sinnúmero de baratilleros que vienen á vender objetos de lava no me dejan tranquilo.

Salgo del café, y otra vez me asaltan los *ciceronis*. Esto no es vivir.

No seguiré punto por punto mis escursiones por la poblacion y sus alrededores, porque seria muy molesto, y como quiera que permaneceré algun tiempo en Nápoles, tiempo me queda para verlo todo detenidamente.

No me ocuparé de la historia de Nápoles, harto conocida, en la cual hay más de una página gloriosa para España, siguiendo la convencional costumbre de considerar como glorias los triunfos militares que traen consigo la dominacion y la tiranía.

Cuenta Nápoles hoy 500.000 habitantes, y es una buena ciudad, con espaciosas plazas y calles, siendo la principal la mencionada de Toledo, de media legua de larga, un poco tortuosa y no muy ancha relativamente á su importancia, sus comercios, su mucho tránsito, y al sinnúmero de ómnibus y coches de todas clases que la recorren.

Preciso es convenir en que no son muchas las calles buenas, pues la mayoría son estrechas y un tanto sombrías por la elevacion de las casas. No faltan en algunos puntos cuestas y escaleras; pero aparte de esto, no cabe duda en que el centro de la ciudad es hermoso.

Una espaciosa plaza en forma de semicírculo, cuyo diámetro ocupa la fachada del antiguo Palacio real, y cuyo arco está formado por la iglesia de San Francisco Paolo; otra plaza próxima con la fachada lateral del palacio unida al teatro de San Cárlos; la

calle de Toledo, que comienza aquí mismo, forman el centro de la ciudad, brillante por su animacion. No muy léjos de este sitio, y en la orilla del mar, se encuentra el hermoso paseo llamado Villa Reale. Es un jardin largo, espacioso, adornado con fuentes, esculturas, invernadero, templetes y varios cafés en lujosos kioscos.

No figura Nápoles en primera línea por edificios notables. Los mejores son el Palacio real, la iglesia de San Francisco Paolo, la Catedral, el Museo y el teatro de San Cárlos.

El Palacio real fué construido por el conde de Lémos en 1600, y es obra de Domenico Fontana. No queda de aquella época más que la fachada principal, con tres órdenes de columnas, coronadas por su correspondiente cornisa, y adornada con bajos-relieves. El resto fué modificado en diferentes épocas y reconstruido despues de un incendio que sufrió en 1837. Ocupa una hermosa posicion, rodeado por la plaza, el arsenal, el teatro y bellos jardines. Tiene anchas galerías, hermosos salones, y una soberbia escalera de mármol, recientemente construida. Admíranse en sus salones pinturas de Velazquez, Rivera, Ticiano, Rafael, Caravagio y Belicario Corenzio. Magníficos tapices adornan algunas salas, y es entre ellos notable uno alegórico de Italia y Venecia: una jóven vestida de blanco, Italia, rompe las cadenas que oprimen á otra jóven enlutada, Venecia, que se inclina ante ella estrechándola con gratitud las manos. El trabajo es delicadísimo y notable la actitud y expresion de las figuras.

Llama la atencion como obra de arte una cuna de nácar y oro con incrustaciones y camafeos, regalo del Municipio de Nápoles á la princesa Margarita, esposa de Humberto.

Algunas salas están adornadas con hermosísimos jarrones de porcelana de la antigua fábrica de Capodimonti, de tiempo de Cárlos III, fábrica que fué destruida por los soldados de Murat.

Y por último, entre las pinturas, es notable por su correcto dibujo, brillante colorido, y más que por esto por recordar una gloria española, un fresco de Corenzio, representando la entrada de los aragoneses en Nápoles.

Pocos edificios particulares hay dignos de mencion, y sólo citaré el palacio Angri, obra de Vantivelli, 1773, que si no es notable por su grandiosidad, lo es por haberse en él alojado Garibaldi cuando verificó su entrada triunfal en Nápoles en 1860.

Tiene Nápoles 257 iglesias y multitud de capillas, poco notables en su mayoría.

La Catedral (San Genaro) es la más espaciosa. Fué levantada sobre el emplazamiento de los antiguos templos de Apolo y Neptuno. Atribúyese su fundacion á Cárlos I de Anjou ó á su hijo Cárlos II. Fué destruida por un terremoto en 1456 y reconstruida por Alfonso I de Aragon. Su interior ha sido diferentes veces restaurado, y sus columnas, que pertenecieron á los antiguos templos, están cubiertas de estuco.

Nada de bella ni de notable tiene la fachada; pero su interior es majestuoso por la elevacion de

las columnas que sostienen la alta bóveda, y por lo espacioso de sus naves.

Admíranse en algunas capillas cuadros y frescos de Jordan.

La pila bautismal está formada por un vaso antiguo de basalto de Egipto, sostenido por un pié de pórfido.

Lo más notable de la Catedral es la capilla de San Javier, incrustada de mármoles y arabescos, y sostenida por ocho columnas de órden jónico.

Aquí se encuentran las tumbas de Cárlos I de Anjou, de Cárlos Martel y del cardenal Caracciolo.

La iglesia de San Francisco de Paula, forma al exterior una semicircunferencia, como queda expuesto. Á derecha é izquierda del vestíbulo, sostenido por diez columnas jónicas, se extienden los pórticos con cuarenta y cuatro columnas. Su interior no he podido visitarlo, pues está la iglesia cerrada, por verificarse en ella reparacion.

El Museo Nacional ocupa un hermoso edificio que fué comenzado en 1587 por el duque de Osuna. El conde de Lémos lo hizo concluir por Julio Fontana, hijo del célebre Dominico; y destinó el edificio para Universidad, que quedó instalada en 1616. Fernando I en 1816 lo dedicó á Museo.

Divídese este Museo, uno de los más notables, y sin disputa el más curioso de Europa, en varias secciones que comprenden: pinturas y mosáicos antiguos de Pompeya y Herculano; esculturas antiguas; antigüedades egipcias; estátuas antiguas en bronce; inscripciones; Hércules y toro Farnesio;

vasos antiguos; papirus; biblioteca; alhajas; monedas y medallas; bronces; gabinete reservado; y, últimamente, galería de cuadros.

Por esta enumeracion se comprende que necesitaria un libro entero si, á pesar de mi incompetencia, tratara de hacer un detenido estudio, ó de reseñar siquiera las mil curiosidades que encierra este Museo. Sólo en la última de las secciones expuestas se encuentran representadas además de las escuelas española y flamenca, todas las italianas: la bolonesa, la toscana, la napolitana, la veneciana y la florentina.

En este Museo está refundido el antiguo Borbónico, creado por Cárlos III, donde se guardaban las antigüedades de Pompeya, y á estas muy especialmente dediqué mi atencion. Ya que estudiar no pueda el gran número de frescos, mosáicos y estátuas que existen de Pompeya y Herculano, citaré por ser lo más notable, el magnífico mosáico encontrado el año 1831 en la casa del Fáuno de Pompeya, representando la batalla de Alejandro contra Dario, en el momento decisivo de la victoria. Tiene este mosáico 5'15 metros de largo por 2'75 de ancho, y entran en su composicion las figuras de quince caballos, un carro y veintiseis guerreros, cuyo tamaño es una cuarta parte más pequeño del natural. Causa verdadero asombro el brillantisimo colorido, la precision de los detalles y la vida de la accion.

El teatro de San Cárlos es uno de los más hermosos de Europa. Fué construido en 1737 por Ca-

resale; destruido por un incendio en 1816 lo reconstruyó Niccolini. El salon, espacioso y elegante, tiene seis órdenes de palcos, y en su conjunto ofrece alguna analogía con el teatro de la Opera de Madrid, aunque no le llega en magnificencia. En el teatro de San Cárlos he oido la ópera *Norma*. La numerosa orquesta interpretó perfectamente la sentida partitura de Bellini; pero los cantantes dejaron mucho que desear. Tuvo lugar despues la representacion de un baile fantástico, puesto en escena con inusitado lujo. Este espectáculo despertó el entusiasmo del público.

Los demás teatros nada de particular ofrecen, y están á poca mayor altura que nuestros cafés-cantantes. Exceptúase el teatro del Fondo, que es bastante espacioso, donde actúa tambien una regular compañía de ópera.

Tres castillos defienden la ciudad: castell Nuovo, castell dell' Ovo y castell San Telmo.

Terminada esta breve reseña de los edificios que se encuentran dentro del recinto de la ciudad, visitemos sus alredores.

II.

POSSÍLIPO.—EL LAGO DE AGNAN.—LA GRUTA DEL PERRO.—CAPODIMONTI.—LAS CATACUMBAS.

En uno de los extremos de Nápoles se levanta el promontorio de Possílipo, donde se encontraba la tumba de Virgilio. Este promontorio verde y fron-

doso está lleno de quintas de recreo que reciben el nombre de Villas.

Para llegar á la gruta del Perro se atraviesa Possílipo. Hice esta escursion en una *carrusela*, dirigiéndome al promontorio. Este se encuentra atravesado por una gruta artificial, mejor dicho, por un túnel, que no tendrá ménos de 600 metros de largo, por seis de ancho y quince de altura. Esto es lo que recibe el nombre de *gruta de Possílipo* y fué construida por los romanos con objeto de facilitar las comunicaciones entre Nápoles y Puzzuoli. Dia y noche está hoy la gruta iluminada por faroles de gas.

Al salir de la gruta se sigue por algunos minutos el camino de Puzzuoli, que luego se divide en dos; uno que conduce á dicho punto y otro al lago de Agnan ó de Agnano. Yo tomo este último. Condúceme el cochero por una ancha carretera en la que se ven á uno y otro lado hermosas quintas de recreo con deliciosas huertas y arboledas, y torciendo luego á la derecha me lleva por un camino abierto entre montañas, que desemboca en un extenso valle, rodeado de frondosos montes, y en cuyo centro se vé, medio seco, el antiguo lago de figura ovalada que recibe el nombre de Agnano. La perspectiva de este valle es deliciosa y sorprende por la transicion brusca que se esperimenta al llegar á él, despues de haber recorrido un largo camino abierto entre peladas rocas.

Llego á unas casuchas ó ventas, una de las cuales se llama de la *zingarella*, y salen á recibirme unas extrañas criaturas, súcias y desgreñadas, mu-

jeres al parecer, por el corte de sus harapos. Comienzan por enseñarme la estufa. Recibe este nombre una pequeña y tosca habitacion construida junto á unos boquetes de la roca, por donde se desprende gran cantidad de vapores y un excesivo calor. Es un buen baño ruso, y á él acuden á buscar alivio algunos reumáticos. Al efecto hay dispuestas algunas viviendas pobres y miserables.

Llévanme despues á una pequeña gruta, cuyo nombre ignoro, en la que se percibe un fuerte olor á amoniaco.

Llego por último á la *gruta del Perro*. Es esta una gruta natural de dos á tres metros de longitud, uno de ancho y uno y medio de altura. Sus paredes son de piedra terrosa, y el suelo de la misma sustancia; pero de tierra algo más blanda. Por los intersticios de las paredes y la porosa tierra se desprende el ácido carbónico, que, más pesado que el aire, ocupa las capas inferiores de la atmósfera, distinguiéndose perfectamente su color azulado. Un hombre entra sin peligro porque alcanza á respirar las capas superiores del aire de la gruta, mientras un pequeño animal se asfixiaria prontamente. Hácese el experimento con un perro, y esto dá nombre á la gruta. Tan pronto como llegué al recinto cercado que la rodea ví dos perros que al divisar una persona estraña comenzaron á dar vueltas tratando de ocultarse. Un hombre, de vários que allí estaban, cogió brutalmente uno de los perros, y ántes que yo tuviera lugar de oponerme al experimento, lo metió en la gruta sujetando algunos segundos contra

la tierra la cabeza del pobre animal. No tardó en presentar este los primeros síntomas de la asfixia. Sacáronlo entonces al aire libre, y despues de agitarse convulsivamente durante algun tiempo, recuperó la vida poco á poco. Diéronme despues una tea encendida que se apagó tan luego como la puse al nivel del ácido carbónico. Presenciar estos experimentos tan conocidos y vulgares ya, me costó una lira. Dí mi dinero por haber visto una tontería y una crueldad. Esta gruta fué ya conocida de los antiguos.

En uno de los montes que rodean el lago de Agnano se encuentran las Solfátaras, cráteres de un volcan que ha tenido una sola erupcion, y que hoy arroja humo.

Toda esta parte que acabo de visitar se encuentra indudablemente en comunicacion subterránea con el Vesubio, pues cuando sobreviene alguna erupcion, por las bocas de la Estufa se desprende tal calor y tal cantidad de gases sulfurosos, que la vida se hace imposible en los alrededores del lago, y los habitantes de estas ventas tienen que abandonarlas.

Emprendí la vuelta á Nápoles, y el cochero castigando sin piedad al caballo le hizo correr á todo galope hasta la gruta de Possílipo. Díjome despues el auriga que queria llegar á la ciudad ántes de que la tarde cayera para evitar que fuera víctima de un robo, accidente que con frecuencia ocurre en los alrededores de Nápoles. No pude ménos de reirme de su interés, pues no era otro su objeto que conse-

guir una buena gratificacion sobre el precio de tarifa.

Al norte de la ciudad, y á poca distancia de ella, se encuentra el palacio de *Capodimonti*, rodeado de extensos jardines que forman un alto monte de verdura.

La montaña de Capodimonti está socavada por las antiguas *Catacumbas*. Su construcion, como todas las de esta clase, es de la época del paganismo.

Entré en ellas acompañado por un viejo hospiciano que sirve de guardian. Encendió mi acompañante un mal candil de aceite y nos internamos en las altas, tristes y revueltas galerías. ¿Por qué no decirlo? Una impresion extraña, muy parecida á temor, se apoderó bien pronto de mí. No habia dado quinientos pasos por aquel laberinto y ya me hubiera sido imposible encontrar la salida. La pobre luz que nos alumbraba no era bastante para disipar las sombras, las tinieblas que me rodeaban. El aire pesado comprimia mis pulmones. A uno y otro lado, en las paredes, á manera de nichos, veíanse las sepulturas. En algunas de ellas antiguos frescos con alegorías paganas. Unas veces las galerías eran tan altas, que el foco de luz no llegaba al techo, y otras tan bajas que parecia que mi cabeza iba á chocar con la bóveda. Ardientemente deseaba salir de aquel triste y oscuro recinto; pero mi acompañante creia, sin duda, complacerme internándome cada vez más. De repente mis pies tropezaron. El guardian bajó la luz, yo me incliné y recogí un hueso tan carcomido que me fué imposible recono-

cer á qué parte del cuerpo habia pertenecido. Dí á entender al hospiciano que en estas catacumbas deben haberse verificado inhumaciones no muy remotas. Contestóme afirmativamente, aunque sin precisar la época y añadió:

—Aquí además han sucedido algunas desgracias.

Refirióme entonces cómo en tiempos no muy lejanos habiánse extraviado en las galerías algunas personas que se habian aventurado en ellas, sucumbiendo víctimas del hambre y la desesperacion. Hablóme tambien de una extraña historia de crímenes y venganzas, que en libro aparte publicaré algun dia.

Salimos con esto á una especie de anfiteatro al cual desembocan gran número de galerías, cerrando una pared la entrada de otras, precaucion tomada para evitar que, como ya ha sucedido, pueda nadie perderse arriesgándose más de lo debido. Temí al principio que la luz se apagara, desapareciera el viejo, y verme solo y perdido en las Catacumbas. Encontrando aquí la muerte ¿quién hubiera vuelto á saber de mí? Inútiles hubieran sido todas las pesquisas. Pero estos temores desaparecieron en el anfiteatro. Un recuerdo vino á mi mente y me distrajo de mis cavilaciones. Hablábame el guia de los primeros cristianos que en las Catacumbas se reuniau para oir la misa que celebraba San Genaro, y yo pensaba en Masaniello y creia verlo en estos lugares exaltando á los napolitanos para lanzarlos á la rebelion contra la tiranía. No sé cuanto tiempo permanecí en este sitio. Al salir mostróme

el guia una piedra cerca de la entrada, donde me dijo fué degollado San Genaro. Por fin atravesando un patio que corresponde al hospicio de *San Genaro di póveri*, me encontré en la calle despues de haber gratificado al viejo charlatan, y al chico hospiciano que nos proporcionó el candil, y al que me abrió la puerta y no recuerdo si á alguno más.

Respiré con delicia el aire libre y miré al espacio para convencerme que ya no tenia sobre mí la bóveda de las Catacumbas.

III.

FIESTAS.—COSTUMBRES.

La Exposicion internacional marítima que se celebra en Nápoles, tiene escasa importancia y no he de entretenerme en describirla. Solo diré que ocupan el primer lugar Inglaterra por sus máquinas y Holanda por sus tegidos y cables de alambre. La instalacion española es pobre. Llama, sin embargo, la atencion de los inteligentes la járcia de Cartagena que ha sido premiada con medálla de oro.

Para la reparticion de los premios acaba de llegar á Nápoles Victor Manuel. Con este motivo se han celebrado regatas, funciones de teatro y otros festejos, entre los cuales ha sido notable en verdad la iluminacion de la Ville Reale. Hay en este paseo un café en forma de kiosco; subamos á una especie de terrado que lo corona, y mientras refrescamos contemplaremos un curioso y bellísimo espectáculo.

Vemos una caprichosa agrupacion de luces de colores, formando arcos, portadas, y figuras chinescas en toda la extension del paseo. Los kioskos, los templetes, las fuentes, las estátuas, todo está iluminado de distintas maneras, todas del mejor gusto. En el centro del jardin elévase un gigantesco ramo de flores, de cuyo centro arranca una palmera. Este precioso canastillo está formado por luces de gas

Tres dias permaneció en Nápoles Victor Manuel, que fué recibido por el pueblo con marcada frialdad. ¿Por qué? Examinaré ligeramente este espinoso asunto. El reino de Nápoles y los pequeños ducados italianos como Parma y Módena, vivian oprimidos por la tiranía. Las armas triunfantes del rey del Piamonte rompieron sus cadenas; pero estos pueblos no ven realizada su felicidad. Insufrible es la vida en los pequeños reinos cuando se deja sentir la mano de un déspota; pero nó es tampoco lisongera la situacion de los pueblos cuando se encuentran en los extremos de una gran nacion, léjos de la capital. En las grandes nacionalidades la vida del centro absorve la de los extremos. Palpita el corazon con fuerza; pero en las extremidades es lenta la circulacion. Nápoles ha pasado de capital de un reino á capital de provincia. Antes no era feliz, ahora tampoco. Su vida se ha resentido. Solo realizará su desenvolvimiento cuando sea capital de un estado. Italia podrá formar una nacion; pero necesita conservar dentro de esta nacionalidad estados autónomos. Solo así se verá coronada dignamente la obra de la revolucion italiana. Victor Manuel dió cima al

primer período revolucionario, espulsando á los tiranuelos de Italia y destruyendo el poder temporal; el pueblo debe comenzar el segundo período hasta llegar á la federacion que sin destruir la nacionalidad deje á las ciudades libre campo donde desarrollar sus elementos de vida y de riqueza.

Para estudiar ahora las costumbres de este pueblo me contentaré con referir algunos episodios que nos han sucedido.

Expuesto dejo hasta dónde llega la oficiosidad de los *cicerones*, y para que se comprenda cómo asaltan al extranjero por todas partes, consignaré que pasa de veinte mil el número de hombres que de esto viven y no se dedican á otra cosa. No se crea tampoco que se contentan con acompañar al viajero en sus escursiones para mostrarle las bellezas de la ciudad. La parte mas lucrativa de su oficio la buscan de manera ménos honrosa.

—*¿Volete bella regazza?*—Esta es la primer pregunta que os dirigen. Si aceptais sus servicios ó indicaciones en este sentido, no os exigirán gratificacion. Llevarán sin duda parte en las ganancias que á las *regazzas* proporcionan.

No se juzgue tampoco que son estos hombres tipos vulgares y harapientos. Los hay por el contrario, que visten decentemente y poseen varios idiomas para mejor desempeñar su cometido. Oficio es este que en España recibe un nombre que escribir no puedo por no herir la delicadeza de mis lectores.

—*¿Volete bella regazza?*— preguntóme un *cicerone* cierta noche que me paseaba por la calle de To-

ledo. Como ya habia aprendido que es preferible no contestar para que no entablen conversacion, guardé silencio.

—¿*Voulez vous une demoiselle tres jolie*?—añadió con excelente pronnnciacion francesa.

No respondí tampoco. Entonces repitió la pregunta en español, y ya en este idioma, le contesté con una de nuestras enérgicas interjecciones, consiguiendo que me dejara en paz.

Molestado otra noche por uno de ellos, me propuse no hacerle caso; pero ¡cuál seria mi sorpresa, cuando me dijo que tenia certificados de oficiales de marina, españoles, que acreditaban sus servicios! ¿Es posible que nadie certifique tales cosas? Le exigí los certificados, y á la luz de un escaparate los leí. En ellos constaba, que Fulano de Tal, habia proporcionado *lavanderas y planchadoras* á los oficiales del buque. De tal manera aguzan el ingenio para entrar en relaciones con los extranjeros. Poco á poco se proveen de certificados escritos en todos los idiomas, para inspirar confianza á los viajeros, cualquiera que sea su nacionalidad.

Vais á un teatro, á un baile, al circo ecuestre; al salir os hablarán de las actrices, las bailarinas ó las gimnastas.

Dejemos los *cicerones* y entremos en los comercios. Preguntais el precio de un objeto y os piden 50 francos; no creais que exagero, ofreced cinco y os lo darán. Yo he comprado por cuatro ó seis francos, objetos de lava, por los que me habian pedido 25 ó 30, y por 30 francos adquirió un compa-

ñero mio un aderezo de coral por el que le pidieron 150. He llegado á comprar objetos que tenian el precio expuesto al público, y tuvieron la osadía de pedirme tres veces más del precio marcado. Creyeron sin duda que no sabria leer.

Tomais un coche; sabeis perfectamente la tarifa; dáis una gratificacion al cochero, por grande que sea, os exigirá el doble.

Con estos y otros detalles, que omito, llega á cansar de tal modo este carácter, que se desea abandonar la poblacion.

Os dirigís al barco; ántes de llegar al muelle os vereis rodeados por multitud de súcios marineros que os aturden con sus voces:

—¿Andiamo á bordo?

No faltan botes bien acondicionados con sus colchonetas á popa, que ofrecen comodidad al pasajero; pero la mayoría, medio desguazados, son tan súcios como sus dueños. Esto sucede en todos los puertos; pero yo pregunto:

—¿Dónde están esos pescadores napolitanos cubiertos con aseados trajes de vistosos colores? ¿Dónde están esas alegres fiestas que distraen el ánimo y convidan á tomar parte en ellas? Yo solo he visto algunos bailes verificados en las cercanías de los súcios muelles, y en los que solo se veian mozos pobremente vestidos y mujeres que nada tenian tampoco de limpias ni de hermosas.

Resulta, pues, que, si la campiña es bella, no es sorprendente; que si la ciudad es buena, no gana en grandeza y hermosura á muchas ciudades de

Vamos á salir de Nápoles, pero debo ántes, por deber de galantería, dedicar dos palabras á las mujeres napolitanas. De hermosas tienen fama; y en verdad, que es merecida; pero están en esta ciudad tan relajadas las costumbres, que no es posible, en general, formar de ellas la mejor idea. Virtudes habrá aquí, como en todas partes; y no trato de ofenderlas; pero no creo que sea esta la tierra del amor, á ménos que se dé este nombre al grosero sentimiento que habla á los sentidos sin interesar el corazon. El amor, tal como yo lo entiendo, es más pudoroso y recatado.

Salgo, pues, de Nápoles, sin conservar ni una sola de mis antiguas y lisonjeras ilusiones.

CAPÍTULO V.

POMPEYA.

A los tres dias de mi llegada á Nápoles, realizo uno de los más vehementes deseos de mi juventud. Voy á visitar las ruinas de Pompeya, y á escalar la alta cima del Vesubio.

Con la mente embargada por los recuerdos y el alma por la emocion, salgo de á bordo en las primeras horas de la mañana, en compañía de mis amigos y compañeros, el distinguido médico don Rafael Cañete, los tenientes de navío D. Ignacio Gutierrez y D. Joaquin Cerquero, y el ilustrado oficial de artillería, D. Eladio Santos.

Cerca del muelle, tomamos dos coches para llegar á la estacion del ferro-carril. Recorremos algunas calles súcias y mal empedradas. De pronto uno

de los coches se detiene; las ruedas se han metido en un profundo bache. Algunas mujeres harapientas, desde las puertas de sus miserables casuchas, se rien y nos contemplan con estúpida curiosidad. Despues de algunos minutos de detencion, sale el coche del atolladero y dando tumbos llegamos á un hermoso paseo, donde se encuentra la estacion.

Tomamos billetes de ida y vuelta para Pompeya, y nos instalamos en el tren de Nocera. La poderosa máquina lanza su agudo silbido, y el tren se pone en movimiento, llegando en pocos minutos á *Pórtici*, que es más bien que un pueblo un arrabal de Nápoles, y en él se encuentra un hermoso palacio construido en tiempo de Cárlos III. La vía férrea, construida á la orilla del mar, recorre un terreno fértil, cubierto de viñedos. *Torre dil Greco;* el tren pasa por en medio del pueblo que ha sido varias veces destruido por las erupciones del Vesubio, y reconstruido siempre, merced á la excesiva fertilidad que este suelo ofrece á sus moradores. *Torre della Anunziata*; detiénese el tren cinco minutos, y parte otra vez. Trascurre corto tiempo, nos detenemos nuevamente, y llegan á mis oidos los gritos de *Pompei*, *Pompei* (Pompeya) que con su rutinario tono y con la mayor indiferencia pronuncian los empleados. ¡Cómo! ¡Es posible que digan *Pompeya* como si dijerán Vallecas ó Getafe! Yo habia leido esto en el viaje de D. Pedro Antonio de Alarcon, y no le dí entero crédito. Por lo ménos, pienso que los viajeros se asomarán con interés y curiosidad á las ventanillas para contemplar las

ruinas... Tambien me engañó. Bajamos del coche y nos encontramos en una estacion como otra cualquiera. Cuatro ó seis viajeros entran con nosotros en la estacion. Miro á todos lados y no veo más que un extenso campo cubierto de negra ceniza por derecha é izquierda. Vuelve á partir el tren y advierto con asombro que se considera este pueblo como uno de tantos que se encuentran en el camino. Y bien mirado, esto no es un pueblo; es el cadáver de un pueblo. Y sin embargo, tiene camino de hierro y estacion con su aparato telegráfico. ¡Cosa extraña! la vida y la muerte confundidas; la vida moderna prestando á la muerte su hálito poderoso, como si quisiera reanimarla. Vestid una mómia egipcia con un traje moderno y tendreis idea del contraste que ofrece la ciudad muerta hace diez y ocho siglos, servida hoy por ferro-carriles y telégrafos.

Seguimos una calle de árboles que parte de la estacion, y á los pocos pasos, encontramos dos carteles: léese en uno *Hotel de los Artistas*, y en otro *Hotel Diómedes*: almuerzo 3 francos, comida 4.—¡Diómedes! ¡Un insigne patricio de Pompeya! Hoy parece que renace y se convierte en fondista, y no cuenta por sestercios sino por francos.

Determinamos almorzar en el *Hotel Diómedes*. Dimos en él al final de la calle de árboles, y entramos en el comedor. Nada en esta habitacion puede recordarnos que estamos en Pompeya. Mientras unos cuantos músicos ambulantes tocando violin y arpa nos obsequian, por nuestro dinero, con melodías italianas, almorzamos con buen apetito, dando

repetidos sorbos de *lácrima-Christi*. Este vino *embocado* y dulzarron, no fué de nuestro agrado. Pero ¿quién al pié del Vesubio lo desprecia?

Despues del almuerzo, siguiendo una cuesta, que, por detrás del hotel, asciende, nos dirijimos á las ruinas. Llegamos á una caseta donde se despachan los billetes para entrar en Pompeya, no de otro modo que si se tratara de una diversion pública. Dos francos cuesta el billete que da derecho á ser acompañado por uno de los guias que tiene establecidos el gobierno, con prohibicion de admitir de los viajeros otra recompensa por sus servicios.

Los domingos, la entrada es grátis.

Precedidos, pues, del guia, tan hablador, melífluo y rutinario como todos los de su especie, entramos en Pompeya por la puerta de la Marina.

Detengámonos un momento para recordar la historia de esta desgraciada ciudad. Encuéntrase situada al pié del Vesubio, por su parte meridional, sobre una colina que se eleva en un extenso valle, próximo al mar.

Su fundacion se debe á los fenicios, segun unos y á los sirios segun otros. Entró á ser colonia romana bajo la dictadura de Sila. A Pompeya se retiró Ciceron despues de la batalla de Farsália y la derrota de Pompeyo, y aquí fué donde recibió á Augusto. Séneca pasó en esta ciudad su juventud.

El año 63 de la era cristiana fué Pompeya destruida, en parte, por un terremoto. Sus habitantes la abandonaron; pero no tardaron en volver y recobró la ciudad bien pronto su explendor.

Llegó el 23 de Noviembre del año 79. Llegó el último dia de Pompeya. Bien conocida es la catástrofe.

¿Qué puedo yo decir? ¿Quién es capaz de describir aquellas supremas horas de terror, de angustia despues de la brillante y sentida descripcion de Plinio? Séame permitido, como á todos los viajeros, copiar algunos pasajes del citado escritor, con la fantástica pero exacta descripcion de Bullwer.

«El pueblo hallábase reunido en el anfiteatro.

»En las gradas superiores, y aparte de los hombres se colocaban las mujeres, cuyo vestidos de mil colores producian el efecto de un vergel de flores. Inútil es añadir que eran la parte más bulliciosa del concurso, y que á ellas se dirigian las miradas de los jóvenes y de los célibes que ocupaban puestos separados del resto de los espectadores. En la parte inferior, inmediata á la barrera, se veian las personas más ricas y de más ilustre nacimiento, magistrados, senadores y miembros del Orden ecuestre. Los pasadizos ó corredores de derecha é izquierda, que conducian á estas plateas por los dos extremos de la arena elíptica, servian tambien de entrada á los combatientes: fuertes empalizadas impedian todo movimiento irregular por parte de las bestias y les hacian que se contentasen con la presa que se les asignaba. En torno del parapeto, que habia sobre la arena, donde comenzaban las gradas, se veian inscripciones y pinturas al fresco, alusivas á las di-

versiones própias del lugar. Cercaban el edificio conductos invisibles por los que odoríferas ondas iban á refrescar á los espectadores, á medida que avanzaba el dia.

»El lector versado en historia romana limitará ahora su imaginacion, y no esperará encontrar en Pompeya una de esas magníficas escenas de carnicería con que un Neron ó un Calígula regalaban á los habitantes de la ciudad eterna. Los juegos de Roma que absorbian á todos los gladiadores mas célebres, y la gran mayoría de las fieras importadas en Italia, eran causa de que en los pueblos ménos importantes del imperio, fuesen más raros y ménos crueles los juegos del circo; y bajo este punto de vista, como bajo los demas, Pompeya era una miniatura de Roma. No por eso es ménos cierto, que era terrible é imponente espectáculo, con el que nada moderno podemos comparar por fortuna, el de aquel gran anfiteatro, cuyas gradas subian una sobre otra á una altura de cerca de quinientos pies, y que estaba lleno de quince á diez y ocho mil séres humanos, contemplando no desgracias imaginarias, no tragedias de teatro, sino la victoria y derrota reales, la vida triunfante ó la muerte cruel de cada uno de los que entraban en la arena.

»Cuando se hallaban en lo mejor de la fiesta los alegres habitantes de Pompeya, contemplaron atónitos una inmensa nube que se alzaba de la cumbre del Vesubio, á manera de un gigantesco pino. El tronco era negro y las ramas de fuego; su viveza

cambiaba á cada instante, unas veces luciendo con terrible resplandor, otras presentando un color rojizo muerto, que á poco tomaba un brillo que no podia la vista resistir.

»De todas partes se alzaron gritos de mujeres; los hombres se miraban consternados y mudos. En aquel instante sintieron la tierra temblar bajo sus piés; conmoviéronse las paredes del anfiteatro, y oyóse á lo léjos el estruendo de techos que se desplomaban; en seguida pareció correrse hácia ellos la nube de la montaña, oscura y rápida, como un torrente; al mismo tiempo arrojó de su seno una lluvia de ceniza mezclada con pedazos de piedras abrasadas que arrasó los viñedos; llenando las calles desiertas, el mismo anfiteatro, y hasta el mar, donde silbaba al apagarse en sus agitadas olas.

»Todos echaron á correr; se atropellaban unos á otros. Pisando á los que tenian la desgracia de caer en medio de gemidos, de imprecaciones, de plegarias y de gritos, los numerosos pasillos del anfiteatro vomitaron aquella azorada muchedumbre. ¿Mas á qué lado huir? Los unos, previendo otro terremoto, corrian á sus casas por sus más preciosos efectos; otros, temiendo la lluvia de cenizas que seguia cayendo á mares por las calles, buscaban un abrigo bajo el techo de las casas más próximas, en los templos, do quiera que podian huir del cielo raso.

»En tanto, la nube que amagaba á su cabeza, se hacia cada vez más grande, más oscura, más impe-

netrable. Una noche repentina, tinieblas peores que la misma noche iban á usurpar de pronto el imperio del Mediodia.» (1)

«La nube que cubrió el sol de tan espeso velo, se habia cambiado poco á poco en una masa sólida é impenetrable; ménos se parecia á las tinieblas de la noche que á las de un cuarto oscuro y cerrado; mas á medida que se ennegrecian, aumentaban la vivacidad y el resplandor de los relámpagos que despedia el Vesubio. No se limitaba su horrible hermosura á las tintas comunes que presenta la llama; nunca ofreció arco-iris alguno colores más variados y brillantes. Unas veces eran de un azul oscuro, como el más hermoso cielo del Mediodia, otras de un verde lívido, cual la piel de una serpiente é imitaba las sinuosas roscas de un enorme reptil, otras, de un rojo anaranjado que apenas podian sufrir los ojos, pero que penetrando las columnas de humo alumbraba toda la ciudad, y debilitándose luego por grados, se volvia de una palidez mortal, no dejando ya ver más que el fantasma de su propia existencia.

»En el intervalo de los chaparrones, se oia el ruido que agitaba las entrañas de la tierra ó las gemidoras olas de la atormentada mar; ó bién más bajo todavia el agudo murmullo, perceptible solo, por un vivísimo miedo, de los gases que exhalaban las quiebras de la montaña. A veces parecia se rasgaba

(1) Bulwer: *Últimos dias de Pompeya.*

la masa sólida de la nube, y á la luz de los relámpagos presentaban formas extravagantes de hombres ó de mónstruos, persiguiéndose en las tinieblas empujándose unos á otros, y disipándose todos juntos en el turbulento abismo de la sombra; de suerte que á los ojos de la imaginacion de los consternados transeuntes, aquellos vapores, sin sustancia, parecian verdaderos gigantes, enemigos, ministros de terror y de muerte.

»Ya en muchos parajes llegaban las cenizas á la rodilla, y la hirvierte lluvia que salia del volcan penetraba en las casas, impregnándolas de una atmósfera que ahogaba. En algunas partes inmensos pedazos de piedra, lanzados sobre el techo de las casas, llevaban á las calles confusas masas de ruinas, que aumentaban los obstáculos de que se veian sembrados los caminos: conforme adelantaba el dia, y se notaba más clarametе el movimiento de la tierra, parecia huir el suelo debajo de los pies, y ni carro ni litera podian conservar su equilibrio, aun en la tierra más firme.

»A veces, chocando entre sí, al caer las piedras mas enormes, se rompian en mil pedazos, saltando de ellas chispas, que incendiaban todos los combustibles que habia al paso. Entonces se disipó la oscuridad fuera del pueblo, á horrible costa, las llamas se habian apoderado de muchas casas y viñedos y se alzaban amenazadoras, en medio de las espesas tinieblas. A fin de aumentar esta claridad parcial habian puesto los ciudadanos de Pompeya de trecho en trecho hileras de antorchas en las encrucijadas,

en los pórticos de los templos y en las avenidas del foro; pero no solian arder mucho tiempo. La lluvia y el viento las apagaban, y la doble oscuridad que seguia á su luz, era tanto más terrible, cuanto demostraba la impotencia de los esfuerzos del hombre y le enseñaba á desesperar.

»Muchas veces se encontraban grupos de fugitivos, al pasajero resplandor de aquellas antorchas, los unos corriendo hácia la mar y los otros volviendo del mar hácia el interior; pues el Océano habia cejado de sus riberas; profundas tinieblas cubrian su seno; sobre sus agitadas y mugientes olas caian las cenizas y las piedras, sin que se pudiera hallar en él el abrigo que proporcionaban las casas en tierra. Atolondrados, perdidos, espantados se encontraban aquellos grupos, mas sin tener tiempo de hablar, de consultarse, de discurrir, porque los turbiones que caian con frecuencia, apagaban las antorchas con cuyo auxilio distinguian mútuamente sus descompuestas facciones. Por otra parte, era general la prisa de guarecerse en el abrigo más inmediato. Todos los elementos de la civilizacion estaban destruidos; se hubiera podido ver al ladron pasando junto al grave depositario de la ley, cargado de riquezas robadas y regocijándose con la idea de la imprevista ganancia que acababa de hacer. Si en la oscuridad se separaba la mujer del esposo, el padre de su hijo, inútil era que hubieran esperado juntarse. Unos y otros corrian ciegos y sin órden; de todo el complicado mecanismo de la existencia social, solo quedaba lo que habia tomado de

la vida salvaje. ¡La ley primitiva de la salvacion personal!» (1).

«Una espesa llúvia de cenizas caia sobre nosotros, y á cada instante teníamos que sacudirnos para que no nos abrumasen sus masas.» (2)

«Aquella llúvia, arrebatada por los vientos, fué hasta los más remotos países; asombró al negro africano y cayó hecha copos en el antiguo suelo de la Siria y del Egipto.» (3)

Tal fué la espantosa catástrofe que sepultó á Pompeya.

«¡Tal es el Vesubio! y eso sucede todos los años; pero las erupciones posteriores, aunque se juntaran todas en una, no tienen comparacion con la que hubo en la época de que queremos hablar. Trocóse el dia en noche y la noche en tinieblas: despidió el volcan cantidad incalculable de polvo y de cenizas con que llenó la tierra, el mar, el aire y sepultó dos ciudades enteras, Herculano y Pompeya, mientras estaba el pueblo en los juegos del teatro» (4).

Créese que á poca distancia de Pompeya se fundó otro pueblo que recibió el mismo nombre, y que fué destruido por la erupcion del año 472.

Conservó este lugar el nombre de *campo de Pompeya*, y parece por demás extraño que estas ruinas hayan permanecido por tanto tiempo igno-

(1) Plinio. Dion. Cassio. Bullwer.
(2) Plinio.
(3) Dion. Cassio.
(4) Dion. Cassio.

radas. En 1542 Domenico Fontana atravesó con un canal el Foro y el templo de Vénus para llevar á *Torre della Annunziata* las aguas del Arno. En 1748, trabajando unos campesinos para hacer un foso, encontraron algunos objetos de arte, y noticioso de esto Cárlos III hizo proseguir las obras, y al fin, despues de diez y siete siglos, fué desenterrada una parte de la ciudad.

Posteriormente se han continuado los trabajos con más ó ménos actividad. Aun es obra de tiempo el descubrir la ciudad por completo; hoy lo está en una cuarta parte próximamente. El gobierno italiano tiene asignados 25.000 francos anuales para estas obras, y con tan escasos recursos están paralizadas la mayor parte del año.

Despues de evocar estos recuerdos reanudo el interrumpido relato de mi escursion.

Entramos en Pompeya por la puerta de la Marina y recorremos una y otra calle, todas largas, rectas, no muy anchas, embaldosadas con grandes piedras volcánicas, talladas en polígono. Encuéntranse, en la mayor parte de las calles, sencillas fuentes con un pequeño receptáculo ó pila rectangular, en uno de cuyos lados se vé el caño. Las aceras son altas, y para facilitar el paso de una á otra en los dias de lluvia, hay de trecho en trecho, ocupando la anchura de la calle, tres piedras elípticas un poco separadas, con objeto de que las ruedas de los carros pasaran por el espacio que dejan, de forma que la del centro quedara debajo del eje. Resultó de esta disposicion que todos los carros pa-

saban exactamente por el mismo sitio; con el contínuo roce las piedras del pavimento se desgastaron por debajo de las ruedas, y hoy las huellas de éstas se ven en muchas calles, sobre todo en las más estrechas, donde han quedado marcadas en un largo trayecto. Parece que acaban los carros de pasar... y sin embargo, hace diez y ocho siglos que no ruedan por estos solitarios y olvidados lugares.

Al recorrer las calles de Pompeya experiméntase una impresion parecida á la que embarga nuestro ánimo cuando discurrimos por las galerías de un cementerio. Este silencio sepulcral, esta soledad absoluta, esta calma sombría, inalterable, son el silencio, la soledad y la calma de la muerte. Estas flores amarillas que se encuéntran al acaso, son las flores que brotan en las tumbas. Estas largas filas de casas sin techos y sin puertas, se presentan á la imaginacion como abiertas sepulturas. Calles sin transeuntes, casas sin moradores, ciudad sin habitantes; aquí restos de columnas ó galerías sostenidas por un milagro de equilibrio, allí paredes aisladas, ruinas informes ó edificios bien conservados, pero vacíos, conjunto extraño donde á través de la muerte que ahora impera se adivina la exuberante vida que agitó á la ciudad; esto es Pompeya.

Si habeis alguna vez contemplado el esqueleto de un hombre, al ver aquellos profundos huecos de la calavera, en otro tiempo ocupados por los ojos donde brillaban destellos de inteligencia, al ver aquellos huesos descarnados, aquel conjunto inanimado y seco, habreis tal vez pensado en el sér que

tuvo vida, y en ella pasiones que la combatieron, ideas que la agitaron. Análoga impresion se experimenta en Pompeya, porque á la vez que el solitario cementerio de sus moradores, es el descarnado esqueleto de una ciudad. Las fuentes secas, las calles vacías con sus abiertas moradas, como huecos de una enorme calavera, las plazas solitarias, los templos sin culto, los altares sin dioses, sin ciudadanos el foro; todo nos habla de una vida que fué y que se extinguió, dejándonos como recuerdo estos restos inanimados.

Los vivos diferéncianse por sus facciones; los esqueletos, con pequeñas diferencias de tamaño, todos se parecen. Así en las *ciudades* vivas distínguense las calles por sus edificios, por sus comercios, por el aspecto de cada una; en las *ciudades muertas*, con pequeñas diferencias de detalle ó de tamaño, parécense todas las calles, y el mismo parecido obsérvase en las casas. Un vestíbulo, una columnata ó peristilo con un patio descubierto ó pequeño jardin con fuente en el centro y reducidas habitaciones alrededor, todo á nivel del piso de la calle; éstas son las casas de Pompeya.

Entre ellas visitamos la del *Oso* ó de la *Fontana*. Al entrar encuéntrase en el suelo la figura de un oso dibujada en mosáico, y sobre él la palabra *Ave*.

Parece que el dueño de la casa á través de los tiempos, quiere aún saludar á los que vayan á visitarle. En las paredes vénse pintados grupos de Sátiros y Bacantes, y otro de Marte y Vénus. Detrás del jardin se admira una elegante fuente adorna-

da con mosáicos representando á Neptuno rodeado de peces y una Neréide. Él piso de esta casa es de precioso mosáico.

La de Cornelio Rufo, conócese por un busto en mármol del propietario con su nombre en una inscripcion.

La del *Fáuno*, se llama así por la estátua en bronce de un fáuno que se encontró en ella. El pavimiento del vestíbulo es de preciosos mármoles. En esta casa se encontró el magnífico mosáico representando la batalla de Alejandro contra Dario que existe en el Museo de Nápoles, y de que me ocupé en otro lugar. Tambien encontráronse aquí ricos objetos de bronce y oro.

La casa de Diómedes presenta la particularidad de tener dos pisos. Es espaciósa y conserva restos de hermosas columnas. Por una estrecha escalera se baja á una extensa bodega donde aún se conservan algunas ánforas. Aquí se encontraron diez y ocho esqueletos enterrados en la ceniza. Dos de ellos en pié, próximos á la puerta, junto á la pared, han dejado en ella marcada su figura. Uno de éstos parece ser el de un jóven de catorce ó quince años á juzgar por la estatura; en pié, con el brazo derecho extendido hácia la puerta y la cabeza inclinada en la misma direccion, sin duda le sorprendió la muerte pugnando en vano por ganar la salida. El otro esqueleto que se encontró en pié junto al anterior, era el de una jóven elegantemente vestida. Los diez y ocho infelices que aquí sucumbieron espantados por la catástrofe que amenazaba sus cabezas, buscaron,

sin duda, refugió en la bodega. Por las numerosas claraboyas de ésta, comenzó á entrar la ceniza abrasadora que llenaba el patio, y cuando los desgraciados quisieran salir, obstruida la puerta, les seria imposible. Llenóse de ceniza la bodega y en ella enterrada pereció la familia. En el patio de la casa hánse hallado dos esqueletos: uno con un hacha y otro con una llave y una bolsa de dinero. Hé aquí, á través de los siglos, dos restos humanos que sintetizan dos sentimientos: el instinto de conservacion y la avaricia.

Pasamos despues por delante de una inscripcion que traducida libremente quiere decir: *Sólo los vagos y libertinos pasarán adelante*. Nosotros seguimos, aunque no somos libertinos ni del todo vagos, porque la inscripcion citada fué hecha para los pompeyanos y no para los viajeros que la leen al cabo de tantos siglos. Entramos en una casa llamada el *Lupanar* y que otra cosa no ofrece de notable que las pinturas al fresco que adornan las paredes. Pinturas son bastantes obscenas; pero á bien que en el *gabinete reservado* del Museo de Nápoles hay pinturas y objetos bastantes para formar idea del grado de inmoralidad á que llegó esta poblacion, y no es necesario para esto visitar el *Lupanar*.

Consérvanse en Pompeya varios hornos, semejantes á los que aún usamos. En ellos se molia el trigo entre dos grandes piedras cilíndricas, y hánse encontrado en uno de los hornos panes carbonizados, que se conservan en un pequeño museo que aquí existe. Tienen estos panes una figura parecida

á los que en Madrid llamamos libretas, un poco más bajos y ovalados.

Cuatro esqueletos, hallados en la via pública, guárdanse cuidadosamente en urnas de cristal. Enterrados entre ceniza se han conservado perfectamente, y por la postura, por la contraccion violenta de sus miembros, revelan desdichados séres que tuvieron vida, y á quienes sorprendió la muerte en medio de sufrimientos que hacen extremecer de horror. De estos esqueletos, dos parecen los de madre é hija, otro el de un hombre y el último de una mujer, tal vez de elevada clase, á juzgar por el anillo de plata que aún se encuentra en el dedo meñique de su mano izquierda.

Los esqueletos hallados están reducidos á una especie de ceniza ó polvo endurecido y compacto, que deja conocer las formas y las facciones.

Entre los edificios públicos, es la Basílica el mejor conservado. Divídese en tres naves por dos séries de columnas. Elévase en uno de sus extremos la tribuna de los jueces, y debajo de ésta existe un calabozo al que se baja por dos escaleras laterales. Desde este calabozo, encerrados los presos, contestaban al interrogatorio de los jueces. Dos esqueletos se han encontrado en este sitio; tal vez dos presos que esperaban una sentencia cualquiera, y á quienes condenó el Vesubio á horrible muerte.

El templo de Vénus es espacioso, con cuarenta y ocho columnas de órden corintio. A la derecha del vestíbulo una escultura representa una jóven elegantemente vestida. Delante de la plataforma de

piedra, que pudiéramos llamar el santuario, se encuentra el ara ó altar de los sacrificios.

El *templo de Júpiter* consta de un vestíbulo, un ancho espacio cerrado por columnas, y tres pequeñas habitaciones, donde se cree que se conservaban los archivos de la colonia. Súbese á este templo, que se encuentra en una altura, por una magnífica escalera, que debió estar adornada con estátuas colosales.

A la derecha del *templo de Júpiter*, encuéntrase el *Foro civil.* Llégase á él pasando por un arco de triunfo adornado con preciosos mármoles. Aún se ven los restos de la gradería y del extenso pórtico, así como los pedestales donde los bustos se colocaban de los patricios más insignes. Puédese aún formar idea de la grandiosidad y majestuoso aspecto del Foro cuando en él se reuniera un pueblo entero y resonara el elocuente acento de los tribunos. Ya todo pasó; algun curioso viajero recorre solo estos lugares y el gemido del viento ha sustituido al confuso rumor de las multitudes y á la voz poderosa de los oradores.

Las Termas es uno de los edificios mejor conservado de Pompeya. En primer término vemos un espacio que fué el *Gimnasio;* á la izquierda un gran baño rectangular, que servia de baño público, rodeado de pequeñas piezas, con un nicho que debió contener una estátua, y los muros con pinturas que representan un jardin. Otra habitacion estaba destinada á tocador; habia en su centro una estufa, bancos alrededor, y en las paredes pequeños huecos, donde

se guardaban las esencias y pomadas, de que tanto uso hacian los sibaríticos pompeyanos. Separada de estas habitaciones por una doble pared, encuéntrase la sala dispuesta para baño caliente, con una hermosa pila al objeto.

Sabida es la importancia que los romanos daban al baño, tanto por medida higiénica y por el placer que les proporcionaba, como por lo que hermosea y conserva la frescura del cuerpo y la agilidad de los movimientos.

Nosotros salimos de *las Termas* repitiendo como el cantor de *Itálica:*

Del *Gimnasio* y *las Termas* regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas.

Visitamos tambien el *Teatro trágico,* que tiene la forma de un anfiteatro, con dos graderías de piedra. En la parte baja un espacio semicircular servia de escenario; ocupaban los hombres la primera gradería, estando reservada la más alta para el bello sexo. Unos 6.000 espectadores podian acomodarse en este local.

El *templo de Mercurio,* el de *Esculapio* y otros edificios, nada de notable ofrecen despues de los que llevamos vistos.

Visitando las citadas casas y monumentos recorrimos las calles de la *Abundancia,* llamada así por una figura esculpida representando á esta diosa, que se encontró en una de sus fuentes, la de la *Fortuna,* la de *Augusto,* la de *Mercurio* y otras; y por

último, salimos por la puerta de *Herculano* á la calle de las *Tumbas.*

Ocho puertas daban entrada á la ciudad, siendo la de Herculano, con su arco central y las dos laterales, la mejor conservada.

A uno y otro lado de la carretera levántanse numerosos, y en su mayor parte, sencillos monumentos sepulcrales. Más afortunados que sus hijos, los que aquí reposan, murieron tranquilamente sin presenciar el horrible cataclismo que sepultó en vida á Pompeya y á sus últimos habitantes. Sombrío é imponente es el aspecto de esta carretera que recibe el nombre de *calle de las Tumbas*. Parece el camino de la muerte. Por aquí debiera el viajero entrar en Pompeya para disponer su ánimo á la impresion que produce un cementerio.

Una de las inscripciones que en las tumbas se encuentran, copia exacta de la original que existe en el Museo de Nápoles, dice así:

A. VEIO. M. F. II. VIR. I. D.
ITER. QVINQ. TRIB.
MILIT. A. POPVL. D. D.

Puede traducirse libremente como sigue:

—A. Véius, hijo de Márcus, dos veces decemviro de justicia, tribuno del ejército, elegido por el pueble. Decretado por los decemviros.—

Despues de cuatro horas que hemos pasado recorriendo estos solitarios lugares, nos alejamos de Pompeya...

Y hoy, al recordar aquella escursion y aquellas tristes impresiones que embargaron mi espíritu ante las yertas ruinas, digo con el malogrado Becquer:

—¡Dios mio! ¡Qué solos
se quedan los muertos!

CAPÍTULO VI.

EL VESUBIO.

La montaña del Vesubio tiene una altura de 1.200 metros. Además del cráter principal existe otro situado al N. E., llamado *La Somma*. Entre estas dos bocas hay una distancia de 300 metros. Los escritores antiguos hablan ya de estas dos partes del volcan. Strabon hace referencia á un cono único, truncado, dividido en dos partes. Es posible que en lejanos tiempos fuera *La Somma* el verdadero volcan, siendo apagado por la terrible erupcion del Vesubio del 79. Despues de esta y de la del año 472, ya citadas, tuvo el volcan algunas otras erupciones, más ó ménos importantes, habiendo despues permanecido en calma por espacio de más de un siglo, desde el año1500 hasta 1631. Durante este período adquirió el Etna mayor actividad. La erupcion de 1631 ha

sido una de las más violentas; Ressina fué destruida, y se hace ascender á más de 4.000 el número de víctimas. Desde entonces el volcan ha tenido otras tres erupciones en el siglo XVII, veintiuna en el XVIII, y veintiuna en lo que vá del XIX. Las últimas han sido en 1847, 50, 55, 58, 61, 68, y 71 (1).

No tienen hoy las erupciones la intensidad que antiguamente tenian; pero son más frecuentes. Su intensidad está en razon inversa de su frecuencia. La duracion de los fenómenos volcánicos es variable. Unas veces persiste en constante actividad meses enteros, y otras la erupcion es violenta y pasa con rapidez.

Repasando la estadística de las erupciones y de las víctimas causadas, apénas se comprende cómo toda la falda del volcan se encuentre rodeada por multitud de pueblecillos, cuyos habitantes viven tranquilos y descuidados en medio del peligro que constantemente los amenaza. Y sin embargo, tiene esto una explicacion perfectamente lógica. Todos estos pueblos son agrícolas; la ceniza del volcan es un excelente abono, y aunque la lava destruya una cosecha, fertiliza el suelo, dejando gérmenes para nueva vida y cosechas más abundantes, que compensan con creces el daño causado. Queda destruido un pequeño pueblo de pobres casuchas y vuélvese á construir por sus mismos habitantes, que, previa-

(1) Poco tiempo despues de verificado este viaje, hubo una terrible erupcion (1872) que ocasionó numerosas víctimas.

mente pusieron en salvo sus personas é intereses. La actividad peligrosa del volcan anúnciase por numerosos signos: la mar desvíase de la playa, dejando en seco una gran parte de ella; por los intersticios ó resquebrajamientos de la montaña salen numerosos reptiles que huyen de ella con rapidez, auméntase poco á poco la actividad ordinaria del Vesubio, percíbense ruidos sordos que parten de la tierra, y no tardan en ser acompañados por movimientos oscilatorios, y últimamente, por las bocas de la *Estufa*, en el lago de Agnano, despréndense gases sulfurosos. Estos fenómenos preliminares duran algunos dias, y dan tiempo á los moradores de estos lugares para prevenir todo riesgo.

Así el amenazador gigante ha llegado á ser un venero de riqueza para estos pueblos, víctimas tantas veces de sus iras.

Estos cataclismos son en la naturaleza como las revoluciones en la sociedad; arrollan cuanto á su paso encuentran, arrasan, siembran tal vez el terror y la muerte, se desbordan, pero tras su paso destructor dejan lozanos gérmenes de vida y de progreso.

Vamos á escalar la cima amenazadora del Vesubio.

Generalmente se sube por Ressina. Puede hacerse el camino en carruaje hasta una ermita llamada de San Salvador, súbese despues un trecho á caballo y luego, en media hora, á pié, se llega al cráter. Desde Pompeya son pocos los que suben por ser la ascension más penosa; pero nosotros, por no retro-

ceder hasta Ressina, lo que tal vez nos obligaria á dejar la escursion para otro dia, preferimos subir desde este punto.

A la puerta del *hotel Diómedes* montamos á caballo, y tomando á galope el camino que por la derecha del hotel se extiende, no tardamos en torcer por una vereda, cuya suave pendiente comenzamos á subir.

La falda de la montaña, en todo el tércio inferior de ésta, se encuentra sembrada de hermosas viñas que producen el *lacrima-Christi* rojo y blanco. Creeis acaso que al escalar el Vesubio vais á encontrar solo enormes piedras, fragmentos de lava, ceniza, aridez, y os hallais con hermosas parras y viñedos, con un terreno frondoso que alegra la vista y el ánimo. Figuraos un verdugo en cuya frente brille la mate palidez de la crueldad, y á cuyo cuerpo se ciña por capricho un cinturon de flores, y esto es el Vesubio con su amena y risueña falda y su terrible frente coronada de fuego.

Largo espacio recorremos por este fértil terreno. Por fin llegamos á una esplanada donde la vegetacion concluye. Nos apeamos para descansar un instante y nuestros piés se hunden en una ceniza negra.

Desde aquí alcanza la vista un panorama encantador; la vertiente verde y lozana que acabamos de recorrer, más allá un extenso y frondoso valle en el que blanquean, agrupados de trecho en trecho, multitud de pueblos: Vico, *Torre della Annunziata*, Sorrento, Castellamare; el anfiteatro del golfo has-

ta el verde promontorio de Possílipo: aquí á nuestros piés, sobre una colina, las tristes ruinas de Pompeya, y allá más léjos, cerrando el cuadro, la isla de Capri y el golfo bordado de blanca espuma en su inmensa playa circular. Hé aquí la hermosa campiña de Nápoles. Digna es de fama, en verdad, pero tambien es cierto que este pano rama no excede en belleza á otros muchos que he contemplado,

Debo ingénuamente declarar que la Huerta de Valencia, á vista de pájaro desde el Miguelete, es tal vez más risueña y frondosa que la campiña de Nápoles. Y ahora piensen de mí lo que quieran aquellos que ven con los ojos de la fantasía más que con el prisma de la realidad.

Despues de reponer nuestras fuerzas con largos sorbos del *lácrima*, nos pusimos en marcha nuevamente, en compañía de otro viajero que acaba de llegar. Es el tal un joven inglés que se ha incorporado á nuestra expedicion despues de saludarnos atentamente.

Suben los caballos penosamente por un terreno árido, donde se hunden en ceniza. A uno y otro lado vemos grandes montones de lava formando largas crestas. La vertiente es cada vez más empinada y los caballos avanzan con fatiga, hasta que llegamos á un punto en que tenemos que echar pié á tierra.

Desde este momento hay que subir á pié.

La última ascension puede hacerse de varias maneras: en una especie de silla de manos llevada por dos guias; en hombros de uno de estos, ó como

nosotros la hicimos, que, si bien más penosa, es más segura, pues no hay que servirse de extrañas piernas, y es como sigue: cójese el viajero á un pequeño palo atravesado en el extremo de una cuerda, siendo remolcado por un guia que tira del otro extremo que se hecha sobre el hombro, en tanto que otro guia empuja suavemente por la cintura al viajero. De esta manera muévense las piernas sin gran esfuerzo, y sin embargo, no tardamos en sentir el cansancio, debidó á la larga carrera que acabamos de dar á caballo, y sobre todo á la inclinacion de 45º que tiene la pendiente.

Descansando á ratos, tropezando aquí, cayendo más allá, animándonos unos á otros, vamos escalando la cresta del Vesubio, como las hormigas el tronco de un árbol. A todo esto el inglés, que despues de saludarnos no ha vuelto á pronunciar una palabra, se para si nos paramos, bebe si bebemos, nos sigue si caminamos.

Abro yo la marcha ayudado por dos guias; me sigue de cerca Gutierrez riñendo con los suyos, hasta que prescinde del que le empujaba por la cintura, y detrás viene Cerqueros, que apenas habla porque creo que apenas siente; el teniente de artillería Santos, tropezando á cada paso, el doctor Cañete pidiendo descanso siempre y acariciando con los labios el botijo que contiene el *lácrima*, y por último el impasible inglés, que á pesar de su indiferencia y su frialdad suda como otro cualquiera.

La tarde está encapotada. Nos hallamos de pronto en medio de una nube; no vemos más que á al-

gunos pasos de distancia; nuestras barbas y cabellos se empapan de agua y encuentran nuestros piés un desagradable calor, hundiéndose en la cálida ceniza, mientras sentimos en el rostro el frio y la humedad de la nube. Nuestra respiracion es anhelosa, bien por ser el aire en las alturas ménos denso, ó bien por el cansancio y la fatiga de la ascension.

Llegamos á la *Cocina del Diablo.* Se da este nombre al sitio donde se encuentran unos boquetes abiertos en la roca, rodeados de azufre y lava, por los que se desprende un calor tan excesivo, que no lo puede la mano resistir á un pié de distancia. Enterrando un huevo en esta ceniza se cuece en ocho ó diez minutos. No resisten los piés este calor, por lo que nos detenemos poco, y percibiendo un pronunciado olor sulfuroso, llegamos á una vasta planicie, en cuyo centro se abre la *Boca nueva*, pequeño cráter de dos metros de diámetro, que arroja un humo denso.

El gran cráter se abre á poca distancia, sobre nosotros. Vamos á continuar subiendo, cuando de repente percibimos un ruido extraño, como de multitud de piedras que chocaran en el aire. Los guias levantan asustados la cabeza en actitud de huir. Mudos é inmóviles quedamos todos. Cesa el ruido, y pasado en nosotros el primer momento de pánico pensamos en la retirada. Los guias se tranquilizan y procuran tranquilizarnos diciéndonos que el ruido procede de una boca situada en la vertiente opuesta. No sé si se referirán á *La Somma*, ó á alguno de tantos pequeños cráteres que, como la *Boca*

nueva, resquebrajan por todas partes la montaña. Creo más bien esto último.

Más que las palabras de los guias nos anima á seguir esta sencilla reflexion:

—Si no hay peligro debemos continuar, y si lo hay es tarde para retroceder.

Continuamos, pues: escalamos la última parte de la montaña, llegamos á la cima. ¿Por qué no decirlo con orgullo? Llegué el primero, y á punto estuve de esclamar:

—¡Eureka!

Nos hallamos al borde del cráter. Ocupa este casi la totalidad de una inmensa planicie circular. Sus bordes, un poco levantados, están cubiertos de ceniza.....

Dice D. Pedro Antonio de Alarcon que el volcan arroja humo con intervalos de diez minutos, durante los cuales, con las debidas precauciones puede el viajero asomarse al borde del cráter. Allá, en el fondo, distingue llamas rojas y azuladas, tal vez los resplandores de un fuego intenso, tal vez luces fosfóricas.

Esto vió Alarcon en 1861. Hoy no puede verse. Encuéntrase el Vesubio en mayor actividad y arroja sin interrupcion un humo tan denso, que no solo asomarse es imposible, sino que no alcanza á verse el inmenso círculo del cráter. No solo el humo nos lo impide, sino tambien la nube que nos envuelve. De él podemos juzgar por el colosal segmento que alcanzamos á ver.

Cuando al impulso de una ráfaga de viento osci-

lan la nube y la columna de humo, divisamos á algunos metros de profundidad picos salientes cubiertos de ceniza.

¡Horrible es la idea de caer en esa profunda y pavorosa sima!

No hay auxilio que pueda salvar al desdichado que, asomándose imprudentemente, le acometa el vértigo y caiga en este insondable abismo.

Si trato ahora de analizar mis impresiones ¡qué triste desencanto! Quiero contemplar la belleza del paisaje y la nube que me envuelve y las que quedan bajo mis piés por los flancos de la montaña, me lo impiden. He querido ver el enorme cráter, el fondo del volcan, y una columna de humo se opone á mi deseo. ¡Tantos años anhelando llegar á esta cima, y he subido por fin, he realizado mi deseo para encontrar humo solamente!

¡Ay! Así se convierten en humo las más bellas ilusiones de la vida.

No lo niego. Al llegar he sentido un momento de inmensa satisfaccion; pero mi felicidad ha sido tan breve, que ha pasado ántes que el cansancio de mi cuerpo.

No sé el tiempo que hemos permanecido en esta cima.

—*Andiamo*—dice al fin uno de los guias, y haciéndonos desistir á Gutierrez y á mí nuestros compañeros del propósito de dar la vuelta alrededor del cráter, comenzamos el descenso. Este se hace rápida y fácilmente.

Cógennos los guias por debajo de los brazos, y

cuidando de llevar el cuerpo echado hácia atrás, y de clavar los talones en el piso, bajamos á grandes saltos por la ceniza. Deslízase ésta con nosotros, de suerte que cada paso nos hace avanzar cinco ó seis metros. Esto, más bien que bajar una cuesta, es deslizarse por ella.

En quince minutos recorremos la distancia que al subir nos costó cerca de dos horas, y llegamos al punto donde nos esperan los caballos.

Además de los guías que, ajustados por nosotros, nos han ayudado en la subida, hemos sido acompañados por otros ocho ó diez, cuyos servicios nadie reclamó. Todos éstos ganapanes nos piden ahora el precio de su oficiosidad, que nos negamos á satisfacer. Así mismo el que nos proporcionó el botijo del *lácrima* nos exije un precio exorbitante, y promuévese con tal motivo una acalorada disputa entre ellos y nosotros.

Discuto yo con el del vino mientras mis compañeros montan á caballo; tratan de impedirles el paso los oficiosos guias y el doctor Cañete levanta su baston sobre ellos. En tal momento rompo contra un peñasco de lava el botijo vacío, y monto á caballo, dispuesto como mis compañeros á la defensa ó al ataque. Pero no es preciso. Al ver nuestra actitud nos abre paso esta gente y nos dejan marchar sin reclamarnos ya ni aún el precio del vino. Emprendemos la marcha, arrojo dos francos al suelo, y no se desdeña de cojerlos humildemente el que poco ántes exigia mucho más con tono altivo.

Desde este momento perdemos de vista al inglés.

Aquí lo encontramos sin saber por dónde subió y aquí desaparece sin que sepamos por dónde piensa bajar.

Llegamos sin novedad á *Torre della Annunziata*. y emprendemos en el tren nuestro regreso á Nápoles.

Debo repetirlo. El placer de llegar á la cima del Vesubio y hollar con nuestros piés la frente altiva del gigante, no compensa los trabajos y fatigas de la ascension. ¿Por qué pienso ahora de este modo? ¡Quién sabe! Tal vez porque una ilusion realizada es una esperanza perdida.

CAPITULO VII.

DE NÁPOLES Á MESSINA.

Al amanecer nos ponemos en movimiento, despues de haber permanecido en Nápoles por espacio de treinta y siete dias.

Con una esperanza más y una ilusion ménos, fijo por última vez mis ojos en la cima del volcan, cuya actividad es mucho más viva que el dia de nuestra llegada.

Salimos del golfo de Nápoles y haciendo rumbo al S. vamos costeando la Calabria. La costa es alta, montañosa, áspera y accidentada.

Tan famosos como los bandidos de Sierra-Morena han sido los calabreses, pero cuéntase que á fuer de hombres bien educados desvalijaban al viajero guardándole toda clase de consideraciones, que no quita lo cortés á lo valiente, aunque en esta ocasion

mejor pudiéramos decir que no quita lo atento á lo cruel.

No necesito añadir que no he podido por mí mismo asesorarme de lo que sobre los bandidos calabreses refieren muchos viajeros; pero sí consignaré que jamás he sentido la menor curiosidad ni aficion por esta clase de impresiones. Algun viajero conozco que soñando con ladrones se le antoja que ha sido víctima de ellos, y con la mayor seriedad se entretiene en dar cuenta de la extraordinaria aventura en que salvó su vida á costa de su equipaje. De buen grado inventaria yo alguno de estos interesantes episodios para entretener á mis lectores, si no aspirára más á la fama de verídico que á la de soñador. Y como nadie ha de ser tan cándido que pueda creer, como posible siquiera, que una banda de bandoleros se atreva á asaltar un barco de guerra, para no exponerme á que de mí se rian habré de renunciar á referir la interesante historia de bandidos que, en mi caso, inventado hubiera un Alejandro Dumas, por ejemplo. Por mi parte confieso que de veras celebro que la casualidad me haya deparado para mis viajes un buen barco, defendido por cañones de grueso calibre, porque en la lucha de la vida nadie me negará que es siempre ventajoso y preferible ser el más fuerte. Y aunque lamente á veces que la monotonía de mis viajes quite interés á mis escritos, declaro tambien que no me agradará nunca que el público distraiga sus ócios con el relato de lances ó aventuras en que yo haya sido víctima. No es de mi agrado este papel por in-

teresante que sea, y, aunque de egoista me tache algun misántropo, he preferido, siempre que me envidien ántes que me compadezcan.

Ya las costas de Calábria se distinguen apénas á los débiles rayos del sol poniente, y ántes de entregarme al descanso, recomiendo expresamente que se me despierte al amanecer.

Se cumple mi encargo y subo á cubierta cuando aún mis ojos estan cargados por las sombras del sueño y el firmamento por las sombras de la noche.

Son las cuatro y media de la mañana. Un ligero albor tiñe de rosa el horizonte y á su débil resplandor distínguense negras masas que sé destacan sobre la superficie del mar. Son las islas de Lípori. Cerca pasamos del volcan de Strómboli, que forma un pequeño islote. Su cráter se abre en la cima de un elevado peñasco, fácil de reconocer por el penacho de humo que lo corona. Sus vertientes, formadas de lava, son ásperas y escarpadas. En su falda, bastante fértil, distínguese un pequeño pueblo cuyos habitantes estarán, sin duda, acostumbrados á la incómoda vecindad del Strómboli, cuando tan sosegados viven en este aislado y peligroso islote.

Más al N. queda el Strombolino, elevado peñasco que arranca bruscamente de las olas, con sus laderas acantiladas, como cortadas á pico, presentando la figura de una alta y estrecha pirámide truncada.

Más al S. distínguense las demás islas que forman el grupo de Lípori.

A la una de la tarde, dejando á uno y otro lado los célebres escollos de Scila y Caribdis, embocamos

el estrecho de Messina. ¡Scila y Caribdis! En los tiempos en que los osados navegantes se lanzaban á los peligros del mar en ligeras naves, sin más medios de locomocion que unas pequeñas velas, en aquellos tiempos en que la isla de Sicilia tenia gran importancia por su posicion, por su riqueza y por el culto de sus mitológicos dioses, y se veian las aguas del estrecho surcadas por numerosos barcos, éstos que habian de embocarlo de vuelta y vuelta, como dicen los marinos, no bien salvado habian el escollo de Scila, eran empujados por el viento sobre el de Caribdis. ¡Cuántos navegantes habrán hallado la muerte en estas costas, en estas rompientes cubiertas de espuma, que nosotros divisamos apénas, y que vemos con indiferencia! A las tres fondeamos en Messina.

CAPÍTULO VIII.

MESSINA.

De buen grado me entretendria en referir á grandes rasgos la historia de Sicilia, teatro en la antigüedad, más de una vez, de las luchas entre cartagineses y romanos, tierra clásica de la mitología, Pero he de contenerme y desistir de mi propósito, que fuera ridícula osadía querer enseñar á mis lectores lo que todos aprendimos en nuestros primeros años. Cuando otros pueblos visite cuya historia no sea tan importante ni conocida como la de la isla donde hoy nos encontramos, satisfaré entonces mi deseo de hacer rápidas escursiones por el campo de la historia, no tanto por achaque de lucir erudicion, cuanto por el de refrescar conocimientos tal vez olvidados.

No entraré en Messina, no obstante lo expuesto,

sin recordar que debe su nombre á los messenios, y que es una de las más antiguas ciudades del mundo.

Está Messina rodeada de montañas y defendida en su puerto por los fuertes de San Luis Gonzaga y la Ciudadela que conserva señales de los bombardeos que sufrió tanto el año 48, como el 61 por Cialdini.

Un hermoso muelle de mucho calado dá acceso á la ciudad. Esta, construida en extensa planicie, comienza en el muelle mismo, por una larga calle que ocupa toda la extension de él, y que recibe el nombre de la Marina.

Paralela á esta se encuentra la de Garibaldi, y en la misma direccion y más al centro la del Corso. Estas tres calles son largas, anchurosas, perfectamente embaldosadas y limpias. Las demás de la poblacion son por lo general estrechas.

Un bonito jardin sirve de paseo, y aunque de reducidas dimensiones, encuéntranse en él fuentes estanque, un templete y una montaña rusa.

No faltan tampoco en esta aseada ciudad plazas espaciosas como la de la Catedral, adornada con una hermosa fuente llena de caprichosas esculturas.

Entre sus edificios debo mencionar tres que son notables por su sólida construccion de piedra, y gusto moderno: el Municipio, el Hospital y el Teatro.

De sus edificios antiguos me ocuparé en primer término de la Catedral. Su construccion se remonta al siglo XI; pero destruida en parte por un incen-

dio en 1254 y por un terremoto en 1783, apénas se conservan en el edificio restos de su primitiva forma. Su cúpula, comparada al *Campanillo* de Venecia, fué destruida por el expresado terremoto, reemplazándole una torre que á su vez fué demolida en 1865. Hoy en su lugar se levantan dos pequeñas y esbeltas torrecillas. La iglesia tiene la figura de una cruz. Las veintiseis columnas de granito que dividen sus naves, dícese que pertenecieron á un antiguo templo de Neptuno. De este modo encontramos reunidos en un solo monumento recuerdos de tres edades: las columnas de los tiempos mitológicos, el cuerpo del edificio de la Edad Media, y las torrecillas que lo coronan de los actuales tiempos. Adviértese con tal motivo falta de unidad y de armonía en el tono general del edificio, y en verdad, que, aunque notable por la antigüedad de su construccion, dista mucho de ser una de esas gloriosas páginas de piedra que nos legaron los artistas de la Edad Media. Ofrece, sin embargo, algun detalle que citarse debe como belleza de primer órden. Tal es el mosáico que adorna la bóveda, representando Cristo, la Virgen, San Juan, y los arcángeles Gabriel y Miguel, obra delicadísima del siglo XIV, debida al génio de Guidotto.

Encuéntranse en la Catedral algunos sarcófagos y entre ellos el que los restos guarda de Alfonso el Magnánimo.

Despues de la Catedral debe citarse, no por notable, sino por ser el edificio más antiguo de Messina, la iglesia de Santa María de los Catalanes.

Data su construccion del siglo IX; pero por tantas vicisitudes ha pasado en el trascurso de los tiempos, tantas restauraciones ha sufrido, que no queda de su primera época otra cosa que las columnas de sus naves, y una inscripcion sarracena sobre la puerta principal.

Messina, pues, aunque es una ciudad agradable por su aspecto, por la hermosura de algunas de sus calles y plazas, y por la regularidad de sus modernas construcciones, resiéntese de falta de vida y animacion. Sus cafés y establecimientos de comercio son pequeños y pobres. Durante el dia y en las primeras horas de la noche encuéntrase alguna gente en las calles y en el paseo; pero despues de las nueve queda la ciudad oscura y desierta. No he podido juzgar del carácter y costumbres de sus habitantes; pero consignaré con gusto que ni á mis compañeros ni á mí se nos han hecho esas descaradas proposiciones brindándonos placeres como con tanta frecuencia y con osadía tanta se nos hicieron en Nápoles.

Paréceme, pues, más digno el carácter de los sicilianos, y si recordamos que su historia está llena de rasgos de valor y espíritu de independencia, formaremos ventajosa idea de las costumbres de esta ciudad.

Y con esto me dispongo á salir de Messina mañana al amanecer.

CAPÍTULO IX.

DE SICILIA Á GRECIA.—ZAFARRANCHO DE COMBATE.

Continuamos la navegacion del Estrecho de Messina, que tiene nueve millas de una á otra costa en su mayor anchura, y tres en la menor.

El dia está caluroso y la mar en calma.

Por estribor tenemos la isla de Sicilia y por babor la costa de Calábria, que arranca del mar en verde, suave y hermosa pendiente, y se eleva luego en escarpadas montañas.

En la costa de Sicilia, allá al interior, á gran distancia, distínguese una elevadísima cúspide en forma de cono que descuella sobre los montes que la rodean, y cuyo vértice se pierde entre las nubes. Es el Etna, es el terrible volcan, rival orgulloso del Vesúbio. Hoy su cráter no arroja lava, hoy no vomita destruccion y muerte; tal vez el colosal gi-

gante se permite algun tiempo de descanso para volver á sus hazañas con nueva fuerza y mayor energía (1).

Salimos del Estrecho doblando el cabo *dell'Armi*. El viento es flojo, avanzamos lentamente y al caer el sol, distínguense aún las costas de Italia.

¡Italia! Entré en ella con ilusion y partí sin pena. La tierra clásica del arte y del amor guardaba para mí la decepcion y el desencanto. La proverbial hermosura de sus perspectivas, de sus florestas, sus campiñas y sus golfos, no gana seguramente á la belleza de otros paisajes que mis ojos contemplaron. Conserva, sí, la belleza del arte; pero en vez de rendirle culto, comercia con él como impura meretriz con sus retocados atractivos. Hace un año recorrí otras ciudades de Italia. No se crea que juzgo solo por lo que en Nápoles y sus alrededores he visto Sí confesaré que es en esta ciudad donde el citado vicio llega á su colmo.

No he de extenderme nuevamente en consideraciones que hice á su tiempo. Mañana, cuando el sol nos muestre su explendoroso disco, ya no veremos

---

(1) Hallándose en prensa este libro nos anuncia el telégrafo una terrible erupcion del Etna, que está sembrando en aquellas ricas comarcas la más espantosa desolacion.

El Etna mide 3.300 metros sobre el nivel del mar, y la circunferencia de su cráter tiene más de 4.000 metros. Está en actividad desde los tiempos más remotos. Catania ha sido varias veces destruida por el volcan. Sus erupciones más terribles han sido las de 1183, 1669, 1787 (en la que llegaron las cenizas hasta la isla de Malta) y 1852.

La presente se citará tambien como una de las mayores.

las costas de Italia. Dirijo el último *adios* á este país, *adios* tan frio como entusiasta y cariñoso fué mi primer saludo.

Navegando á la vela con viento escaso y avanzando muy lentamente, pasamos tres dias sin que la vista alcance otra cosa que la inmensidad de las aguas en toda la extension del dilatado horizonte.

No se crea que en estos dias de calma la gente permanece ociosa. Frecuentes ejercicios ocupan al marinero, y como curioso he de reseñar al zafarrancho de combate.

Cualquiera de mis lectores habrá tenido ocasion de ver en repetidos ejercicios el simulacro de una batalla. Muy pocos serán los que hayan podido formar idea del aspecto que presenta el interior de un buque en los críticos y solemnes momentos que preceden á un combate naval. Ya que por hoy no pueda describir el combate, intentaré la descripcion del simulacro.

Al sonar el toque de generala y cala-cuerda, se ofrece á bordo un espectáculo extraño por su inusitada animacion y confusa algarabía. Todos correntodos gritan, todos se arman apresuradamente, suben, bajan, se tropiezan y se empujan, formando el más caprichoso conjunto que imaginarse puede aquellos quinientos hombres corriendo en todas direcciones, de babor á estribor, de proa á popa, de cubierta á batería, cogiendo carabinas, sables y hachas de abordaje, puñales y rewolvers, con tal entusiasmo, con tal afan y precipitacion, que un indiferente que este cuadro contemplara llegaría á

pensar que estaba cerca el enemigo y peligraba la seguridad del barco.

En cinco minutos debe quedar dispuesto el buque para entrar en combate, y como son muchas las maniobras y muchos los detalles que han de llevarse á cabo en tan corto espacio de tiempo, de aquí la celeridad que se observa en los movimientos de todos los tripulantes. Hay que echar abajo las *vergas* de *juanetes* y *sobres*, si están cruzadas, calar *mastelerillos*, entrar el *botalon*, colocar los cañones en batería, tapar las escotillas, disponer los *aparejos* para *izar* los proyectiles, alistar en la escotilla de proa un *aparejo* para *arriar* los heridos hasta la enfermería de combate, abrir los pañoles y disponer las cargas, armar las bombas de incendios; en una palabra, los detalles son tantos, y tan variadas las maniobras que se ejecutan á un tiempo mismo en cubierta, en batería, en el sollado, en los pañoles, en la máquina, en todas partes, que el tiempo es corto y mucha la prisa y confusion (1).

---

(1) Debo dar una ligera explicacion para que mis lectores comprendan el significado de las palabras técnicas empleadas en este párrafo, advirtiendo á las personas entendidas en el arte naval, que siendo mi objeto poner al alcance de todos las maniobras enunciadas, mi explicacion será vulgar, pero sucinta y clara.

Cada uno de los palos de un buque está compuesto de tres partes ó trozos de madera, que reciben los nombres de *palo macho* (unido al casco del buque), *mastelero* y *masterillo*. Los dos últimos pueden *arriarse*, ó sea bajarse, hasta quedar sobre cubierta, y esta maniobra recibe el nombre de *calar masterillos* ó *masteleros*, segun se refiera á unos ó á otros. Además de estos palos verticales, hay otros, como es sabido, que forman cruz con los primeros y que en general reciben el

Cada indivíduo tiene designado su sitio. Al sonar el toque que indica el *zafarrancho de combate*, lo primero que todos hacen es tomar las armas, y despues acudir á su puesto. El barullo que reina en los primeros momentos es extraordinario. Las pisadas que hacen retemblar las cubiertas, las armas que se chocan, los pitos de los contramaestres, los gritos de los oficiales que reprenden á los morosos, las voces de los marineros que preparan las maniobras, todo se mezcla confusamente formando un ruido discordante, inarmónico y atronador.

Ya en su puesto cada cual y listo el barco para entrar en combate, se restablece el silencio. El to-

---

nombre de *vergas*, y en particular, procediendo desde la más baja á la más alta, *vergas mayores*, *gávias*, *juanetes* y *sobres*. Estos palos pueden tambien arriarse, á lo que se llama *echar abajo* juanetes y sobres, ó gávias ó mayores, segun á las vergas á que se refiere la maniobra. Además de los tres palos *trinquete*, *mayor* y *mesana*, hay uno á proa, que es el llamado *bauprés*, el cual lleva otro adicional que recibe el nombre de *botalon de proa*. Este palo, que sobresale de la proa del barco, puede meterse dentro. Esto es lo que significa la frase *entrar el botalon*.

Los *aparejos* para izar los proyectiles desde los pañoles á la batería y á los reductos de cubierta, no son otra cosa que poleas, con las que se *iza* ó *arría* (se sube ó se baja) toda clase de pesos.

Colocar los cañones en batería, es ponerlos de modo que asomen por fuera de las *portas*, aberturas del costado del buque, destinadas al objeto, que tienen la forma de ventanas.

Los *pañoles* son departamentos destinados á repuestos de todo género. El mayor es el pañol de pólvora, llamado antiguamente *Santa Bárbara*.

El *sollado* es el piso que está debajo de la batería, así como ésta se encuentra inmediatamente debajo de cubierta.

Las palabras proa, popa, babor, estribor, escotillas y algunas otras son ya tan usuales, que considero inútil explicar su significado.

que de la corneta indica entónces los distintos ejercicios que hayan de afectuarse; fuego á babor, fuego á estribor, y no se percibe más que las voces de mando y el arrastre de los proyectiles. Perc ¡ah! si en vez de presenciar un simulacro asistiéramos á un combate, oiríamos el terrible estampido del cañon que hace trepidar el barco, y los angustiosos lamentos de los heridos que hacen estremecer el alma.

Para el abordaje se encuentra la tripulacion dividida en tres secciones ó trozos que, en caso necesario, son llamados á cubierta. Entónces, los marineros abandonan los cañones y suben á cubierta por la única escotilla que queda practicable, y se lanzan, se precipitan al sitio del peligro, empuñando el sable, el puñal, la carabina ó la temible hacha de abordaje. Aquí se reproduce la confusion y el tumulto; pero éste aumenta cuando en medio del supuesto combate toca á fuego la campana. Acude cada cual al sitio que tiene designado para este caso. Unos pican la bomba, otros llenan cubos de agua, que van pasando de mano en mano, se disponen los grifos para inundar los pañoles, y en tanto siguen otros batiéndose en cubierta.

Despues de una ó dos horas de ejercicio, concluye el simulacro. Los proyectiles y cartuchos se recogen, los pañoles se cierran, se abren las escotillas, se izan los masteleros, se cruzan las vergas, vuelven las armas á su sitio y queda todo en estado normal.

Como en la mar no cabe esperar recursos de fue-

ra, como han de aprovecharse los elementos que dentro del barco existan, como son muchos los peligros, y de la precision y prontitud de las maniobras dependen la salvacion del buque y la vida de quinientos hombres, de aquí la frecuencia con que estos simulacros se repiten á bordo.

No sé si habré conseguido bosquejar ligeramente la animacion, el movimiento, el ruido, la vida que lleva consigo el *zafarrancho de combate*. Pero ¡ah! es una vida precursora de la muerte. Ese espectáculo tan curioso, ese cuadro tan agradable, tanto afan y preparativos llevan consigo el espíritu de la destruccion. Ya que no nos sea dado esperar en nuestros tiempos que ese nefando espíritu concluya, dejemos que la llamada ciencia de la guerra estudie y perfeccione sus instrumentos de muerte, que tal vez del exceso del mal nacerá el remedio, y entónces podrá llegar para la humanidad el venturoso dia, deseado por Quintana, en que esas *soberbias naos* se hundan para siempre en los abismos.

Despues de tres dias, al caer el sol vemos tierra corrida por la proa y amura de babor. Es la costa del Peloponeso. Ya entrada la noche doblamos el cabo de Matapan.

Al amanecer otro dia nos encontramos en el estrecho ó canal de Cervi, dejando la isla del mismo nombre por babor, y por estribor la de Cérigo, que es la antigua isla de Citeres ó Citerea.

Nuevamente nos acercamos á la escarpada costa de la Morea ó Peloponeso, doblando el cabo Malea, hoy San Angelo. Toda esta parte de la costa se en-

cuentra completamente deshabitada, y solo en la lengua de tierra que avanza sobre el mar, formando el citado cabo, se vé una pequeña habitacion, de figura semi-esférica, rodeada por un pequeño huerto donde crecen tres higueras. Esta casita está habitada por un solitario cenobita que reside en ella hace muchos años. Con nadie comunica por mar ni por tierra; cuando alguien se acerca huye ó se encierra en esa especie de choza de castor. Los habitantes de las cercanías dícese que guardan á este maniático el más profundo respeto, y sabiendo que no gusta ser visto por nadie, procuran no molestarle. Y como el sitio elegido por el cenobita no es paso para ninguna parte, y los pueblos más próximos están á bastante distancia, le dejan vivir tranquilo. No he podido averiguar si este extraño personaje es un alucinado que cree implorar en su aislamiento la justicia divina ó si es un criminal que huye de la justicia humana. ¡Quién sabe! No excluye lo uno á lo otro, y puede ser ambas cosas ó ninguna de ellas. ¿Será feliz? Lo ignoro. En todo caso, loco, alucinado, criminal ó egoista, ningun beneficio reporta á la sociedad con su vida de anacoreta. Esa vida, léjos de todos los vínculos sociales, paréceme un suicidio. No sé si el hombre tiene derecho á emanciparse por completo de la sociedad. Si el hombre naciera y creciera en el aislamiento, si llegara al completo desarrollo de sus fuerzas, sin el auxilio de nadie, venciendo por sí mismo todos los obstáculos que los elementos le presentáran, indiscutible seria ese derecho. Pero cuando nace en sociedad, cuando debe

su vida á sus semejantes que cuidaron de su niñez y protejieron su debilidad, cuando á los vínculos sociales debe su crecimiento y desarrollo, cuando de la sociedad ha recibido beneficios, paréceme que tiene el hombre para con la sociedad deberes que cumplir. Muchos son los que de la sociedad se quejan porque exigen de ella una proteccion que si colectivamente es indudable que presta, individualmente no puede prestar. Quejas son esas tal vez nacidas de un error de juicio; pero aunque fundadas fueran, serian nacidas de vicios de organizacion, no del principio mismo, y á corregir esos vicios ó defectos sociales deben todos contribuir. Si admitiéramos la peregrina idea de que todo aquel que se juzgue víctima de una injusticia social tiene el derecho de aislarse, seria una utopia el progreso, volveria el hombre al estado salvaje, llegaria el aniquilamiente de la humanidad. Esto es un absurdo. Las sociedades se formaron por que la sociedad es absolutamente indispensable para la vida del hombre, es, por decirlo así, atributo inherente á su modo de ser. Por eso son raros los ejemplos que se nos ofrecen como el que hoy contemplamos. Frecuentes fueron en las desdichadas épocas en que el fanatismo religioso perturbaba las conciencias; pero el fanatismo es una demencia, ó por lo ménos causa predisponente de enajenaciones mentales. Creo, pues, que si este anacoreta al que no tuvimos el gusto de ver, piensa llegar al cielo, en justicia y caridad, debiérase en la tierra proporcionarle un manicomio.

Dejo estas consideraciones ante los recuerdos de la antigua Grecia que empiezan á embargar mi mente.

Surcamos las mansas ondas del golfo de Salamina. Entramos en la bahía de Falero, junto al puerto del Pireo, donde damos fondo. Estamos en Grecia.

CAPÍTULO X.

EL PIREO Y ATÉNAS.

Vamos á dirigir una mirada á esa pequeña porcion de tierra, á esa Grecia desdichada, donde aun las huellas se encuentran que dejó á su paso la dominacion de los turcos.

Ahora podremos ver si es cierto, como Lamartine afirma, que los turcos respetan las obras de arte, y formaremos exacta idea de su cultura ó su barbarie.

Es una hermosa mañana del mes de Julio. En un cielo sin nubes de un azul purísimo, limpio y trasparente, brilla el sòl en todo su explendor y majestuosidad, vertiendo torrentes de luz sobre las tranquilas y mansas ondas del mar Egeo. A nuestra espalda queda la antigua isla de Cíteres y la escarpada costa del Peloponeso. Hemos tambien atravesado

el Golfo de Salamina: un pequeño promontorio en el continente se señala como el sitio desde el cual contempló Jerjes el combate, seguro de la victoria, y sufrió el terrible desengaño de ver su escuadra, aquella poderosa escuadra persa, que ya en tiempo de su padre habia asolado las islas del Archipiélago, completamente destrozada por los griegos, capitaneados por Temístocles.

Más allá, donde mi vista no alcanza, se encuentran las ruinas de Eléusis, ruinas que guardan el secreto de los misterios de Céres.

Hemos fondeado en la bahía de Falero. De este puerto salió *Teseo* con rumbo á Creta, y de aquí tambien partieron las naves que Menesteo llevó á Troya.

Vamos, por fin, á desembarcar en Grecia; vamos á visitar Aténas. Apénas alcanzo á darme cuenta de mis impresiones: analizarlas seria empresa superior á mis fuerzas. En estos momentos solemnes de la vida del hombre, parece que se agota el sentimiento, vemos á manera de un ensueño lo que en torno pasa, como si perdiéramos la conciencia de nuestro sér y es que el espíritu se encuentra abrumado por la grandeza de un recuerdo.

Decia Ciceron: «Los griegos han civilizado á todos los pueblos, y á ellos debe Roma sus luces.»

¿Y quién soy yo, desconocido viajero, para juzgar de tanta gloria, si ella obliga al hombre á reconocer su pequeñez? Recorramos el recinto de la antigua Aténas con el más profundo respeto, y al contemplar sus monumentos, contentémonos con

hacer de ellos una ligera descripcion, y no osemos analizar su pasado explendor para no profanar su gloria.

Desembarcamos en el Pireo. Este puerto, segun Estrabon, podia contener 400 naves, 1.000 segun Plinio, y hoy, unos cuantos barcos mercantes lo llenan por completo. El Pireo forma un pequeño pueblo, diseminado por la playa, con unos 6.000 habitantes. No nos detuvimos más que el tiempo preciso para tomar el tren que habia de conducirnos á Aténas. En pocos minutos y atravesando un campo sembrado de viñedos, recorre el tren las cinco millas que separan el Pireo de la capital de Grecia.

Hénos, pues, en Aténas, cuna de la civilizacion, madre de las artes y pátria de los sábios de la antigüedad, cuyos nombres veneran todos aquellos que rinden culto á la más santa de todas las religiones, á la religion de la ciencia.

Milciades, Cimon, Temístocles, Arístides, Pericles, Sócrates, Platon, Fidias, Jenofonte, Demóstenes, guerreros, sábios, filósofos, héroes y artistas... Saludemos estos nombres venerandos, puesto que vamos á visitar el templo de sus glorias.

No dirijamos por ahora una mirada siquiera á la Aténas de hoy: busquemos el recinto de la antigua ciudad y contemplemos las silenciosas ruinas, donde olvidando sus pesares, encuentra el ánimo consuelo, abismado en sus meditaciones.

Saludemos al pasar las jigantescas columnas del templo de Júpiter Olímpico, el mercado de Adriano, la tribuna de Demóstenes, la Academia ó escuela de

Platon, el teatro de Baco y el templo de Teseo, monumentos que visitaremos más despacio, y dirijamos nuestros pasos á la *Acrópolis*, donde nos legó la antigua Grecia el sello de su génio, por Fidias esculpido en mármoles del Pentélico.

La Acrópolis, como indica su nombre *(Ciudad alta)* ocupa una elevada colina. En estos sitios se construian primitivamente fortificaciones que defendieran la ciudad; pero más tarde fueron dedicados á servir como de grandioso pedestal á los templos donde los dioses se alojaban.

Recorriendo el recinto de las antiguas murallas para dirigirnos á la Acrópolis, llamaron nuestra atencion una multitud de esculturas, que yacen en el suelo, representando cabezas humanas. Excítada nuestra curiosidad, se nos hizo saber que no permitiendo la religion de Mahoma representar de modo alguno la figura del hombre, los turcos decapitaron cuantas esculturas de este género hallaron en Aténas.

Por una ancha escalera de mármol se llega á los *Propíleos*, entrada monumental de la Acrópolis. El edificio de los Propíleos, cuya construccion data de 432 años antes de Jesucristo, constaba de tres partes: la galería ó puerta central y las dos alas. De la galería central, que tiene 18 metros de longitud, se ven aún las hermosas columnas de órden dórico, de nueve metros de altura y uno de diámetro.

El pequeño templo de la *Victoria*, segun algunos autores, es de construccion más moderna que los Propíleos, y segun otros formaba el ala derecha

de este edificio; pero tanto por la distancia que los separa cuanto por su órden arquitectónico, nos parece poco probable esta última suposicion. El templo de la Victoria forma un pequeño recinto cuadrado; cada uno de sus lados ostenta cuatro columnas jónicas, y en su interior se guardan varias esculturas. Entre ellas se encuentra la célebre Victoria de Fidias, representada en relieve sobre mármol por una matrona descalzándose la sandália. Esta alegoría queria sin duda representar que fatigada ya de la lucha la Victoria, se establecia definitivamente en Aténas. La actitud, la delicadeza del ropaje que en anchos pliegues envuelve á la matrona, el conjunto armónico y los detalles de esta escultura, hacen de ella una obra maestra, y es reputada como una de las mejores de Fidias (1).

Por entre rotas columnas, destrozados restos de pilastras, mármoles sin forma, ruinas sin nombre, tristes harapos que á traves de los siglos llegan á nosotros para despertar el recuerdo del lujo y explendor pasados y para siempre extinguidos, atravesamos el vasto perímetro de la Acrópolis hasta llegar á su parte más elevada, sobre cuya eminencia descuella la majestuosa fábrica del Partenon.

¡Ah! turbada la vista, suspenso el ánimo, lleguemos á saludar el Partenon con religioso respeto.

(1) Don Ricardo Velazquez, individuo de la comision científica que hizo este viaje, adquirió, si la memoria no nos engaña, una copia en yeso de esta escultura, con destino al Museo Arqueológico de Madrid.

CAPÍTULO XI.

ATÉNAS.—EL PARTENON.

El *Partenon* data, lo mismo que los Propíleos, del tiempo de Pericles. Construido para templo de Minerva, fué convertido en iglesia por los cristianos y en mezquita por los turcos. A pesar de estas trasformaciones el edificio se conservó con toda su primitiva grandiosidad hasta el siglo XVII. Sitiada Aténas por los venecianos, convierten los defensores en depósito de pólvora el Partenon, dirigen á este punto los venecianos sus balas rojas, acierta una de ellas á incendiar el polvorin, y una violenta detonacion, al dar á conocer á sitiados y sitiadores, á los unos su desgracia, á los otros su victoria, anuncia una catástrofe que eternamente lamentarán los adoradores del arte y de la gloria. El monumento levantado por la Grecia para legar á todas

las generaciones el recuerdo de su génio, acababa de ser convertido en ruinas. Pero ¡ah! no podia en un momento destruirse tanta grandeza: el edificio queda abierto, herido permítaseme la frase, pero no ha muerto. Aun subsisten, sino la grandiosidad del conjunto, las bellezas de mil detalles. Pero esto no era bastante: habia de consumarse el monstruoso atentado, y triunfantes los venecianos, quiere arrancar Morosini las estátuas de los frontones, y su mano torpe y sacrílega rompe las esculturas.

Y así la furia maldita de la guerra destruye los monumentos que son para la humanidad la tumba sagrada, el elocuente epitafio de pasadas generaciones. Pero si puede la barbárie destruir la obra material del hombre, no podrá nunca destruir el génio que dió vida á esas obras, que al génio que las inspiró se le siente aun palpitar entre esas tristes y gloriosas ruinas.

Lo que la guerra y la barbárie dejan por hacer, viene á consumarlo un mal entendido amor al arte. Un lord inglés, en su entusiasmo por Fídias, quiere llevar á su pátria sus obras originales; poco hábiles obreros le ayudan en su obra, y arrancan las metopas destruyendo arquitrave, capiteles y cornisa.

Olvidemos estas profanaciones y reconstruyamos en nuestra mente el Partenon, tal cual era en los gloriosos tiempos de Perícles.

La arquitectura griega es notable por su sencillez, de donde nace su belleza, por resultar el todo perfectamente armónico, sin que llegue á la mono-

tonia. La variedad dentro de una sencilla y armónica unidad: este ha sido siempre el ideal de la belleza, ideal que realizaron los griegos.

El Partenon, edificado en un planicie de 84 metros de longitud por 37 de anchura, formaba un paralelógramo, adornado con un peristilo y con un pórtico que elevándose sobre tres escalones, ocupaba la tercera parte de la longitud del edificio. Las columnas del pórtico y peristilo, de órden dórico, carecian de base y se apoyaban directamente en los escalones del templo. El friso rodeaba la parte superior de una pared maciza.

Todo el adorno consistia en las metopas y frontones donde esculpieron Fidias y sus discípulos Agorácrito y Alcameno el combate de los centáuros. Veíanse tambien colgados en la parte exterior del edificio los escudos ganados á los persas durante las guerras médicas. Delante de la puerta principal es fama que se elevaba la colosal estátua de Minerva, de 17 metros de altura, que descollaba sobre el edificio, y era lo primero que divisaba el viajero al aproximarse á Aténas por el lado del mar.

El interior del templo se dividia en dos naves: en una se guardaba el tesoro público de Aténas, y en la otra se rendia culto á la diosa Minerva. En este punto se hallaba una estátua de marfil y oro, obra maestra de Fídias, representando la diosa. Nada queda de ella más que el recuerdo. Los turcos la destruyeron para aprovechar el oro, y sin duda Lamartine no tuvo presente este dato al asegurar que los turcos respetan siempre las obras de arte.

Pero no recriminemos á los turcos, cuando un pueblo de artistas fué osado á destruir el Partenon.

Tal era en la antigüedad este templo de Minerva, que es reputado como la obra más perfecta de arquitectura. Este edificio reunia á la sencillez del órden dórico, la ligereza del corintio. Unidad, sencillez, armonía en el conjunto: elegancia y perfeccion en cada una de sus partes, lo mismo en los adornos de los frisos que en las líneas del capitel y en las estrias de las columnas, como en las molduras y rosetones y en los más insignificantes detalles.

Hoy de esta portentosa fábrica quedan en pié cuarenta y seis hermosas columnas de órden dórico, coronadas aún por varios trozos del arquitrave. Estas columnas de blanco mármol del Pentélico, como todo el edificio, tienen once metros de altura por dos de diámetro, y ante ellas es fácil reconstruir en la imaginacion, como acabamos de hacerlo, el conjunto del edificio con toda su belleza y su sorprendente majestuosidad.

¡Ah! no cabe por estas líneas formar idea del grandioso templo; pero aunque mis fuerzas fueran mayores, no es posible hacer con una pluma la descripcion de un monumento que levantaron el génio de Perícles, el arte de Ictino y el cincel de Fídias.

Por una estrecha y medio derruida escalera, restos de un minarete que en este sitio construyeron los turcos, subimos al friso del Partenon. Contemplamos desde aquí, no un espectáculo más ó ménos bello, á nuestros ojos se ofrece todo un mundo de

gloriosos recuerdos ante los cuales la vista se desvanece y la mente se extravía. El monte Himeto, el Pentélico y el Icaro se elevan sobre nuestras cabezas; allá á lo léjos el Pireo, el mar y Egina cerrando el cuadro; por un lado la nueva ciudad de Aténas con sus pequeñas casas blancas presenta un risueño y agradable aspecto; por otro el recinto de la antigua ciudad, la escuela de Platon, con sus sombríos jardines, el templo de Júpiter con sus elevadas é imponentes columnas, la prision de Sócrates, la tribuna de Demóstenes, el templo de Teseo, y más cerca, á nuestros piés, en el vasto perímetro de la Acrópolis, los Propíleos, el templo de la Victoria, el de Erecteo, el de Neptuno y las Cariátides.

Todos los viajeros han hecho notar la extraordinaria blancura de estos edificios; pero es preciso, para formar idea exacta, contemplarlos como nosotros lo hacemos, á los pálidos rayos del sol poniente que al quebrarse en los mármoles del Partenon, le hacen tomar un color extraño, que brilla con reflejos argentinos.

El sol va cayendo poco á poco, encerrando en un círculo de melancólica luz amarillenta el majestuoso panorama que contemplamos. El Partenon que nos sustenta aparece á los ojos de la fantasía como un edificio de plata ¡Aténas! Por un momento la he creido ver resucitada con todo su explendor, con toda su gloria, viviendo yo mismo en medio de ese pueblo de insignes varones, regido por las leyes de Solon. Jamás mi espíritu se ha sentido tan léjos de la vida real. Pero al tender mi vista, allá, á

lo léjos, distingo un barco, que aunque en medio de mi delirio se me antojara la nave de Teseo que vuelve de Creta, como en vez de velas negras ostenta el paño amarillo y rojo, volveria de mi error, tornando el pensamiento á mi madre pátria.

Esta impresion me vuelve á la realidad. Ese barco es nuestra hermosa fragata *Arapiles*, cuya negra mole se destaca majestuosa sobre las azuladas ondas del mar. ¡Mi pátria! Léjos de ella se aprende cuanto es cara para el hombre la tierra donde ha nacido. Embargados sin duda como yo mis compañeros de excursion con este mismo recuerdo, resolvimos dejar grabada en los mármoles del friso una inscripcion tan sencilla como llena de encanto para nosotros. Las sombras de los héroes que inmortalizaron el nombre de Aténas, perdonarán nuestra osadía, que ellos tambien sintieron arder en su pecho el fuego del amor pátrio.

En la fachada del Partenon que da vista al mar, sobre uno de los mármoles del friso, próximo al ángulo izquierdo, podrá hoy leerse la siguiente inscripcion:

«Fragata Arapiles.—1871.—Viva España.»

CAPÍTULO XII.

ATÉNAS.

(Conclusion.)

Al Norte del Partenon se ve un pequeño edificio formado por los templos de Neptuno, de Minerva Poliada, el Erecteo y las Cariátides. Cuenta una fábula mitológica que Minerva y Neptuno sostuvieron una larga y cruenta lucha porque los dos pretendian ser los protectores de Aténas. Triunfó Minerva, y Neptuno se hundió en tierra con su tridente. Más tarde, ansiando vengar su derrota, tiró desde el mar una enorme piedra á su vencedora; pero esta, que estaba alerta sin duda contra las acechanzas de su humillado rival, rechazó la piedra con su lanza. ¡Buenas partidas tienen los dioses!

Temiendo los atenienses nuevos ataques por parte del vengativo Neptuno, para desenojarle erigiéronle un templo al lado de otro para Minerva. Desde entonces no ha vuelto á apedrear á la diosa el dios de los mares. La protectora de Aténas fué luego más suntuosamente alojada en el Partenon. Del paganismo sin duda, tomó orígen la costumbre que aún conservan los cristianos de implorar para sus ciudades la proteccion inmediata de algunos santos ó vírgenes.

Los mencionados templos se encuentran destruidos. Del Erecteo queda solo un trozo del friso, primorosa y delicadamente labrado en mármol. Del templo de las Cariátides se ve el hermoso pórtico. Sobre un pedestal las estátuas de las seis cariátides sirven de columnas para sostener la cornisa. Aunque bastante deterioradas estas esculturas, aún pueden admirarse la pureza de sus líneas y la admirable perfeccion de sus formas. Por una feliz casualidad estas estátuas no han sido decapitadas por los turcos. Fueron las cariátides esclavas convertidas en diosas por su hermosura, que en todo tiempo rindió el hombre adoracion á la belleza, y no podian las fábulas mitológicas relegar al olvido este sentimiento. En este templo se administraba justicia á los esclavos.

Fatigado el cuerpo y el espíritu de esta excursion, siento la necesidad imperiosa de descansar, y entre los trozos de mármol que diseminados encuentro, elijo uno tallado en forma de asiento. Pronto me advierten que estoy profanando la silla

de la sacerdotisa de Minerva, profanacion por la que se imponia en la antigüedad pena de muerte. Puedo tranquilo descansar: aquellos dioses se fueron.

Bajamos por fin de la Acrópolis, y nos dirigimos al templo de Teseo. Este templo, aunque de proporciones más reducidas, se asemeja al Partenon, al cual tal vez sirvió de modelo: aún se ven en las diez metopas de su fachada oriental algunas esculturas en relieve, representando las hazañas de Hércules y Teseo (1).

A nuestra espalda queda la eminencia que ocupaba el Areópago. De él no resta más que el sitio y el recuerdo.

Más al Norte se encuentra un muro que sostiene una explanada al pié de un peñasco: sobre este peñasco se levantaba una tribuna, desde la cual decia Demóstones á los atenienses—«Allí está Egina, ayer nuestra rival, y hoy nuestra esclava.»—Filipo de Macedonia hizo bajar esta tribuna al pié del peñasco. Tambien aquí resonó la voz de Pericles y Alcibiades, y escuchó el pueblo la sentencia que condenó á Arístides al ostracismo, que siempre la desgracia y la ingratitud fueron el premio que alcanzaron en vida los justos y los sabios.

En prueba de esta amarga verdad, no léjos de este sitio se levanta un cerro en cuya falda se vé la

(1) Paso por alto las fábulas que á estos asuntos se refieren, de todos conocidas, así como tambien me abstendré de largas descripciones arquitectónicas que tantos viajeros han hecho, para no fatigar la atencion de los lectores.

entrada de una oscura caverna. Su interior se divide en tres compartimientos, y este sitio se señala como la prision de Sócrates. Aquí el sabio con el corazon sereno, tranquila su conciencia y fuerte el ánimo, consumó el sacrificio de su vida en aras de la verdad que defendia, apurando la cicuta que en castigo de su ciencia le presentó la ignorancia. ¡Los mártires de la ciencia! Estos son los verdaderos héroes de la humanidad. Derrúmbanse los edificios más soberbios, piérdense los pueblos conquistados, pasan las instituciones todas y hasta las religiones positivas se transforman y mueren en su extraviada senda: solo el genio es eterno, solo la ciencia vive y se perfecciona en su incesante trabajo, destruyendo errores y hallando nuevas verdades. Por eso el espíritu humano rinde culto á la memoria de esos hombres que arrancaron de sus ojos la venda de la ignorancia, de esos hombres que fueron los verdaderos mártires, los sagrados apóstoles de una religion eterna.

Retiramos la vista de la prision del maestro, y allá á lo léjos contemplamos en un declive del terreno un pequeño valle que fué la mansion del discípulo. Es el recinto de la Academia. No son, sin embargo, esos árboles los que cobijaron á Platon, que aquéllos cayeron al golpe del hacha demoledora de Sila. Nada queda tampoco del templo del Amor y de las Musas.

Saludamos de léjos una pequeña torre que recibe el nombre de Linterna de Diógenes, en memoria de aquel filósofo, y nos dirigimos á visitar las construcciones romanas.

El teatro de Baco, construido por Adriano, se levanta sobre el emplazamiento de un antiguo teatro griego, tal vez el Odeon. Lamenta Chateubriand que los gladiadores se entregaran á sus sangrientos juegos en el mismo sitio donde se representaron las obras maestras de Esquilo, Sófocles y Eurípides. No participamos de su opinion; las reducidas proporciones del teatro no permiten suponerque sirviera para lucha de gladiadores. A este objeto, como es sabido, se destinaban los anfiteatros de vastas dimensiones, para albergar un pueblo entero. En Pompeya tuvimos ocasion de ver teatros y anfiteatro, unos y otro de construccion romana; y esto nos hace creer que el sitio donde hoy estamos no pudo servir más que para la representacion de tragedias. El teatro de Baco está formado por una gradería circular de mármol en cuyo centro queda un espacio rodeado por una valla de la misma piedra, de un metro de altura, adornada con bajos relieves que fueron completamente destrozados por los turcos. En los asientos de las primeras filas, de forma curul, se vén inscripciones con los nombres de los magnates á quienes pertenecian.

Llegamos al mercado de Adriano. Sobre su puerta existia esta inscripcion: *Aquí está la ciudad de Adriano y no la de Teseo*. De èste monumento quedan siete columnas de nueve metros de altura y uno de espesor, con capiteles corintios, que, colocados á distancias desiguales, vienen á formar un segmento de círculo.

Hénos ya en el templo de Júpiter Olímpico. En

una inmensa planicie completamente desnuda, respetadas por el tiempo, levántanse aisladas y orgullosas 16 columnas, que en esta soledad producen sorprendente efecto: más bien que restos de un edificio parecen gigantescos árboles que el capricho del tiempo y de la naturaleza quiso petrificar. Dos de estas columnas están unidas por un trozo del arquitrave: otra yace en el suelo tendida y rota, mostrando á sus compañeras el fin que les aguarda. Este grandioso templo fué comenzado quinientos años antes de Jesucristo, por Pisistrato: á su muerte quedaron paralizadas las obras; continuaron su construccion los emperadores romanos con empeño, y le cupo á Adriano la gloria de terminarla. Ciento veinte columnas de órden corintio, de 19 metros de altura por dos de diámetro, tenia este majestuoso templo, cuyas dimensiones eran, 116 metros de longitud y 56 de anchura.

Hemos visitado los principales monumentos de la antigua Aténas, y si queremos buscar el contraste de tanta gloria y grandeza tanta, no tenemos más que volver los ojos al mísero pueblo que se levanta al lado de estas ruinas. Pero nó; pasemos de largo sin fijar la atencion en sus humildes viviendas, en sus iglesias pintorreadas, ni en su real palacio que más parece un cuartel. No destruyamos con mezquinas impresiones la impresion solemne que han despertado en nosotros los restos de la antigüedad.

Pero antes de salir de Aténas he de dejar consignado un recuerdo de gratitud al cónsul de España,

el inspirado poeta D. Enrique Gaspar, que en union de su amable y bellísima esposa, nos colmó de obsequios y atenciones.

Y hoy, despues de seis años trascurridos desde que tomé los anteriores apuntes, cumplo con un deber al dedicar un cariñoso recuerdo á la memoria de D. Jorge Zammit y Romero, que ya ha bajado al sepulcro. A su conocimiento práctico del terreno, á su profunda ilustracion, debimos el formar idea exacta de los sitios que visitamos. Siempre lamentaremos su muerte los que nos honramos con su amistad.

CAPÍTULO XIII.

DE GRECIA Á TURQUÍA.

Cinco dias permanecimos fondeados delante de el Pireo.

Rompia el sol apénas las brumas de la mañana, cuando el barco puesto en movimiento con mar llana y brisa bonancible, me separaba, tal vez para siempre, de esos lugares donde vivieron los artistas los héroes y los sabios cuyos nombres van unidos en mi mente con los recuerdos de los primeros estudios de mi juventud.

El sol se ocultaba cuando desde el friso del Partenon distinguí el paño amarillo y rojo de la fragata *Arapiles*, y hoy al nacer el sol contemplo por vez postrera, allá léjos, en la cumbre de una eminencia, las majestuosas ruinas del sagrado templo.

Desde este sitio se veia antiguamente toda la

grandiosa fábrica del Partenon y la colosal estátua de Minerva que se levantaba orgullosa delante del templo. Hoy solo se distinguen columnas aisladas, edificios derruidos, muros y piedras formando un conjunto extraño sin forma determinada ni conocida.

El ánimo se entristece, y una dolorosa impresion atormenta al hombre cuando con amargas consideraciones se despide para siempre del teatro de tantas grandezas.

Nos internamos en el Archipiélago. Islas y promontorios alcanza la vista por todas partes. Egina y Laurium quedan á nuestra espalda, la isla Longa y la de Zea, próximas á nosotros, la de San Jorge á larga distancia, y allá más léjos, por la proa, Sira y Negroponto.

Aún pasamos por entre Skiros y Psara, vemos Lémnos, Mitiline y otras islas que parecen surgir de las azuladas ondas, y al tercer dia de navegacion, despues de haber permanecido media hora delante de la isla de Tenédos, nos aproximamos al continente asiático, fondeando en la bahía de Besika.

Hénos, pues, en Turquía, dentro de los dominios del Sultan.

CAPÍTULO XIV.

LOS DARDANELOS.

Estamos fondeados en la bahía de Besika. En cuanto la vista alcanza no se ve más que una tierra inculta, que hace formar idea de la pobreza del país. Alguna que otra choza miserable completa el cuadro. Ni un pequeño muelle de madera donde atracar los botes... ¿Ni para qué se necesita si el pueblo más próximo dista una legua, y es tan pobre, que en él á duras penas han conseguido nuestros reposteros encontrar algunos víveres?¿Y es este el sitio donde tuvo lugar aquella grandiosa epopeya que con el nombre de *guerra de Troya*, á través de los siglos y de las edades ha llegado hasta nosotros? El tiempo nada respeta. ¿Qué resta ya de aquellos héroes, de aquella gloria? Dos montecillos que se señalan como sepulcros de Héctor y Aqui-

les. (1) ¡Ah, los recuerdos! Pero si los recuerdos no llegan á borrarse por completo en la memoria de la humanidad, van con la distancia tomando el carácter de leyenda primero y de fábula despues. Llega tal vez á oscurecerse la verdad histórica: queda la fábula, y por gracia de la fábula, viene á servir Aquiles y la vulnerabilidad de su talon para que dén los anatómicos su nombre á un tendon del cuerpo humano. He aquí el sarcasmo de la gloria. Si esto resta de los actores, ¿qué resta del escenario? Un suelo pobre, estéril, abrasado, inculto: otro sarcasmo. Y es, que lo mismo que la vida del hombre se gasta la vida de la Naturaleza, y aunque la vida sea eterna, en el eterno movimiento molecular, así como unos séres se desorganizan para dar existencia á otros séres, así tambien la vida se amortigua en unas comarcas para renacer en otras más vigorosa y pujante.

Y así van tambien decayendo las antiguas razas de generacion en generacion, mientras en lejanos paises otras nuevas se van formando más inteligentes y poderosas, para que sea siempre una verdad el progreso histórico.

Cuando decae la vida, lo hace en todas sus manifestaciones. Por eso sobre la tumba de los troyanos encontramos una raza indolente que arrastra una vida lánguida, exenta de placeres y de dolores, en la más abyecta miseria. Bien que su indolencia

(1) Promontorio de Sigea.

está justificada con el ejemplo de sus gobernantes. Al pedir permiso para llegar hasta los Dardanelos, lo que, como es sabido, tiene que solicitar todo barco de guerra que intente atravesar el Estrecho, se nos comunicó por telégrafo que por ser la hora de la comida no podian contestar las autoridades. ¿Cómo llamarian á esto mis compatriotas, los que á cada paso acostumbran á exclamar: cosas de España?

Procuremos, sin embargo, desechar estas primeras impresiones, que tan pobre idea nos hacen formar de la cultura de este país, que tiempo y lugar nos quedan para formar juicio.

Saludemos estos tristes parajes, esta naturaleza, yerta tumba de tantos recuerdos, muertos tambien en la conciencia de la humanidad, que ya el barco en movimiento nos conduce á otros lugares donde tal vez se manifestará la vida con más hermosos colores.

Hénos ya en el *Helesponto*. ¿Quién no conoce aquellos amores de Hero y Leandro? ¿Quién no se figura ver al enamorado jóven luchando con las olas, animado por el fuego del amor con la esperanza de hallar en los labios de su amada una dulce recompensa? ¿Quién no comprende las infinitas angustias de la desdichada Hero en aquella terrible y eterna noche en que tuvo lugar la catástrofe? La muerte vino á separarlos. ¿Y cómo no, siendo la muerte el fin de todas las cosas humanas? Supongamos que aquella desgracia no hubiera sucedido. ¿Cual fuera el resultado de sus amores? El mismo: la muerte.

Dejemos, pues, en paz á los amantes, y recordemos el orgullo de Xerges, mandando azotar las olas que tuvieron la osadía de agitarse al atravesar los persas el Estrecho. ¡Xerges! ¿Para qué le sirvió su enorme ejército y el espíritu guerrero y conquistador que le animaba? Para sufrir derrotas en vida y escárnio despues de la muerte. De él nos queda el recuerdo ridículo de su vanidad. Hénos ya fondeados en el Canal: á nuestra izquierda la costa de Europa alta y montañosa, nos deja ver un pequeño pueblo escalonado en su escarpada vertiente; á la derecha, la costa de Asia baja y de terreno llano con ligeras accidentaciones, forma una rada, que, defendida por castillos, sirve de puerto á un pueblo, llamado Chanak de Asia, para diferenciarlo de su vecino que se apellida Chanak de Europa. Bajemos al de Asia, que además de ser más grande y más importante que el segundo, está más cerca de nosotros.

Desde luego se distinguen algunos buenos edificios, casas con frondosos jardines, bastantes faluchos en el puerto, y gente que nos espera en los muelles.

Demos por completo al olvido las pasadas impresiones, y con ánimo sereno, sin prevencion de ninguna clase, pongamos el pié en Turquía, cuyas costumbres, de las que hasta hoy han llegado á nosotros noticias contradictorias, vamos por fin á conocer.

CAPÍTULO XV.

CHANAK.

Situado Chanak en la costa de Asia, á la mitad próximamente de la longitud del Canal, se levanta en un llano que se extiende á la falda de una cordillera. Sus frondosos alrededores convidan al viajero á gozar de su frescura, y llegamos á tierra ansiosos por recorrer una poblacion que con tan sonriente aspecto se presentaba á nuestra vista.

¡Horrible decepcion nos aguardaba!

Atracó nuestro bote á un modesto muelle de tablas, con el cüal sin duda se contentará el comercio de este país á falta de otro mejor, y no tardó en llamarnos la atencion el contraste que formaba con la altiva indiferencia de los turcos, la oficiosa solicitud de los judíos, que hablando un español bastante anticuado, se nos ofrecieron como guias.

No sé que viajero ha hecho la exacta observacion de que los *ciceronis* de todos los paises presentan un extraño parecido. Es cierto. Convengamos, pues, en que existe una raza especial, que pudiéramos llamar de los *ciceronis*, raza que en Turquía está representada por los judíos. Descienden estos hebreos de los que fueron expulsados de España, y han conservado nuestro idioma con especial cuidado. Este pueblo errante y proscrito, que há tantos siglos vive sin pátria, se dedica á explotar los pueblos con quienes la casualidad los une, y con los que nunca se fusiona. Para ejercitar mejor su sistema de disimulada explotacion, para entenderse entre sí, sin que los turcos los entiendan, conservan y trasmiten de padres á hijos con interés el idioma de España.

Suspendamos por un momento estas consideraciones, que ya volveremos á ellas despues de visitar la poblacion.

Antes de penetrar en el dédalo de angostas calles que forman este pueblo, se hallan algunas casas de construccion europea habitadas por los cónsules.

El único edificio que merece fijar la atencion es una bonita casa, de arquitectura árabe, flanqueada por dos pequeños pabellones y embellecida por un jardin contíguo, de frondosos árboles, cuyas ramas, rebasando el alto muro que lo circunda, parece que convidan al escalamiento. ¡Desdichado el que lo intentara! Es el harem de Hagmé Pachá (1),

(1) Escribo este nombre como lo he oido pronunciar. No respondo de su ortografía.

como si dijéramos, el gobernador de este departamento.

¡Un harem! Hénos ya frente á frente con una de las costumbres musulmanas que más curiosidad despierta entre los europeos, y hemos de estudiarla ahora, por más que en alguna otra ocasion volvamos á ocuparnos de ella.

¡El harem! Ha dado en creer el vulgo que los turcos ven deslizarse dulcemente los dias de su vida reclinados en muelles cogines, rodeados por hermosas mujeres, viviendo solo para el amor. En primer lugar, los exorbitantes gastos de un harem no pueden sostenerlos más que los ricos, y éstos están aquí, como en todas partes, y más que en otra alguna, en insignificante minoría. En segundo lugar, el amor, tal como nosotros lo comprendemos, es imposible en Turquía. No puede amarse á los tiranos, y aquí la mujer es ménos que una esclava, es una cosa ¿cómo ha de amar á su señor? No puede amarse lo que se desprecia, y el turco desprecia á las mujeres. Hasta que punto llega su desprecio, lo expresa la siguiente frase: *Adschallah Marah.* (Es una mujer, dicho sea con perdon). Segun un proverbio oriental, hay tres clases de séres, entre los que nunca debiera encontrarse un hombre: *Los camellos, los asnos y las mujeres.* Algunas legislaciones orientales niegan á la mujer hasta la cualidad de persona. Despues de esto, ¿se comprende el carácter celoso de los turcos? Considerando á la mujer casi como una propiedad, una falta en ellas ataca el sentimiento del egoismo en el hombre,

y más aún, su dignidad y su orgullo. La prueba de que el amor debe entrar por muy poco en estos celos está en que el turco no busca la fidelidad de la mujer en la reciprocidad de sentimientos, y se contenta con la fidelidad obligada de la oveja hácia el pastor. De aquí los *eunucos*.

Ya tenemos planteados los tres problemas, ó mejor, las tres grandes inmoralidades del *harem:* primera: las mujeres, como propiedad, se encuentran tan mal repartidas, que teniendo demasiadas los ricos, quedan muy pocas relativamente para los pobres, aquí donde la miseria abunda. Los que se quejan del mal reparto de la propiedad mediten sobre esto. Segunda: el estado abyecto de la mujer será la eterna rémora del progreso en Oriente, porque no es posible negar la legítima influencia de la mujer en las sociedades, formando los sentimientos del hombre, templando sus arrebatos, guiándole por el camino del bien y de la virtud, en sus tres esferas de hija, esposa y madre. Santificad la mujer y santificareis la sociedad. Los países más cultos, más adelantados, son aquellos en que la mujer goza mayores consideraciones, en los que es más libre é ilustrada. En el santuario del hogar es la mujer la diosa de la familia, y es la familia el núcleo primitivo y fundamental de las sociedades. Donde la mujer es esclava, viven los hombres en un materialismo (1) grosero que ha de llevarlos á la

(1) Entiéndase que no hay en esta frase alusion de ningun género á la escuela materialista, en punto á ciencias naturales.

abyeccion. Y dejando este asunto que debatido por muchos pensadores está fuera de toda duda, fijémonos en la tercera cuestien de las señaladas: en los *eunucos*. Existen en Turquía centenares de séres dedicados á guardar y vigilar á la mujer. La naturaleza los hizo hombres, y siendo niños, el hombre los convirtió en eunucos. En tan delicado asunto excuso los comentarios. Es creencia generalizada que el eunuco es un sér escuálido y repugnante. Por el contrario, como son muy apreciados para las necesidades del serrallo, se los paga bien y se los cuida mejor, suelen ser buenos mozos y robustos. Solo en la voz puede conocerse el triste oficio á que fueron destinados.

Resulta de lo expuesto, que en Turquía, más que en ninguna otra parte, están reservados al rico todos los placeres y al pobre todas las miserias, y que es una creencia errónea la de que los turcos gozan una perpétua vida de amor, pues la mayor parte viven miserablemente con una sola mujer, y aun ésta no siempre les es fácil encontrarla.

No necesito decir que no me fué posible penetrar en el harem. Preguntado mi guia sobre el peligro de un escalamiento, me refirió el caso de un extranjero que se atrevió á llevarlo á cabo en Constantinopla, y ante el terrible castigo que sufrió (1) sentí desaparecer mi curiosidad.

(1) Cuéntase que cogido *infraganti* le fué devuelta la libertad; pero convertido en *eunuco*.

Penetremos ahora en las calles de Chanak. Son en su mayor parte estrechas y tortuosas, sin que se encuentren apénas otras plazas que las que naturalmente resultan del cruzamiento de calles. Constan las casas de planta baja y principal, la primera de mampostería y de madera seca y renegrida la segunda, sobresaliendo constantemente el piso alto del nivel del bajo. No es posible formar idea del feísimo aspecto que estas calles presentan por la oscuridad y extraña construccion de sus casas, más parecidas á viejos palomares que á humanas viviendas. Célebres son las ciudades de Turquía por sus incendios, y fácilmente se comprenden los estragos que el fuego puede hacer al prender en estas maderas.

Las tiendas son tambien estrechas y mezquinas; pero en cambio abundan los cafés, si podemos dar este nombre á una sala sin decorado con ocho ó diez mesas de madera y una de billar. Ya tendremos ocasion de visitar algunos de estos establecimientos. En esta poblacion no hay bazar; pero en Smirna, Beirut y Constantinopla podremos formar una idea de los bazares turcos.

Vagando por las calles de Chanak, no se tarda seguramente en encontrar un cementerio donde ménos se piensa. Son aquí, sin duda, los vivos aficionados á la vecindad de los muertos. Además de cuatro grandes cementerios situados en uno de los extremos del pueblo, se encuentran otros muchos en las calles, contiguos á las casas. Su construccion no puede ser más sencilla; unas veces un

pequeño jardin, otras, ni áun esto; un trozo de terreno cercado por una empalizada de un metro de altura. Los cadáveres son sepultados en la tierra: el monumento sepulcral consiste en dos piedras largas, planas, de figura piramidal, enclavadas en el sitio correspondiente á la cabeza y los piés del cadáver. Algunas de estas piedras, donde se graba el epitafio, presentan labrados caprichosos, y éstos, y la altura de tan sencillo monumento, nos dan idea del rango que en vida ocupó el difunto.

Si tenemos en cuenta esta situacion de los cementerios en un pais cálido, y añadimos la mala ventilacion de las casas que no tienen por lo general más de dos ó tres ventanas, el hedor que de esas casas se desprende y la suciedad de las calles, fácilmente nos explicaremos que haya servido siempre este país para inficionar á Europa de toda clase de epidemias. Cáscaras de fruta, sobras de alimentos, todo se vierte en las calles; su limpieza, sin duda, está encomendada á los perros, cuyo exorbitante número no sorprende al viajero, pues sabido es que en ninguna parte abundan como en Turquía, por más que hoy no sean mirados con el respeto que generalmente se cree. Tampoco sorprende encontrar en los tejados y minaretes nidos de cigueñas, aves que los mulsumanes consideran de buen agüero.

Esta poblacion, que cuenta unos 12.000 habitantes, está compuesta en su mayoría de turcos, judíos y armenios. El traje que usan los turcos es bastante conocido para que me entretenga en describirlo, y solo haré notar que se vá modificando notable-

mente, pues ya se encuentran muchos que visten á la europea, sin conservar del antiguo traje más que el gorro que no se quitan nunca, costumbre que han tomado tambien los judíos. Me ocuparé, pues, del traje de las mujeres y de su decantada hermosura, que, á despecho del Koram, dejan entrever al extranjero por entre los pliegues del manto.

Quien haya leido que las mujeres de Oriente son las más hermosas del mundo; quien haya entretenido sus ócios con brillantes y poéticás descripciones de encantados harenes; quien se finja con los ojos de la imaginacion mujeres ideales, voluptuosamente reclinadas en cogines de Damasco, vestidas con caprichoso traje, compuesto de bordada chaquetilla de terciopelo, de anchas y flotantes mangas, que dejan desnudo el brazo mórbido y alabastrino, faja de brillantes colores, ciñendo una cintura esbelta y flexible, rojo y holgado calzon de seda, sujeto al tobillo para que puedan lucirse los diminutos piés calzados con chinelas bordadas de oro, y por último, blanco turbante, coronando el óvalo de una hermosa cara, de frente purísima, nariz de rectos perfiles, rojos y frescos lábios, que, entreabiertos, dejan ver los pequeños dientes de nácar, negros y rasgados ojos, de mirada, ora lánguida, ora ardiente, que hacen enloquecer de amor; quien sueñe un paraíso de delicias, siga en su venturoso desvarío, en sus halagüeñas ilusiones, y para no despertar á la realidad, no venga á buscar en la mujer de Oriente el ideal de sus sueños.

Usan las turcas para salir á la calle un traje

compuesto de un jaique ó manto que en largos pliegues llega casi hasta los pies, especie de dominó de color morado, azul ó rojo, y no turbante sino nube blanca muy parecida á las que hasta hace pocos años usaban las mujeres de Europa, en cuya nube se envuelven la cabeza y la cara, dejando ver los ojos, que, en honor de la verdad, parecen hermosos, gracias á la habilidad con que se pintan las pestañas y á las disimuladas líneas negras con que prolongan el ángulo externo de los párpados. Sabido es que tienen las mahometanas la costumbre de pintarse las uñas de color de rosa ó azul oscuro, siendo este color más frecuente que el primero, y como sus manos están muy léjos de ser blancas, resultan con esto verdaderamente repugnantes.

El traje que dejo descrito, muy poco airoso, es llevado sin gracia alguna por estas mujeres, porque no es posible que resulte donaire con su modo de andar á largos y lentos pasos. En cambio, tienen la gracia de hacer que el viento descomponga la nube que llevan en la cabeza, dejando su rostro al descubierto cuando pasan cerca de nosotros, y con una precipitacion no exenta de coquetería, se apresuran despues que las hemos visto á componer la indiscreta nube, tapándose cuidadosamente. Entre las muchas veces que esto sucedió, no tuve la suerte de encontrar una cara hermosa; ví solo mujeres de color muy moreno, casi cetrino, de rostro ancho y facciones muy pronunciadas.

Posible es que haya visto las excepciones solo; pero es triste suerte la mia de haber tropezado en

mis viajes con lo peor de cada país. Algunos de mis compañeros se empeñaban en sostener lo contrario, y esto me hizo meditar para ver si hallaba una explicacion satisfactoria á esta diversidad de pareceres, porque no es la vez primera que apreciamos lo que vemos de modo bien distinto.

Todos los viajeros del mundo han celebrado la campiña de Nápoles como el cuadro más bello que puede pintar la fantasía. Homero celebró la miel del monte *Himetus*, y dijo de la isla de Kios, que era la más bella de las islas de la mar. ¿Quién será bastante osado para oponerse á la opinion unánime de todos los viajeros? Y sin embargo, la campiña de Nápoles vista desde el Vesubio, es encantadora; pero no lleva ventaja á la huerta de Valencia, si se contempla desde el Miguelete.

En cuanto á Homero, léjos de mí el pensar que pudo equivocarse; pero desde entonces ¡han trascurrido tantos siglos, han descubierto los navegantes tantas islas más hermosas que las del Archipiélago! No obstante, al contemplar la isla de Kios, no vemos lo que vemos, sino lo que Homero vió, sin parar la atencion por un momento en que el gran cantor de la *Iliada* vió la juventud de esta isla, y nosotros contemplamos su vejez, y la vejez será siempre respetable, pero nunca hermosa.

¿Y quién, que como yo, haya probado en Aténas miel del monte *Himetus* se atreverá á pensar que no es superior á la de la Alcarria?

No soy de esos españoles rancios que nada encuentran aceptable léjos de su pátria. Por el con-

trario, envidio para España muchos adelantos que en otros países he visto, y lamento que la preocupacion, la rutina y un mal entendido patriotismo nos tengan en vergonzoso atraso.

Pero fuera de esto, convenid conmigo en que hay muchas bellezas convencionales.

Considero locura empeñarse en ver el ayer en el hoy. Lo que ha muerto se recuerda; pero no se encuentra ya.

Volvamos á las turcas, ó mejor, dejémoslas, puesto que las hemos visto en la calle, y no nos es dado seguirlas al harem.

Ya las volveremos á encontrar en Constantinopla, donde solo van cubiertas por un ténue velo de gasa, y podremos verlas mejor.

Embebido mi espíritu con las consideraciones que acabo de exponer, sorprendióme la puesta del sol vagando por las afueras del pueblo, en una hermosa alameda á donde me llevó la casualidad. Sabiendo que está prohibido pasear por la noche fuera de la poblacion, tuve que apresurarme á volver á ella para no incurrir en falta, que me hubiera podido costar una multa á no pedir la proteccion del cónsul. ¡Oh, libertad, libertad!

Entremos en el café. Ya anteriormente describí el local, y me falta añadir que tiene salida á una plataforma de madera, que sirve de muelle en la orilla del mar. En esta plataforma hay unas cuantas mesas desvencijadas, y preferí tomar aquí asiento mejor que en el salon.

No está cerrada mi alma á las dulces emociones

de la poesía, y el sitio, la hora, los recuerdos, la melancólica belleza del mar en calma, distraen el espíritu. Las blancas velas de los pequeños barcos que se deslizan sobre la tersa superficie de las aguas, dejando en pos de sí una larga estela que á los pálidos rayos de la luna semeja una brillante cinta de plata; la majestuosidad de nuestra hermosa fragata *Arapiles*, fondeada orgullosamente en medio del Canal, fijos mis ojos en la costa de Europa mientras huellan mis piés esta tierra de Asia, cuna de la humanidad, y allá más léjos, siguiendo ese recodo del Estrecho, Constantinopla, el Bósforo, todo habla á la imaginacion con misterioso lenguaje. Involuntariamente recordaba las estrofas de la *Cancion del Pirata*.

«Asia á un lado, al otro Europa,
y allá á su frente Estambul.»

Y á la mágia de los recuerdos, al encanto de la poesía, se añade el interés que há tanto tiempo despierta en Europa el nombre del Estrecho.

Llegar á Constantinopla: la aspiracion de Rusia. Poseer un puerto en los Dardanelos: el sueño de Inglaterra. Y ante los encontrados intereses de las distintas naciones, sigue Turquía siendo dueña y señora de estos lugares, dejando sentir el yugo opresor de su tiranía en algunas islas del Archipiélago, hasta que el equilibrio se rompa, y caiga el imperio turco, como otros muchos cayeron. Pero ¡ah! que al desplomarse puede surgir una conflagracion general en Europa, y entónces, ¿cual será el

porvenir del Occidente? El temor de este porvenir contiene á todos dentro de una prudencia que tendrá fin, y la pavorosa cuestion de Oriente surgirá de nuevo con sombríos colores.

Las nubes del porvenir, preñadas de electricidad presagian horribles tempestades. Pero no, la humanidad, en su marcha progresiva, vence todas las dificultades, arrolla todos los obstáculos, y sus sangrientas *hecatombes* son como las erupciones del Vesubio, cuya lava arrasa cuanto encuentra, pero cuya ceniza abona los campos; son como las inundaciones del Nilo, que por el momento destruyen, pero fecundizan la tierra; son como las tempestades del cielo, que lanzan el rayo, pero purifican la atmósfera, y de este modo las tempestades y las revoluciones dejan tras su aparente desolacion nuevos gérmenes de vida.

Pero me he propuesto estudiar principalmente las costumbres de este país y no llenar las páginas de mi Diario con el relato de mis impresiones, porque éstas, mejor que en el papel, quedan grabadas en el corazon.

Embargado aún el pensamiento con las consideraciones que la hora y el sitio me sugieren, vuelvo los ojos al interior del café. Las ocho ó diez mesas de la pequeña sala están ocupadas por turcos, pobremente vestidos, que en vez de refrescar, á lo que el calor de la estacion convida, se ocupan con indolente fruicion en fumar el *narguillée*. Voy á tratar de describir este aparato. Figurémonos una botella de agua de Seltz cuyo sifon se abre en la parte su-

perior terminando por una pequeña taza ó receptáculo donde se coloca el tabaco en hoja, y encima de él un carbon bien encendido; la botella en sus dos tercios inferiores está llena de un agua aromatizada; y en su tercio superior vá provista de un largo tubo de goma que termina en una boquilla de metal.

Supongo que de este modo, al atravesar el humo por el agua aromática, tomará de ésta el aroma, dejando en disolucion una parte de nicotina, y lo supongo sin que llegue á afirmarlo, porque habiendo pedido un *narguillée*, colocada en el suelo la botella, segun costumbre, despues de vencer la repugnancia que sentia al aplicar mis lábios á la boquilla de cobre, que tal vez acabaria de tener en la boca alguno de estos mal aseados parroquianos, hice inauditos esfuerzos para verificar la succion, y no conseguí otra cosa que hacer burbujas en el agua. Sin embargo, los concurrentes arrojaban grandes bocanadas de humo, y no pudiendo la fuerza de mis pulmones sostener con la de los suyos la comparacion, despues de confesar con alguno de mis compañeros á quienes habia ocurrido el mismo chasco, que, en efecto, tenia aquel tabaco un aroma delicioso, desistí de mi empeño, dándome por satisfecho con mis cigarrillos de papel. Guardeme bien de pedir café, porque hace tiempo tengo aprendido que los orientales preparan esta bebida más en cocimiento que en infusion, y digan lo que quieran sus admiradores, es poco grato á un aficionado europeo tomar un café que casi se masca tanto como se bebe.

En los dias que permanecí en este pueblo, pude observar que son, por lo general, sus habitantes, altos, robustos, fuertes, de color moreno, formando contraste la altivez de su mirada y lo animado de su rostro con su carácter perezoso, indolente, que se revela en la lentitud de sus movimientos. Debo, sin embargo, confesar, que si de ellos no merecimos agasajo ni atencion alguna, tampoco sufrimos el menor agravio. Llamábamos tan poco su atencion, hacian de nosotros tan poco caso, que yo creo que nos miraban con desprecio. Y es que los turcos tienen por costumbre no mostrar asombro por nada.

No visité aquí ninguna mezquita, lo que me propuse hacer en Smirna, y de sus prácticas religiosas ví solo al *muecín* que á la salida y puesta del sol lo mismo que al medio dia, sale al balcon circular del minarete, y volviéndose á los cuatro puntos cardidales, canta la hora que indica á los mahometanos que deben entregarse á la oracion.

No pasaré en silencio la visita que recibimos de un jóven oficial de la marina turca, cuyo traje, muy parecido al nuestro, se diferenciaba solo en el clásico gorro de su país. Procuramos recibirlo y ob sequiarlo con la mayor galantería, y sin duda, para poner á prueba su consecuencia religiosa, no tardó el capellan de á bordo en ofrecerle un bollo de manteca y una copa de vino, que con la mayor naturalidad aceptó, apurando de un solo trago el contenido de la copa, sin hacer un gesto ni manifestar la menor repugnancia. Este detalle hizo las delicias

del capellan, que no queria fijar la atencion en que los hombres ilustrados de todos los países no transijen con ridículas preocupaciones ni aun en asuntos religiosos. En cambio, el vulgo sigue siendo fanático; pero por desgracia no es el fanatismo patrimonio exclusivo de la religion mahometana.

Fuimos tambien visitados por Hagmé Pachá, que fué recibido á bordo con los honores debidos, mereciendo de él que al pasar á nuestro lado nos dirigiera un atento saludo. Consiste éste en llevarse la mano derecha al pecho, la boca y la frente, con un movimiento lleno de ligereza y no exento de gracia. Dicen que esta accion quiere significar el acto de recojer y besar el polvo que huella la persona á quien se saluda. Siempre he creido que un Pachá debia ser un señor obeso y respetable, y por esta vez he visto casi confirmada esta creencia, pues el que nos ha visitado es, más bien que obeso, sobradamente gordo, y seria sin duda respetable con su blanca barba y sus pronunciadas y duras facciones, si sus maneras ordinarias y su fisonomía vulgar y poco expresiva, no revelaran su escasa inteligencia. Dícese, no respondo de su exactitud, que este señor era Pachá de Beirut ó Damasco cuando tuvieron lugar los asesinatos de maronitas en el Líbano el año 1860, y que en aquellos acontecimientos tomó una parte activa, aunque secreta. El traje de Hagmé Pachá, parecido al de diario de nuestra marina, está sobrecargado de bordados de oro tanto en la levita como en el cinturon y tirantes del sable.

Poco comunicativos los turcos entre sí, y mucho ménos con los extranjeros, no me fué posible adquirir relaciones que me permitieran visitar sus hogares ni aun en ausencia de las mujeres; pero en cambio fuí recibido en casa de una familia judía, y me complazco en reconocer que llenó conmigo los deberes de la hospitalidad con un respeto y agasajo verdaderamente bíblicos. Constituian la familia un anciano de ochenta años, su hijo, su nuera y una nieta, jóven no muy hermosa pero altamente simpática por su amabilidad y extremada dulzura. Me hicieron siempre ocupar el asiento de preferencia, y miéntras sostenia con los hombres largos coloquios sobre España, su pátria, como ellos dicen y de la que se consideran desterrados, (1) su conversacion favorita con nosotros, las dos mujeres se afanaban en obsequiarme con diversas pastas y dulces de almíbar hechos por la jóven.

Ya que anteriormente hablé de este pueblo ó de esta raza proscripta de hebreos, contra la que se lanzan toda clase de dicterios; ya que más de una vez yo mismo la haya despreciado al verme víctima del espíritu de avaricia y explotacion de los judíos que me han servido de guias ó *ceceronis*, creo que es para mí un deber hacerles la justicia de declarar que, si de tales defectos adolecen en su trato con otros pueblos, conservan como ninguno en su vida

(1) Téngase en cuenta que, como anteriormente dejo expuesto, estos judíos descienden de los que fueron expulsados de España.

privada, en el santuario de la familia, sus antiguas tradiciones y patriarcales costumbres.

No abandonaré Chanak sin dejar consignado un cariñoso recuerdo á la familia del cónsul norteamericano, que despues de recibirnos con la más franca y atenta cordialidad, y obsequiarnos con un baile, puso su casa á nuestra disposicion, pasando en ella y en su ameno jardin las más agradables horas de nuestra estancia en este pueblo.

Y dejando el juicio que haya podido formar de Turquía para cuando visite sus principales centros de poblacion, me dispongo á salir para Smirna, abandonando estas costas, que, separadas por un canal cuya anchura no excede de cinco millas, han sido en la antigüedad testigos de tantas luchas, y de otras más sangrientas están llamadas tal vez á serlo en el porvenir.

En los quince dias que permaneció la *Arapiles* fondeada en los Dardanelos, hicimos particularmente un viaje á Constantinopla, regresando á Chanak.

CAPÍTULO XVI.

CONSTANTINOPLA.

La excursion desde Chanak á Constantinopla tuvimos que hacerla en un buque mercante, pues á la fragata *Arapiles* no le fué permitido pasar de los Dardanelos.

Despues de saludar en la costa de Europa á Gallípoli, puerto importante donde posee Turquía un buen arsenal, y donde en la época de nuestro viaje se hallaba en construccion, dirigido por ingenieros ingleses, un buque de más poderoso blindaje que ninguno de los hasta hoy construidos en Europa, desembocamos en el mar de Mármara.

Pasamos por entre las islas de Mármara y Cizica y pocas horas despues avistamos Constantinopla. Fondeamos por fin. Estábamos en el Bósforo. A nuestra vista se desarrollaba un mágico espectáculo

que llegaba á superar los sueños de la fantasía. Bajo un cielo claro y trasparente, un conjunto de casas pintadas, palacios suntuosos, soberbias mezquitas con afiligranados minaretes, blancas azoteas, cúpulas, jardines, plátanos, cipreses, sicomoros; todo revuelto, mezclado todo. No puede darse ciudad de más hermosa perspectiva. Pero no, Constantinopla no es una ciudad, es la reunion de varias ciudades: situada sobre siete colinas, cada una de ellas recibe su nombre especial, siendo la más importante la llamada Stambul, porcion, en figura triangular, comprendida entre el puerto ó *Cuerno de oro* y las murallas.

Desembarcamos en Galata. Difícil empresa es abrirse paso por entre la apiñada mnltitud que con descompasados gritos y espantosa algarabía se oprime en los muelles á la llegada de los viajeros Guiados por un *dragoman*, especie de criado, guía y *ciceroni*, todo á un tiempo, conseguimos entrar en la poblacion.

No nos detendremos en una descripcion detallada de Constantinopla, por no repetir lo que ya hemos dicho de las poblaciones turcas. Las mismas calles estrechas, súcias y sombrías, las mismas casas de renegrida madera, los mismos tipos indolentes que hemos visto en Chanak. Y para que el contraste no falte, levántase á orillas del Bósforo el barrio de Pera, completamente europeo, con hermosos edificios, residencia de los cónsules, suntuosos palacios, magníficos comercios, paseos, jardines, una ciudad distinta.

Stambul y Pera. Stambul, una agrupacion informe de barracas; Pera, una hermosa ciudad levantada entre jardines. Aquella, una anciana andrajosa; ésta una jóven coqueta contemplando su hermosura, que se refleja en el más bello de los mares.

Por las empinadas y tortuosas calles de Stambul se encuentra un número infinito de perros vagamundos que nacen, viven y mueren al aire libre, en medio de una poblacion y unos habitantes no ménos súcios.

En Pera ya es distinto. La concurrencia en las calles es completamente europea. El traje de los turcos en esta ciudad solo se diferencia del nuestro en el clásico gorro que jamás se quitan. Las mujeres que transitan por las calles, ó entran y salen en las tiendas, no llevan el rostro tan cubierto como el Korám preceptúa. Un sencillo velo de gasa resguarda del sol y del viento, mas bien que oculta sus facciones (1).

Las mujeres de Constantinopla, como ya tuvimos ocasion de observar en otros pueblos orientales, se pintan las cejas y pestañas prolongando con una línea negra el ángulo externo de los párpados, con lo que sus ojos resultan negros y rasgados, y en verdad que, á no ser pintados serian hermosos. Por lo demás, la decantada belleza de estas mujeres dista mucho de la idea que habíamos for-

(1) Recientemente se ha dado órden para que vuelvan las mujeres á cubrirse el rostro, por haber caido en desuso esta costumbre.

mado. En Oriente, lo que de léjos es bella perspectiva, es fealdad visto de cerca. Esta regla general puede aplicarse á las mujeres, lo mismo que á las ciudades.

La mujer turca, de color moreno oscuro, carece de voluptuosidad en las formas, de gracia en los movimientos, de expresion en las miradas. Parece un sér sin voluntad ni conciencia, consecuencia lógica y fatal del estado abyecto en que vive.

Hay en la mujer algo que la embellece, superior á su propia hermosura, algo que aparece en sus ojos y nos revela los sentimientos de un alma tierna, pura y cariñosa. Esa expresion infinita del semblante de la mujer es lo que falta en la mujer turca. Y así las más hermosas, no muchas, en honor de la verdad, ostentan una belleza sin sentimiento, una hermosura que nada dice.

Para que no se nos eche en cara nuestra falta de galantería, dejemos á estas mujeres en su tristísimo estado de esclavas del hombre, hasta que la hora llegue de su regeneracion moral y social, y ahora digamos dos palabras acerca de los *dervises*.

En todos tiempos y en el culto de todas las religiones, han tenido y tienen lugar prácticas absurdas, hijas de la ignorancia. Sin entrar en los sacrificios humanos de algunos pueblos, en la misma religion católica tenemos la reclusion, el aislamiento, martirios y tormentos, ayunos, cilicios, disciplinas y penitencias, como acompañamiento obligado de los que por tan extraños medios creen consagrarse al servicio de Dios. Quién recorre las ca-

lles en las procesiones con un burdo sayal y á pié descalzo, con peligro de su vida (1), quién ensangrienta sus rodillas arrastrándose por las frias losas de los templos, quién, finalmente, se entrega á toda clase de privaciones para hacer obras meritorias á los ojos de un Dios, que sin duda se recrea viendo sufrir á sus criaturas tan inútiles tormentos. ¿Con qué derecho, pues, podrian mofarse estos ignorantes alucinados de las extrañas prácticas de los dervises?

Son los dervises monjes mahometauos que rinden culto á Dios de un modo singular. Vestidos con ámplio y níveo ropaje, reúnense en la mezquita silenciosos y sombríos, y despues de un rato de oracion, recorren con lento paso, en pos de su jefe, las anchas galerías de su templo; resuena una descompasada música de tamboriles, y entonces los monjes abren las brazos en cruz, levantan la cabeza, y á pié descalzo, y apoyándose en los talones, comienzan á dar vueltas, lentamente primero, más deprisa despues, hasta que, animadas y enrojecidas sus facciones, inyectados sus ojos, precipitándose el compás de la discordante música, muévense en danza frenética y concluyen postrándose de rodillas para recitar una oracion. Estos son los *dervises volteadores*. Los llamados *aulladores* que residen en Escu-

(1) En una de las últimas procesiones de Viernes Santo, díjose en Madrid, que el entregarse á tan extraña penitencia habia costado la vida á una pobre mujer.

tari, y que no tuve ocasion de visitar, acompañan su danza con gritos guturales, y terminan hiriéndose el rostro y el pecho en medio de la más extraña locura.

Estas costumbres no son de orígen mahometano. La danza en esta forma se practicaba en la India, simbolizando el movimiento de los astros, y la costumbre de herirse y desgarrarse las carnes en medio de gritos y contorsiones, era, segun la Biblia, el culto que á Dios rendian los sacerdotes de Baal.

No debemos reirnos del culto de los dervises, cuando en religiones, al parecer más racionales, vemos todos los dias prácticas tal vez más absurdas que revelan mayor preocupacion y fanatismo.

Y ya que de costumbres religiosas hablamos nos ocuparemos del Ramazan y visitaremos luego las principales mezquitas.

El Ramazan es para los musulmanes lo que para los cristianos la Cuaresma.

En la época del Ramazan observan los mahometanos el más riguroso ayuno. Desde la salida hasta la puesta del sol, guardan completa abstinencia. No comen ni beben, á pesar del calor, privándose tambien de fumar. ¡Heróico sacrificio! Apénas el sol se pone, desquitanse en la mesa de las privaciones del dia, tal como se desquitaban los frailes jerónimos en sus suculentas colaciones.

La religion cristiana estableció la Cuaresma en primavera: la de Mahoma ha establecido el Ramazan en la canícula. El cristiano debe abstenerse de

carne y alimentos fuertes durante los cuarenta dias que preceden á la estacion del calor; precaucion higiénica que dispone al organismo á sufrir el cambio de temperatura sin que la salud se altere. El musulman debe privarse en las abrasadas horas del calor canicular, en sus climas orientales, de toda clase de alimentos y del agua, sobre todo, que fácilmente podria comprometer, no solo su salud, sino su vida.

Así todos los profetas, todos los apóstoles de la humanidad, ya que no pudieran ilustrar al vulgo, imponian como prácticas religiosas los preceptos higiénicos capaces de conservar la salud de los pueblos, y que tal vez por sí mismos, por su propia virtud, hubieran sido despreciados. Así Moisés declara impura á la mujer en determinados períodos, y la obliga á estar aislada durante siete dias todos los meses (1) y así Jesus dá á sus discípulos el ejemplo del ayuno en la primavera y Mahoma establece la misma abstinencia en la canícula. Y así los hombres que obedecen más á sus preocupaciones que á los consejos de la ciencia siguen de una manera ciega é inconsciente el ejemplo de sus maestros, hasta que su propia ignorancia ó la ambicion de los falsos apóstoles vienen á desvirtuar las sábias prácticas que para bien de los pueblos fueron establecidas.

Las prácticas religiosas, por más que pretendan

(1) *Levítico*, cap. xv. ver. 19.

hacer la felicidad de los pueblos, desvirtuadas por las preocupaciones y la ignorancia, vendrán á sumirlos más y más en la abyeccion.

La redencion y la felicidad del hombre, solo por medio de la ciencia puede conseguirse.

Ni Mahoma pudo prever que los musulmanes se entregáran por la noche á toda clase de excesos, que neutralizan los beneficios de la abstinencia del dia, ni Jesus que los cristianos por gracia de una limosna, traducida en unos míseros reales, fueran libres para comer en la Cuaresma cuanto les viniere en antojo.

Y así la Cuaresma y el Ramazan, por obra de la ambicion y la ignorancia, resultan perfectamente inútiles.

El grandioso templo de Santa Sofía, edificado por Justiniano, y no por Constantino como supone Lamartine, se encuentra situado al pié del Serrallo, dominando por su posicion la ciudad entera. Su majestuosa cúpula se destaca orgullosa sobre los altos edificios y los esbeltos alminares. Sus anchas naves, sostenidas por elevadas columnas, se encuentran iluminadas por la luz difusa que se quiebra formando caprichosos juegos al atravesar los cristales de múltiples colores; centenares de lámparas cuelgan del abovedado techo; primorosos mosáicos adornan el suelo y las paredes. Esta mezquita es un templo cristiano embellecido por el gusto oriental; es como un libro, cuya portada ostentara las severas tintas de una alegoría cristiana, y en su última página se hubieran vertido las más ricas flo-

res de una juguetona poesía. Es el génio del cristianismo adornado por las ricas galas de los caprichos orientales.

En el siglo XVI, á consecuencia de un terremoto se agrietó la cúpula, y para que el edificio no se derrumbara, levantaron los turcos altas paredes que reforzaran las antiguas.

Recientemente ha sido restaurado, merced al donativo de quince millones de piastras que con este objeto dejó al morir un creyente, siendo las obras dirigidas por el Sr. Fossati.

Otra multitud de mezquitas pueblan las colinas de Stambul, coronadas por afiligranados minaretes, y rodeadas de fuentes y jardines, escuelas y hospitales. De entre ellas son notables por elegantes y espaciosas las de Soliman y Bayaceto; encontrándose en ésta una urna ó enorme vaso de pórfido, destinado á las abluciones. El exterior de éstas mezquitas está rodeado de columnas que pertenecieron bien á los templos paganos, bien á los cristianos del Asia.

Existen en Stambul vários bazares, cuyas calles están cubiertas. Sus tiendas son ricas y elegantes, por más que no puedan competir con los lujosos comercios europeos. Obsérvase en los bazares una constante y extraña animacion, siendo recorridos por multitud de mujeres, tanto europeas como turcas. (1)

(1) Para la descripcion de un bazar véase el capítulo Smirna.

Recorriendo las calles de Stambul, han de encontrarse estas dos cosas: cementerios y restos humeantes de incendios recien extinguidos. En Constantinopla se han hecho célebres los incendios, lo que no puede extrañarnos al observar sus casas construidas con viejas maderas, desde los cimientos hasta las fachadas. No recuerdo en qué viajero he leido que los incendios se anuncian desde lo alto de una colina por medio de cañonazos, cuyo número indica el lugar del siniestro. No puedo atestiguar la verdad en esto; pero referiré la extraña manera de dar á los habitantes aviso de un incendio, que tuvo ocasion de presenciar uno de mis compañeros de viaje. Un hombre alto y seco, vestido con una túnica ó sayal rojo y turbante del mismo color, recorre las calles dando desaforados gritos y agitando los brazos. Con sus voces, que mi amigo no pudo comprender, indica, sin duda, el sitio amenazado por el terrible elemento, la gente le sigue ó corre en distintas direcciones, los infinitos perros que por todas partes pululan, espantados por los gritos, vestidos y ademanes del voceador, le forman cortejo y coro persiguiéndole con sus ladridos, y de momento en momento la algazara crece, aumentándose el número de perros de calle en calle, hasta que las voces, los ladridos y las carreras llegan á formar la más infernal algarabía.

Destruye un incendio un centenar de casas, y vuelven á levantarse, no de cal y canto, como parecia lógico, sino de madera otra vez.

Al pié del Vesubio me extrañó ver multitud de

pueblos que viven amenazados constantemente por las iras del volcan. Los habitantes de estos pueblecillos se dedican á cultivar los viñedos que producen el vino conocido con el nombre de *lácrima-Christi*. Sobreviene una erupcion, arrasa los pueblos y los viñedos; pero la ceniza del volcan sirve de excelente abono, las cosechas se aumentan, los habitantes vuelven á levantar sus miserables viviendas, y en último término, las erupciones, si no se repiten con demasiada frecuencia, vienen á reportarles más ventajas que perjuicios.

Una cosa análoga sucede en Constantinopla con los incendios. El coste de las casas de madera es insignificante; los propietarios, si el fuego respeta sus fincas ocho ó diez años, se reintegran con el precio de los alquileres, del capital empleado, y aún obtienen la ganancia de un doce ó catorce por ciento. Las casas de cal y canto son más costosas, y corren además el mismo peligro; porque, ¿qué garantías ofrecen contra el fuego una ó várias casas de cal y canto, construidas en medio de una ciudad de madera?

Cierto que si hace siquiera veinte años hubieran comenzado á levantarse construcciones sólidas hoy sería Constantinopla una ciudad nueva, que no correría más peligro de incendios que otra cualquiera; pero ¿quién puede contrarestar aquí, ni en ninguna parte, la influencia de la costumbre y de la ignorancia? Asegura tambien un viajero, que los incendios reportan ventajas á los bajás y otros funcionarios que monopolizan el maderaje, y siendo así no

debemos extrañar que no se cuide de poner remedio al mal, cuando en países más civilizados vemos abusos cometidos sin más razon que el beneficio que á las autoridades reportan.

Los cementerios se encuentran lo mismo en las afueras de la ciudad que dentro de ella, en jardines particulares, en los barrios más populosos.

Bellísimas descripciones habíamos leido de estos cementerios, en el afan que algunos viajeros sienten de poetizarlo todo. Nosotros no hemos conseguido encontrar poesía en esta perjudicial costumbre de tener los vivos al lado de sí á los muertos; y en cuanto á la perspectiva ó hermosura de estos lugares, ninguna belleza hemos podido encontrar tampoco, excepcion hecha del cementerio de Escutari, rodeado por altos y sombríos cipreses.

Digámos ahora dos palabras acerca del Serrallo y la Sublime Puerta y visitaremos las murallas.

El Serrallo, por su posicion, por su hermosura, por el fantástico panorama que en torno suyo se desarrolla, parece la mansion del encanto, el templo de todos los placeres. Hermosos edificios, bellísimos jardines, sombra, frescura, poesía, el Bósforo, que se desliza majestuoso como un inmenso rio, reflejando en sus ondas este conjunto de belleza... Tal es el aspecto del Serrallo. (1)

A poca distancia, encontramos el palacio del Go-

(1) Consta el Serrallo de muchas dependencias, y solo existe el del Sultan. Los demás turcos poseen harenes.

bierno, la Sublime Puerta, cuyo edificio y cuya puerta nada tienen de sublime. Un viejo palacio, ó mejor dicho, un gran caseron, donde se encuentran establecidas las secretarías de los ministros, es lo que recibe el pomposo título de *Sublime Puerta*, nombre que se aplica lo mismo al edificio que al Consejo.

En Asia existia la costumbre de despachar los asuntos públicos á la puerta de las ciudades, á la puerta de las iglesias los despacharon muchas veces los cristianos, como aún se vé en Valencia en el *Tribunal del Agua*, y los turcos parece que lo verificaban á la puerta de los palacios. De aquí, sin duda, ha tomado orígen la expresion de Sublime Puerta.

Recorramos ahora las murallas levantadas en tantos siglos de trabajo, de constancia y tal vez de temor, por los soberanos de Bizancio. Tres órdenes de gruesas é imponentes murallas flanqueadas de trecho en trecho por almenadas torres, sirvieron de último baluarte al antiguo imperio. Todo fué inútil. La artillería de Mahomet II consiguió abrir numerosas brechas, en la puerta Carsia sucumbió Constantino Paleólogo, sonó la hora y cayó Bizancio.

Hoy de aquellas fortificaciones quedan en pié grandes lienzos de murallas, que abandonadas á la accion del tiempo, van arruinándose poco á poco: las brechas se han convertido en profundas hendiduras, donde la yerba crece y donde arraigan plátanos y madroños, el musgo recubre las piedras y la hiedra trepadora sube hasta las altas almenas.

Este es el estado de las murallas, y así tambien se encuentra el ántes célebre y hoy desmoronado castillo de las Siete Torres.

Desde la toma de Constantinopla no se han restaurado sus muros, y por eso dice Michaud:

—«Si algun dia los cristianos vuelven victoriosos á la ciudad de Constantino, pueden pasar por los boquetes que abrió la artillería turca, y encontrarán los terraplenes, los torreones y las puertas de la ciudad tales como estaban en la época de la conquista de los bárbaros.»

Las puertas de Stambul se cierran por la noche; pero los barrios de los francos están abiertos á todas horas. Los habitantes de Pera pasan las primeras horas de la noche en un pequeño cementerio llamado el *Campetto*, donde se pasea, se fuma, se toma café y donde á vuelta de mil disputas, y oyendo los desacordes sonidos de desafinadas músicas, creen algunos divertirse.

Entre los recuerdos de acontecimientos recientes, merece especial mencion el que despierta en la plaza del Atmeidan el cuartel de los antiguos genízaros, de aquella guardia turbulenta que por espacio de dos siglos logró imponerse al imperio, hasta que en 1826 fué destruida por Hussein-Bajá. En la plaza del Atmeidan tomó éste las disposiciones necesarias para incendiar el cuartel donde los genízaros se defendian. Acosados por las llamas intentaron éstos hacer una salida; pero fueron presos, y juzgados al dia siguiente, muy pocos lograron escapar á la venganza horrible y sangrienta de su vencedor.

No describiremos el séquito que acompaña al Sultan, bien cuando vá á una mezquita, bien cuando pasa revista á sus tropas, bien cuando se verifica cualquier otro acto oficial, porque la adulacion y el servilismo han inventado las mismas ceremonias en todos los países, y gustamos poco de presenciar estos espectáculos. El Sultan posée palacios, no solo en el Serrallo, si no tambien en Bujukdere, Escutari y otros puntos.

Las autoridades, los embajadores extranjeros, y todas las personas de alta categoría van precedidas por uno ó dos *cabás*, especie de guardias, armados con sable y pistolas, que llevan pendientes del cinto, y á cuya vista los transeuntes dejan el paso libre, retirándose con un respeto muy parecido al temor. Si alguno, por descuido, no se retira á tiempo, un violento empujon le hace despejar, mal de su grado. Los que, como nosotros, estudien la vida y las costumbres de los pueblos en sus más pequeños detalles, por este hecho, insignificante al parecer, comprenderán hasta dónde llega en este país el abuso del principio autoritario. No es que aquí se exija una muestra más ó ménos expontánea de respeto á las altas dignidades del imperio en sus funciones oficiales, es algo más, es que las personas de elevada gerarquía, pueden atropellar y atropellan al pueblo impunemente. Y el pueblo, que tranquilo vive dentro de la negacion absoluta de todos los derechos humanos, cuando no le queda ni el de transitar libremente por las calles, expuesto siempre á ser atropellado por el miserable lacayo de un

magnate, el pueblo que así vive y que esto sufre, es un pueblo sumido en el servilismo y la abyeccion.

Pero, á bien que al resumir nuestro viaje podremos hacer extensamente estas y otras consideraciones.

La poblacion de Constantinopla, incluyendo en esta estadística los barrios de las dos márgenes del Bósforo, es próximamente de unos 800.000 habitantes: de ellos, son musulmanes, 400.000; armenios cismáticos, 205.000; armenios católicos, 17.000; griegos, 139.000, y el resto francos y judíos.

Demos el último *adios* á Constantinopla, contemplándola á vista de pájaro desde la torre de Galata. A uno y otro lado del Bósforo, sobre sus verdes y lozanas riberas, agrúpanse en caprichoso conjunto casas y palacios, iglesias y mezquitas, con sus cúpulas gigantescas ó sus blancos alminares, las barracas hediondas de Galata, las tortuosas calles de Stambul, los soberbios edificios del Serrallo, las modernas y elegantes construcciones de Pera, los centenares de barcos fondeados en el puerto llamado Cuerno de Oro, los arruinados castillos, las viejas murallas, y luego los magníficos jardines de Bujukdere, y allá más léjos, los altos cipreses de los cementerios de Escutari, en la costa de Asia, donde se dá sepultura á los magnates turcos, el mar Negro y el mar de Mármara, todo confuso, mezclado, revuelto como los recuerdos que acuden á la mente; esto es hoy contemplada desde una altura Constantinopla. Bizancio, Stambul, explendor y decaimien-

to, gloria y oprobio. Recogió Bizancio los restos dispersos de la civilizacion romana: vertió Stambul su álito abrasador y enervante y oscureció tanta grandeza. Asia y Europa: le plugo á naturaleza tender en este punto las masas ondas del Bósforo, y vino el hombre á levantar ciudades que en vez de servir de lazo de union entre uno y otro continente, sirvan de valladar á la marcha majestuosa del progreso. Pero no, la humanidad no puede detener su paso, no hay obstáculos para su espíritu poderoso, y llegará un dia en que la antorcha de la civilizacion nuevamente derramará sus luminosos rayos por estas comarcas, despertará su luz á los que yacen en el profundo sueño de la abyeccion y libres quedarán y emancipados los pueblos que gimen en la esclavitud.

Regresamos á Chanak donde aún permanecimos algunos dias, y de donde salimos para Smirna.

CAPÍTULO XVII.

LÉSBOS.

Abandonamos, por fin, el canal de los Dardanelos. No me es lícito hablar de las numerosas baterías y castillos que lo defienden con más de 300 cañones en la costa europea y más de 400 en la costa de Asia, porque debo dejar íntegro este asunto al ilustrado y distinguido oficial de artillería de la Armada, D. Eladio Santos Manso, que se ocupa en escribir una Memoria científica de nuestro viaje, bajo el punto de vista militar (1).

(1) Al año siguiente de haber verificado este viaje, sucumbió en la isla de Cuba el Sr. Santos. Con él ha perdido el cuerpo de artillería de la Armada uno de sus más distinguidos oficiales, y el que escribe estas líneas uno de sus mejores amigos. Permítase á la amistad este recuerdo cariñoso.

Nuevamente pasamos entre la bahía de Besika y la isla de Tenédos, célebre por sus vinos, y á la puesta del sol avistamos la isla de Mitilene, antigua Lésbos.

Forzoso es confesar que no puede ser más bello el delicioso panorama que se presenta á nuestra vista.

Un cielo purísimo sin el más ténue celaje que impida á los ojos contemplar esa brillantez de colores que poco á poco se desvanecen en el firmamentó al ocultar el astro del dia su brillante disco de fuego en el ocaso; una mar tranquila, espejo de los cielos, mar cuya azulada superficie no se atreve á rizar el más ligero soplo de brisa; una atmósfera serena que parece cargada de impalpables partículas de luz, de esa luz misteriosa del crepúsculo, y cerrando el cuadro, una isla encantadora de altas montañas, verdes y frondosas colinas, llanuras fértiles y poderosa vegetacion; y destacándose en medio de los espesos olivares un pueblo de aspecto riente, con sus casas blancas escalonadas en la vertiente suave de la costa; tal es el panorama.

Esta es la pátria de Saffo. En estas riberas, en estos valles, en estas colinas resonaron con los primeros acordes de la música las apasionadas estrofas de la inspirada poetisa, de la mujer amante....

Pero dejemos el ayer, que el ayer se estudia en la historia, y estudiemos el hoy visitando este pueblo, que, como casi toda la Grecia, debe su fundacion á los Pelagios.

Bajemos á tierra. Temo que otra nueva decepcion me aguarde, porque habiendo tomado parte

esta isla en la insurreccion de Grecia, fué devastada por los turcos, y es posible que ahora que empezaba mi espíritu á sentirse embargado por la poesía de los recuerdos, tenga qué despertar bruscamente á la prosa de la realidad.

Y así ha sido por desgracia. No referiré el detalle horrible que me hizo despertar más pronto de lo que pensaba, y de un modo harto desagradable (1). Sufrido el primer contratiempo esperemos con resignacion los que sigan.

Este pueblo, más griego que turco por la construccion de sus pequeñas casas de dos pisos, es más turco que griego por la sombría lobreguez de sus estrechas, tortuosas y empinadas calles, que, con su fatal empedrado, ponen en grave riesgo el equilibrio del pasajero. Para hacer escarnio del alumbrado público de Europa se encuentra aquí de vez en cuando el pequeño punto luminoso de una mortecina luz de aceite, que como farol de hospital, luchando con las sombras, al esparcir una claridad ténue y escasa

—Más entristece que alumbra.
cual lámpara sepulcral.—

Vagando por una y otra calle, apénas encontramos una docena de personas. Por todas partes el si-

(1) En uno de los anteriores capítulos queda referido que al atracar nuestro bote varó en un fondo de pestilente fango, que removido salió á la superficie.

lencio y la soledad: parece una ciudad muerta. Y, sin embargo, no son más que las nueve de la noche; y todo está cerrado, todo sombrío.

El guía que nos acompañaba, nos dió la explicacion de esto. De nueve á diez de la noche, debe ir provisto el transeunte de un farol, y bien se necesita. Pasada dicha hora, no se permite transitar á nadie. Nosotros mismos tuvimos de ello una prueba. Al pasar por un puesto de guardia fuimos detenidos, y, gracias á la amabilidad del oficial, se nos permitió continuar nuestro camino, á condicion de retirarnos á una especie de café, próximo al muelle, para esperar la llegada de nuestro bote. No contábamos con otro percance. El café, lo mismo que los demás establecimientos, estaba cerrado, y todas nuestras instancias para que abrieran hubieran sido inútiles, á no haber asegurado nuestro guía que habíamos recibido del oficial que nos detuvo la órden de recogernos allí.

Tan estúpida tiranía, al ser un sarcasmo del espíritu de libertad y democracia que domina en nuestro siglo, ¿no es un ultraje á la civilizacion? ¡Y aún hay pueblos que viven así en Europa! ¡Y esto sucede en una isla de la antigua Grecia, cuna sagrada de las artes, de las ciencias y de la civilizacion europea!

No existiendo en este pueblo edificio alguno digno de mencion, ni más antigüedades que las ruinas de un templo de Apolo y la tumba de Saffo, cuyo cadáver, recogido por los sacerdotes, fué traido á la ciudad natal de la poetisa, tumba que hoy se en-

cuentra en una mezquita, fuera del pueblo que, por estar cerrada, no podemos visitar; ya que nada tenemos que hacer aquí, volvamos á bordo, haciendo la amarga consideracion de que, si en Lésbos le plugo á la naturaleza conservar la vida, le cabe al hombre la triste complacencia de matarla. ¡Ah! es de sus propias glorias el hombre más enemigo que el tiempo. Así hemos visto en Aténas tantas obras de arte por los siglos respetadas y por los hombres destruidas.

Dejamos esta isla con el sentimiento que inspira el contraste que forma su belleza y su risueño aspecto con la esclavitud en que vive, y salimos para Smirna, en cuyo golfo entramos pocas horas despues.

CAPITULO XVIII.

SMIRNA.

Esta ciudad, el emporio de Levante, se extiende en pintoresco anfiteatro al pié de verdes colinas, y presentaria el aspecto de un culto pueblo de Europa, si sus esbeltos y elegantes minaretes que se destacan atrevidos sobre los altos edificios, no recordaran al viajero que se halla enfrente de una ciudad musulmana.

Ya en tiempo de Strabon, era reputada Smirna como la mejor ciudad de Oriente, y sigue siéndolo á pesar de los cataclismos que ha sufrido. El año 177 de la Era Cristiana fué destruida por un terremoto, reedificándola el emperador Marco Aurelio,

Nuevos terremotos é incendios la redujeron á escombros y cenizas, siendo de notar el 10 de Julio de 1688, fecha fatal para la historia de Smirna, en que sobrevinieron juntas estas dos calamidades. Célebre es por sus incendios, como el Cáiro y Constantinopla, y cuéntase que el año 1845 se quemaron 4.000 casas. Yo, por mi parte, debo declarar que me parecen muchas casas para ser devoradas de una vez por el fuego; pero ni yo doy la noticia, ni respondo de su exactitud.

Ya que no hablemos, porque otros viajeros lo han hecho, del divino Méles, de los baños de Diana, del lago dondé Tándalo sufrió el castigo á que le condenáran los dioses, ya que no podamos hacer una excursion á las ruinas de Efeso, recordemos siquiera que fué Smirna una de las primeras ciudades donde prendió la llama de aquella grandiosa y sacrosanta revolucion que, con el nombre de Cristianismo, varió el modo de ser de las sociedades antiguas; recordemos que su iglesia es una de las siete del Apocalípsis, y digamos, por último, que esta ciudad es una de las que se disputan la gloria de haber sido pátria de Homero.

Sepamos tambien que la poblacion de Smirna es de 140.000 habitantes, y sin entretenernos más porque ya la impaciencia nos lleva á tierra, sin parar la atencion en los numerosos barcos de todas las naciones fondeados en la rada, y dando al olvido las distintas opiniones que acerca de esta ciudad han emitido los viajeros, entremos en ella para juzgar por nosotros mismos.

Acostumbrados á ver brillantes y pintorescos panoramas al acercarnos á los pueblos orientales para sufrir luego un horrible desencanto, no podemos ménos de quedar gratamente sorprendidos al recorrer esta ciudad. Parece que súbitamente hemos sido transportados á una ciudad de Europa. Y es que en Smirna, el puerto más importante y concurrido de Oriente, ha penetrado la civilizacion europea más que en ningun otro pueblo del Asia Menor.

Recorremos una y otra calle recta y anchurosa, con casas de dos pisos de moderna construccion; vemos multitud de tiendas que no son inmundos zaquizamís, sino lujosos comercios europeos, cuyos anuncios están escritos en italiano ó francés; por todas partes vida y animacion, y entre los transeuntes más trajes europeos que turcos.

Dejándose llevar de esta primera impresion, es como se comprende que haya dicho Lamartine de esta ciudad:—«es Marsella en la costa del Asia Menor.»—Dando crédito á exageraciones como ésta, es como se sufren desengaños. El viajero que, procedente de Europa, sin tocar en puerto alguno de Turquía, arribe á Smirna, creyendo que va encontrar una ciudad de primer órden por haberla oido comparar con Marsella ó con París, quedará desagradablemente sorprendido al desembarcar en un modesto muelle de madera, y prevenido ya por este primer desencanto, todo lo encontrará pobre ante la riqueza de las brillantes descripciones que ha leido; y es que Smirna, á pesar del contraste que forma con los demás pueblos de Oriente, no tiene

punto alguno de comparacion con las grandes ciudades europeas.

Por el contrario, el viajero que lleva algun tiempo recorriendo los pueblos de Turquía y no ha visto en ellos más que calles inmundas, vetustas casas de madera renegrida, más perros que personas por donde quiera, y es recibido con la mayor indiferencia por los indolentes habitantes, siente que su ánimo se dilata al llegar á una ciudad donde encuentra algo que le recuerda la vida de Europa, y se ve en medio de una sociedad más civilizada.

Y para convencernos de que estamos en Oriente, dejemos las anchurosas calles que acabamos de recorrer próximas á los muelles; internémonos en el casco de la poblacion, y no tardaremos en hallar los tortuosos y revueltos callejones donde los turcos habitan, y quedaremos sorprendidos de tan repentina transicion. Podíamos creernos en Europa, y al dar un paso hemos vuelto á caer en Turquía. Primeramente diríamos que era Smirna una ciudad europea implantada en territorio oriental: ahora vemos que es un pueblo turco en el centro de una poblacion európea.

En ninguna parte se manifiesta como aquí, de un modo claro y patente, la diferencia de una á otra civilizacion.

Sin embargo, algo parecido tuvimos ocasion de observar en Argel, donde al lado de las modernas construcciones francesas se levantan las inmundas cloacas de los moros.

Pero ya que estamos en la ciudad musulmana, apresurémonos á visitar alguna mezquita, recorramos su célebre Bazar, y tornaremos despues á la ciudad culta, donde nos espera un concierto en un café cantante.

El guía nos conduce á la puerta de la mezquita principal. Recordando la intransigencia de los católicos que impiden la entrada en sus templos á todo aquel que no recibiera el agua del bautismo, pudiéramos temer análogo recibimiento de los musulmanes. Pero no; estos no son tan intransigentes. Con razon ha dicho un ilustre y piadoso viajero, el abad Mislin, que son los turcos más tolerantes que algunos gobiernos de Europa.

Si el edificio no es verdaderamente notable, con su alto y atrevido minarete ofrece la esbeltez y elegancia que, por lo general, presentan todas las mezquitas. Atravesamos el calado pórtico, calzándonos unas babuchas encima de las botas, y dejando á la derecha la fuente circular donde los concurrentes hacen sus abluciones, entramos en la mezquita. Tres extensas naves la componen, siendo circular la del centro, naves sostenidas por gruesas y elevadas columnas de atrevida construccion y esbelta forma. Del techo penden centenares de arañas de cristal, cuyos prismas, al descomponer la luz, producen vistosos juegos de colores en el espacio, mientras queda en una semioscuridad la parte baja del templo. El silencio es solemne. Los turcos que entran y salen á pié descalzo, se deslizan como misteriosas sombras, envueltos en sus blan-

cos ropajes. Se arrodillan, cruzan los brazos sobre el pecho, se inclinan, besan el suelo, permaneciendo algunos instantes con la cara en tierra, y repiten hasta siete veces esta operacion, sin mirar siquiera á los curiosos que como nosotros los contemplan. Entre los concurrentes ví un magnate turco, á juzgar por la riqueza de su traje, al cual acompañaban dos criados conduciendo un almohadon riquísimo de damasco, con borlas de oro, sobre el cual se arrodilló para hacer sus oraciones. Tambien en los templos católicos ocupan los magnates el sitio de preferencia, como si en la presencia de Dios no debiera reinar la más perfecta igualdad.

Debilidades humanas son estas que no han de extrañarnos en los musulmanes cuando de ellas adolecen los cristianos.

Pero dejemos tan espinoso asunto, que en los tiempos en que vivimos no todo lo que se piensa puede escribirse, ni deja de ser peligroso atacar arraigadas preocupaciones, y abandonemos la mezquita para recorrer el Bazar.

Quien haya visitado en la parte baja del Rastro de Madrid ese arca de Noé que conocemos con el nombre de *Las Américas;* quien haya visto el confuso desórden con que se encuentran hacinados objetos de todas clases, desde los más útiles hasta los más superfluos, desde los más necesarios hasta los más insignificantes, quien haya discurrido alguna vez por el laberinto de sus puestos, podrá formar idea aproximada de lo que es el Bazar turco.

Sin embargo, la comparacion no es completamente exacta. Los puestos del Rastro, en medio de la plaza, están colocados al aire libre; los vendedores, con descompasados gritos, pregonan sus géneros, formando la más discordante armonía, y las mujeres pululan, vocean y riñen por todas partes. El Bazar no presenta la misma extraña fisonomía. Está formado por multitud de pequeñas tiendas, que, agrupadas, forman un revuelto dédalo de calles, no muy anchas, cubiertas por una techumbre de madera que deja paso á la luz por numerosos boquetes ó claraboyas. En vez de vocingleros vendedores se ven indolentes turcos sentados en el suelo ó en los mostradores, con las piernas cruzadas, fumando el *narguillée* silenciosos y soñolientos, y aunque no falta animacion, no puede compararse con la ruidosa algarabía del Rastro en los dias festivos. Excusado es añadir que en las tiendas no se encuentra ni una sola mujer. Siendo tal la diferencia ¿dónde existe la semejanza? La semejanza resulta del aspecto y desórden de los objetos puestos á la venta.

Mezquinas casas, ó jaulas, mejor dicho, sin más piso que el de la estrecha tienda, sin más puerta que el mostrador, por regla general; algunos escaparates pobres y de súcios cristales; unidas las tiendas unas á otras formando un intrincado laberinto de calles y callejones, sin presentar á la vista otra cosa que un hacinamiento confuso de objetos diversos, inútiles en su mayor parte; éste es el primer aspecto del Bazar.

Majestuosas galerías, deslumbrantes aparadores, telas de brocado, alfombras, tapices de Persia, armas de Damasco, primorosos objetos cincelados de plata y oro...; este es el sueño. Oscuras calles, tiendas parecidas á los puestos de nuestras férias, objetos de prendería...; esta es la realidad. No obstante, pudiera ser realidad el sueño, si los astutos vendedores tuvieran expuestos los preciosos objetos que ocultan detrás de tanta pobreza.

Está visto que en Turquía he de caminar de sorpresa en sorpresa. Allí donde un espectáculo deslumbrador me encanta, encuentro la decepcion. Aquí, donde pienso hallar los despojos de la miseria, bajo su manto lleno de jirones, encuentro el lujo, que sin duda para no escarnecerla se oculta modestamente.

Hé aquí la notable diferencia que existe entre los pueblos orientales y occidentales. En Europa las galas, el lujo, la riqueza se ostentan con orgullo, escarneciendo á la miseria desvalida que se oculta allí donde sólo puede encontrarla la mano benéfica de la caridad. En Turquía hace la pobreza alarde y ostentacion de sus harapos, mientras la riqueza se oculta para brindar sus goces en la soledad y el silencio.

El alfange damasquino de cincelada empuñadura y primorosos labrados, las riquísimas telas con flores estampadas en el tegido, los magníficos terciopelos recamados de oro, nada encontraremos en el Bazar, si con la vista lo buscamos; todo se nos mostrará en la más miserable tienda si nos toma-

mos el trabajo de pedirlo. De este modo pudé adquirir varios objetos en una de las tiendas á donde me condujo el hebreo que me sirvió de guía, quedando altamente sorprendido cuando al despedirme me ofreció el vendedor una taza de café. Sin darme cuenta de lo que aquello podia significar, supuse como lo más probable que seria uno de tantos medios de explotar el bolsillo del forastero, y me dispuse á añadir algunas *piastras* á la cuenta. Pero volví de mi error cuando al preguntar su importe se me hizo saber que era un obsequió que se me hacia. No pudo ménos de llamar mi atencion tan extraña galantería, y como tienen los turcos fama de interesados, y como me pareció observar cierta inteligencia entre el vendedor y el guía, me separé de la tienda reflexionando que aquella taza de café, que gratuitamente se me habia ofrecido, la habia pagado tal vez muy cara con los objetos que acababa de comprar. Sin duba el turco se cobró su importe á muy buen precio, y yo tuve intenciones de escribir en mi Diario un capítulo titulado:

«De cómo un turco y un judío pueden llegar á entenderse para explotar á un extranjero.»

No he de olvidar tampoco una observacion que tuve ocasion de hacer. Entre los numerosos objetos que me mostraron ví muchas zapatillas tan profusamente bordadas en oro que apénas se distinguia el tejido de raso ó terciopelo, y, aunque me hice enseñar las más pequeñas, eran todas sobradamente grandes para poder calzar el diminuto pié de una madrileña.

Quiero que sepan mis hermosas paisanas que piés como los suyos no se encuentran en Oriente... Y áun sospecho que en Occidente tampoco.

Fáltame sólo exponer que el Bazar está dividido en varias secciones, segun los principales artículos que se venden: Bazar de las frutas, de las sedas, de los tejidos de lana y algodon etc.; sin que, á pesar de estas divisiones, pierda el carácter de *mesa revuelta* que dejo expresado.

Ya hemos visto lo que es en Turquía un Bazar. No es raro encontrar una numerosa récua de camellos, que guiada por un borriquillo, recorre sus calles con perezoso paso, por lo que, si alguno de los lectores de estos apuntes tiene ocasion de visitar el Bazar de Smirna, bueno será que cuide no tropezar con esos incómodos y jorobados transeuntes.

Volvamos ahora á la parte europea de la ciudad.

No nos detendremos á estudiar el estado de las iglesias y colegios que poseen los católicos y maronitas, y sólo haremos notar la ilimitada tolerancia religiosa que existe en este país, tolerancia tanto más notable, cuanto mayor es el fanatismo de que nos pintan poseido al pueblo musulman.

Tambien en esta tolerancia se diferencian de nosotros. Bien es verdad que ellos conservan en Jerusalen la iglesia del Santo Sepulcro, que respetan y custodian. ¿Qué harian los cristianos con el sepulcro de Mahoma, si llegaran á apoderarse de la Meca?

Nuevamente caemos en el peligro de estas comparaciones. Dejemos á los católicos en sus iglesias,

como dejamos anteriormente á los mahometanos en sus mezquitas, y confundámonos con esa multitud que recorre las hermosas calles de la parte culta de la ciudad.

. . . .

. . . .

Ya el sol ha ocultado su disco luminoso; pero no por eso la ciudad queda triste y silenciosa. ¡Espectáculo sorprendente en este país! Las calles se iluminan con las luces del gas del alumbrado público y con los reverberos de multitud de comercios. Los europeos sofocados por el calor del dia, aprovechan las primeras horas de la noche para respirar en estas calles, próximas á los muelles, el aire puro impregnado de las salinas emanaciones del mar.

Decididamente puede creerse el viajero en una poblacion europea. Nada en estos momentos y en este sitio revela que nos hallemos en Turquía. No corremos el peligro de que nos detengan por transitar á estas horas por la calle, como nos sucedió en Mitilene, y para gozar tranquilamente de las costumbres occidentales no traspongamos la esquina próxima porque tras ella nos encontraríamos nuevamente en las encrucijadas turcas.

En la parte europea de la ciudad, bien empedrada, con anchurosas aceras y perfectamente limpia, podemos respirar un ambiente puro. En aquellos callejones que ayer recorrimos, encontramos una atmósfera pesada que fatiga la respiracion.

Por otra parte, como aún hemos de pasar algunos meses recorriendo los pueblos de Turquía, ya

que esta ocasion encontramos de hallar un reflejo de Europa en la costa del Asia Menor, aprovechémosla.

Lo primero que se le ocurre siempre á un madrileño para pasar la noche, y gran parte del dia, es entrar en un café. Esto es para nosotros más que una costumbre; es casi una necesidad. Y ya que la suerte nos depara ocasion de recordar esta costumbre, entremos en el café. Aquí no encontramos desvencijadas mesas de madera, ni sucias paredes, ni adustos concurrentes fumando el *narguillée;* nada de eso. Nos hallamos en un local bien decorado, con doradas molduras, magníficos espejos, mesas de mármol y banquetas de regilla. Se apresura á servirnos, no una taza diminuta de café turco, sino una botella de limonada, un camarero italiano con su blanco mandil y el paño al brazo. Aquí, sin duda, permaneceria largas horas recordando las costumbres de mi pátria, si un compañero de viaje no me avisara que ha dado principio un concierto en un café próximo.

¡Música! ¡Un café cantante en Oriente! ¿Qué más podemos exigir? Y para colmo de felicidad, se trata de un café cantante al aire libre. Entramos en un jardin situado á la orilla del mar y caprichosamente iluminado á la veneciana con faroles pendientes del emparrado. Entre la numerosa concurrencia vemos algunas señoras, y entre ellas, más de una jóven bellísima. Mujeres que no se tapan la cara y que lucen la esbeltez de su cintura, con el gracioso y fresco traje que usan en verano las europeas... ¿Cómo no

han de parecernos hermosas? Excusado es añadir que estas señoras pertenecen á las familias de los cónsules y comerciantes europeos que aquí se encuentran establecidos.

La orquesta está situada en un escenario levantado en uno de los costados del jardin. Los músicos son ocho, cinco hombres y tres señoras, todos alemanes, y debemos confesar que á tan reducida orquesta, lo que le falta en número, le sobra en afinacion, buen gusto y habilidad.

Várias y difíciles piezas alemanas ejecutaron con notable maestría, recibiendo nutridos y justísimos aplausos.

Pero ya la hora es avanzada, la música cesa, los concurrentes se retiran, y yo recuerdo con tristeza que mañana debo abandonar esta poblacion, que se me ha presentado como un venturoso... oasis, brindándome con la variedad un momento de descanso en mi monótona peregrinacion por Turquía.

A pesar de lo expuesto, no se encuentra en esta parte de la ciudad ningun edificio que merezca especial mencion, por lo que no debemos entretenernos más.

Tal es Smirna, la ciudad más importante de Oriente por su posicion, sus frondosos alrededores, su adelanto relativo, y sobre todo por su comercio.

Consignaré, para terminar y como dato curioso, poco conocido de los viajeros que me han precedido, que en esta poblacion se padece con extraña frecuencia la enfermedad conocida con el nombre de *Tœnia* (Solitaria) ¿Podrá tener esto alguna rela-

cion, dado lo cálido del clima, con las pantanosas cercanías de la ciudad y con la calidad de sus aguas?

Dejando este asunto á la consideracion de los hombres de ciencia, demos el último adios á Smirna, que es, como hemos visto, un extraño conjunto en que se mezclan las costumbres orientales y europeas; el primer albor de la moderna civilizacion en los pueblos de Oriente.

CAPÍTULO XIX.

EL ARCHIPIÉLAGO.

Nada tan monótomo como esas largas navegaciones en las que transcurren las horas y los dias sin que emocion alguna venga á conmover el ánimo del viajero. El viento más ó ménos fresco, la mar llana, rizada ó gruesa; estos son los acontecimientos cotidianos. Cuando no ocurren averías, cuando no sobrevienen temporales que, al agitar los vientos y las olas, y al estremecer el barco, agitan y estremecen el espíritu; cuando la naturaleza no ruge con esa voz terrible y poderosa que despierta en el hombre, unas veces el temor al mirar su pequeñez, y otras el sentimiento de su propia grandeza que se enardece en la lucha; cuando no retumba el prolongado y temeroso silbido del viento entre la jarcia, ni el ronco y profundo rebramar de las en-

crespadas olas que con la inconcebible fuerza de un gigantesco ariete azotan los costados del barco; cuando en esa inmensidad, en ese vasto desierto de las aguas se pierde la vista en el espacio sin alcanzar otra cosa que un cielo sin nubes y una mar tranquila, hallándose siempre en el centro del dilatado círculo que forma el horizonte, llega á sentirse abrumado el ánimo del viajero por el hastío de un espectáculo que, siempre el mismo, no le ofrece esa variedad que es necesaria para que la belleza exista.

Pero si en las largas navegaciones del Océano solo del terrible choque de los elementos puede esperarse algo que rompa la abrumadora unidad, en cambio al surcar las ondas de este Archipiélago hallamos en la naturaleza variedad bastante, y en la historia anales imperecederos con que distraer al mismo tiempo la vista y la imaginacion. Encontramos islas extensas unas veces, otras reducidos islotes, aislados promontorios, montañas elevadas, frondosos montes, escuetos picos, y cuando ya quedan á nuestra espalda próximos á desaparecer en esa línea imaginaria que forman la mar y el cielo al confundirse, y se distinguen apénas como una incierta bruma, otras islas y promontorios se vislumbran por distintos puntos del horizonte, surgiendo y levantándose sobre la azulada superficie de las olas.

Y si curiosos queremos averiguar los nombres de estos lugares y vemos que se llaman Kios, Efeso, Sámos, Cos, Rhodas, Chipre, Patmos ó *Creta*, seguramente nos perderemos en el *laberinto* de tantos y

tantos recuerdos históricos como se agolpan á la mente. En estas aguas, en estas islas tuvieron orígen las fábulas de la mitología; en el espectáculo de esta naturaleza buscaron sus inspiraciones los grandes artistas de la antigüedad; estos horizontes son los horizontes que contemplaron aquellos sábios aquellos héroes que han llenado el mundo con su gloria.

Sus nombres acuden en tropel á nuestra imaginacion; mas ya los recordaremos al visitar los sitios que fueron testigos de sus hazañas, de su ciencia ó de sus virtudes.

CAPÍTULO XX.

KIOS (1).

Acabamos de fondear á corta distancia de una isla grande y bella. A lo léjos se descubren altas montañas desnudas, cuya aridez contrasta con la lozanía de los fértiles llanos que á su pié se extienden, y en medio de una hermosa vegetacion un pueblo asolado y misero. Tanta hermosura y desolacion, unidas no es ya un contraste, es un sarcasmo.

Estamos en la isla de Kios, en la supuesta pátria de Homero.

Smirna, *Rodas*, *Colophon*, *Salomis*, *Chios*, *Argos*, *Athenæ:* hé aquí las siete ciudades que se disputan la misma gloria.

---

(1) Kios ó Chios. Para algunos Scios.

Kios, *la más rica de las islas de la mar*, segun Homero, presenta hoy un triste aspecto de ruina y muerte. Aún quedan restos insepultos que revelan su pasada grandeza. No hace mucho tiempo era Kios todavía un centro de vida y de riqueza. Mas en poder de Turquía, quiso, como toda la Grecia, sacudir el yugo ominoso del sultan, fué inútil su esfuerzo, y vencida por el tirano vió su riqueza destruida, sus pueblos incendiados, mientras de sus 100.000 habitantes más de 25.000 se vieron precisados á emigrar, y muchas de las griegas de Kios, que de bellas y virtuosas tenian fama, fueron tristes á gemir en los harenes de los despiadados turcos.

Hoy la poblacion de la isla es de unos 60.000 habitantes, en su mayor parte griegos, repartidos en multitud de pequeños pueblos, y dedicados principalmente á la explotacion del *mastica* ó almáciga, especie de resina clara, trasparente y aromática, que se obtiene por incision del alfóncigo (1). Las mujeres turcas toman la almáciga, con pasion, y le atribuyen la propiedad de blanquear los dientes y comunicar á la boca un olor agradable. Unas 6.000 *ocas* (2) se exportan al año de este punto, siendo el precio de la oca de 100 á 150 *piastras* (3).

Kastro, capital de la isla, en cuya bahía estamos fondeados, cuenta 12.000 habitantes. Entre sus ca-

(1) Arbol de ocho á diez piés de altura.

(2) La oca tiene próximamente la cabida de un litro.

(3) La piastra no tiene equivalencia exacta con nuestra moneda. Viene á ser la quinta parte de un franco.

sas, de pobre aspecto, se ven tristes ruinas de sus antiguos palacios, y no sería difícil encontrar algun descendiente de sus pasados moradores en la más espantosa miseria, regando con amargas lágrimas los restos de su perdida grandeza.

A corta distancia de Kastro se encuentra una roca de forma elíptica, en cuya cima se ven vários asientos tallados en la misma piedra. En los costados de uno de ellos, situado en el centro de la elipse, se distinguen algunas figuras esculpidas, ya casi borradas por el tiempo. A esta roca se le da el nombre de *Escuela de Homero.*

No hay, ni puede haber dato alguno que autentice la tradicion de esta *escuela*, pero debemos respetar la tradicion. Igualmente se cree que Homero escribió su *Odisea* y murió en Kios.

Notable fué esta isla en la antigüedad por la pureza de sus costumbres, habiendo tenido el dominio de los mares antes de sus desgraciadas guerras con los persas. Tambien estas aguas presenciaron los descalabros de la escuadra de Antíoco, derrotada por los romanos, y volviendo la vista á más recientes sucesos, recordemos que en 1770 fué una escuadra turca incendiada por otra escuadra rusa, no léjos de estos lugares.

Rusia y Turquía. ¿Estarán llamadas estas playas á presenciar aún nuevos desastres?

Apénas los primeros rayos del sol llegan á la superficie de las aguas, formando un segundo disco luminoso al reflejar en ellas, y ya el barco puesto en movimiento nos obliga á despedirnos de la su-

puesta pátria de Homero, cuyo mísero estado hemos podido apreciar en nuestra rápida visita. ¡Ayer tan floreciente y hoy tan abatida!

Pátria ayer de insignes varones cuya gloria ha de vivir tanto como la humanidad; pátria hoy de humildes campesinos, de inertes ciudadanos, que, víctimas de una opresion infamante, viven y mueren sin dejar en pos de sí rastro ni huella que nos recuerde su nombre, porque no puede alentar el génio donde se humilla la cabeza al despotismo.

CAPÍTULO XXI.

SÁMOS.

Surcando las olas del antiguo mar de Icaria, nos hallamos á la vista de la isla de Sámos.

Fondeamos en Puerto Figari, cerca del emplazamiento de la antigua ciudad, y en vano es que nuestros ojos busquen sus vestigios con curioso afan. No alcanzan á distinguir otra cosa que montes de peladas cimas, aunque poblados de abetos en sus laderas, y llanos incultos.

Hemos visto en otras islas convertidas en miserables aldeas las que fueron soberbias y poderosas ciudades. En el sitio de la antigua Sámos no queda ni resto de pueblo alguno, porque no podemos dar este nombre á unas cuantas miserables casuchas que encontramos diseminadas.

¿Dónde están los 20.000 habitantes que cuenta esta isla? ¡Ah! Bien han hecho en construir al N. su moderna capital, abandonando estos sitios, para no recordar, sin duda, grandezas pasadas, glorias perdidas, lejanos y venturosos tiempos que no pueden volver.

Rica, poderosa y célebre por el culto que rendia á Juno, fué la isla de Sámos en la antigua Grecia, y ha pasado su nombre á la posteridad por haber tenido la gloria de ser pátria de Pitágoras, que, guerrero en sus primeros años, inmortalizó su nombre con la invencion del pentágrama y del cuadrado de la hipotenusa. Profundo pensador, cuéntase de él que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar, sin duda para que luego supieran hablar oportunamente. *Aprender á callar:* hé aquí una ciencia completamente desconocida para nosotros, que hablamos siempre hasta de lo que nos es más desconocido.

Tambien en Sámos tuvieron su residencia Anacreonte y Herodoto, adquiriendo esta isla su más alto grado de explendor en tiempo de Polícrates.

Tan célebre como el de Creta y Lémnos, fué el laberinto de Sámos, y para terminar estos ligerísimos apuntes, dedicaremos un recuerdo á la sibila Phitia. ¿Quién ignora lo que eran las sibilas? Habitaban comunmente en los templos ó en cavernas, y como es sabido, interpretaban los oráculos ó la voluntad de los dioses por medio de signos más ó ménos comprensibles y palabras misteriosas. En los momentos de entusiasmo gesticulaban ó se queda-

ban en éxtasis, como si se hallaran poseidas por la más sublime inspiracion, en tanto que proferian voces ó frases, muchas veces sin sentido, pasando con extraña volubilidad de lo cierto á lo dudoso, del pasado al porvenir, de la verdad á la mentira. Cuando la inspiracion ó el éxtasis pasaba no podia acordarse la sibila de nada de cuanto habia dicho ni de las profecías que acababa de hacer.

Venian á ser las sibilas en Grecia, lo que hoy los *mediums* para los sectarios de Hallan Kardec. Las sibilas, los profetas y los espiritistas son, pues, variedades de una misma familia. A los últimos, la iglesia católica los combate; á las primeras las aceptó la misma iglesia, pues San Agustin tradujo unos textos de la sibila de Erithereo en que hablaba de Jesucristo setecientos años antes de su nacimiento; textos declarados auténticos por Constantino en el Cóncilio de Nicea.

Consignado el hecho reservemos nuestra opinion, sin dejar que asome una sonrisa á nuestros lábios, que pudiera hoy ser reputada nuestra sonrisa como un delito.

La sibila de Sámos, Pitágoras, Herodoto, Anacreonte; la preocupacion, la ciencia, la historia, la poesía, riqueza, explendor... ¿qué resta de todo esto?... Una piedra, una gruesa columna sin capitel que perteneció al antiguo templo de Juno. Y de este grandioso templo que medía trescientos cincuenta pies de longitud, ¿qué nos queda? Esa misma columna, esa piedra perdida, un harapo de su antiguo explendor, que olvidado por los hombres se le-

vanta sobre la inculta maleza, luchando con el tiempo para pedir al navegante que pasa á la vista de estas costas, que dedique un recuerdo á su pasada gloria.

Conviértese el hombre en polvo, y de él nos queda sobre su solitaria tumba, una inscripcion. Desaparece una ciudad, enterrada ó destruida por el polvo de los siglos, sobre este polvo brota la maleza y sobre esa maleza se levanta una columna.

Esta columna es el epitafio de una ciudad que fué.

Hemos repasado, si bien ligeramente el ayer de esta isla. De su situacion actual, sólo diremos que es tributaria de Turquía, por más que esta nacion le conceda el derecho de regirse libremente en sus intereses locales.

Pero si es Sámos tributaria del sultan, el nombre de Pitágoras hará que eternamente el arte y la ciencia tributen á esta isla el glorioso recuerdo que supo merecer.

CAPÍTULO XXII.

EL ARCHIPIÉLAGO.

Continuamos nuestra navegacion por el Archipiélago, que más poético cada vez se presenta á nuestros ojos.

Hé aquí la isla de Nicaria. Quien haya leido á lord Byron, recordará su poema *El corsario,* recuerdo que embellece esta isla, que es mision de los poetas añadir nuevos encantos á los encantos de la naturaleza.

Aún en el horizonte se divisan Sámos y Nicaria y como si brotaran de las azuladas ondas del mar, levántanse otras islas en cuyas ásperas rocas forman las olas al estrellarse torrentes de blanca espuma.

¡Pátmos! Segun Estrabon, servia á los romanos de punto de destierro, y aún se conserva la gruta donde dice la tradicion habitó San Juan, deportado á esta isla por Domiciano.

Si navegáramos más cerca del continente, es posible que alcanzara nuestra vista las ruinas de Mileto y la embocadura del Meandro, donde el ejército francés, al mando de Luis VII, consiguió su primera victoria sobre los turcos.

Nos hallamos en un verdadero laberinto de islotes, inhabitados al parecer, cuyas siluetas, al dilatarse, dan á las aguas un color oscuro que se destaca sobre el fondo azul claro, límpido y transparente que ostenta el mar en el centro de esta multitud de canales. Iluminado este bellísimo cuadro por un sol refulgente, cuyos rayos no empañan la más ligera nube en el azúl pálido del firmamento, ni la pluma, ni la paleta alcanzan á describirlo ni pintarlo.

Pero ¡ah! La contemplacion de este espectáculo, aunque llena de poesía, no está exenta de peligros, pues no sin grave riesgo puede navegar en medio de tantos escollos un barco que mide 87 metros de longitud, como la fragata *Arapiles* que nos conduce. Por eso el comandante, ilustrado marino que goza de envidiable reputacion, no se separa del puente un solo instante (1).

(1) D. Ignacio García Tudela, á quien se alude, tiene justo renombre entre los marinos ingleses y norte-americanos. Entre otras ocasiones adquirió esta fama con motivo del huracan que sopló en las Antillas el año 1866. Hallábase en San Thómas, donde se perdieron casi todos los buques fondeados en la bahía. El señor Tudela, no sólo salvó el barco que mandaba, sino que recogió multitud de náufragos. Por este hecho le concedió Dinamarca una condecoracion. Tambien el gobierno español le concedió una cruz. Su nombre es casi desconocido en España. Bien que el señor Tudela ha permanecido ajeno siempre á las luchas políticas.

Pero mientras él vele por nuestra seguridad, podemos sin temor alguno distraernos con los recuerdos que acuden á mi mente (1).

A un lado tenemos la península de Halicarnaso, pátria de Heráclico y de Herodoto: aquí se levantaba el soberbio monumento, una de las siete maravillas del mundo, mandado construir por Artemisa á la memoria de Mausolo. A otro lado vemos la isla de Cos, cuyo canal embocamos.

¡Cos! Ya que no se detenga nuestro barco, hagamos que se detenga un instante la imaginacion. La isla presenta alguna semejanza con Kios: altas montañas, una ciudad pobre, rodeada de viñedos, y una ciudadela que amenaza más bien que defiende la ciudad. Pero no es este bello panorama lo que hace fijar nuestra atencion, porque el panorama casi desaparece ante la mágia de un recuerdo. Cos fué la pátria de Hipócrates.

Este nombre, de todos conocido, es por muy pocos apreciado. Ya que al arte se rinde tan justa veneracion, ¿por qué no hemos de rendir un homenaje á la ciencia? Pocos artistas, pocos filósofos han reportado á la humanidad tan eminentes beneficios como Hipócrates.

Han transcurrido ya veintitres siglos. Los conocimientos humanos en ciencias naturales no ha-

(1) Hace ocho años que se verificó el viaje que vamos narrando, y no habiendo interés de ningun género que nos una con el señor Tudela, bien podemos publicar estas sinceras palabras, sin que se atribuyan á un bajo sentimiento de adulacion, que no cabe en nosotros.

bian adquirido forma: la medicina no existia. Primeramente los enfermos se situaban en las calles para que, al ver los transeuntes sus padecimientos, les indicaran los remedios que hubieran visto emplear en casos análogos. Acudieron más tarde á los templos de Esculapio, donde los remedios les eran indicados por los sacerdotes con el auxilio del dios. Los sacerdotes de todas las religiones han explotado siempre el fanatismo. Por lo demás, la supersticion indicada habrá hoy cambiado de forma; pero no de objeto.

Estos conocimientos, que de una manera rutinaria poseian los sacerdotes del templo de Esculapio, fueron estudiados por Hipócrates, y con su profunda observacion, con asombroso génio, halló en este caos elementos bastantes para cimentar, ó más bien, para crear una ciencia. El sorprendió en cierto modo la naturaleza y la constitucion del hombre, y sentó los principios fundamentales para su estudio. Por más que su dogmatismo haya sido impugnado, por más que existan errores en sus doctrinas, ¿quién puede negarle la gloria de haber sido el fundador de las ciencias naturales?

Las ciencias, lo mismo que las artes, lo mismo que todos los conocimientos, obedecen á ese espíritu de progreso que preside los destinos de la humanidad. Por eso la medicina de hoy se diferencia de la de Hipócrates tanto como se diferencian nuestras complicadas máquinas de imprenta de la modesta prensa de Guttenberg. ¡Cuánta gloria, sin embargo, merecen sus inventores! ¡Cuántos princi-

pios científicos por Hipócrates sentados no han sido rebatidos todavía!

Existe en la plaza de Cos un arbol antiquísimo, á cuya sombra, cuenta la tradicion, daba Hipócrates leccion á sus discípulos... Respetemos la tradicion.

Dícese tambien que la ciudadela que hoy existe ha sido construida con los restos del célebre templo de Esculapio. Ni tiempo ni medios tenemos para estudiar la exactitud de estos datos, que ya la isla de Cos va quedando á nuestra espalda, y debemos recordar, antes que desaparezca en el horizonte, que esta isla disputa á Colophonia y Efesó la gloria de ser pátria de Apeles. Avara de renombre, quiere reunir al mismo tiempo la gloria de la ciencia y los laureles del arte.

Nuevas islas surgen á nuestra derecha: Naxos, donde se rendia culto á Baco; Délos, que, segun la fábula, dió vida á Diana y Apolo; Páros, de cuyas canteras se sacaron los mármoles que inmortalizó el génio de Fidias; y allá, más léjos, Ródas con sus torreones, sus murallas, sus almenadas puertas y con los recuerdos de su historia y su grandeza.

CAPITULO XXIII.

RÓDAS.

La ciudad de Ródas se encuentra construida en suave pendiente en la parte Norte de la isla, que tiene cuarenta leguas de circuito.

¡Rodas! Apartemos por un instante los ojos de sus temibles fortificaciones, que no debemos pisar su recinto sin recordar antes los hechos principales de su gloriosa historia.

Esta isla estuvo habitada desde los más remotos tiempos de la antigüedad.

En ella colocó la fábula el jardin de las Hespérides, que se creyó despues al pié del Atlas, y en las Canarias más tarde. Las islas de Lésbos, Kios, Sámos, Cos, *Ródas,* Chipre y Creta, recibieron el nombre de *Macares* (dichosas). Si esto puede darnos idea de su bellez?, no menor que su belleza fué su importancia.

Tuvo primeramente reyes propios, entre los cuales se contó á Cleóbulo, uno de los siete sábios de Grecia.

Alejandro añadió esta isla al carro triunfante de sus conquistas; pero á su muerte, expulsados los macedonios, conservaron los ródios su independencia hasta los tiempos de Caton de Utica, en que entraron á formar parte del imperio romano.

Por esta época fué célebre la isla de Ródas por su marina, su comercio, su agricultura, sus artes y su riqueza.

A su escuela de elocuencia, fundada por Esquino, acudieron los más insignes oradores de Roma, como Caton, Ciceron, César, Pompeyo y Bruto.

A esta ciudad vino Herodes Ascalonita á solicitar de Augusto la corona de Judea.

Para comprender la grandeza de Ródas, recordaremos sólo que, segun Plinio, encerraba el recinto de la ciudad unas 3.000 estátuas, de las cuales eran 100 de colosal tamaño. Si fué capricho de los ródios llevar á cabo estas construcciones, podremos explicarnos la fama de su célebre Coloso, enorme estátua de metal de más de 100 piés de altura, que representaba la figura del dios Apolo. Segun la tradicion, estaba el Coloso situado á la entrada del puerto, y por debajo de él pasaban todos los buques (1). Esta estátua fué comenzada trescientos

(1) Hoy no es posible determinar el sitio donde estuvo el Coloso. Hay quien sostiene que no fué en el puerto, sino en una plaza de la ciudad.

años antes de Jesucristo, empleándose doce en su construccion.

Medio destruida por un terremoto, fué reedificada por Vespasiano, y encontrándola por tierra los sarracenos al apoderarse de la isla, la vendieron á un judío, que, para aprovechar el metal, dividió la enorme estátua en pequeños trozos, y de este modo el espíritu y la mano de un mercader borraron hasta la huella de una de las siete maravillas del mundo.

Ródas permaneció en poder de los sarracenos hasta principios del siglo XIV, en que vinieron á establecerse en ella los caballeros de San Juan ,expulsados de Palestina, resistiéndose con temerario valor contra los musulmanes por espacio de dos siglos, siendo vencidos al cabo, no se sabe bien si por la traicion de un caballero, ó por el esfuerzo de Soliman II.

Una fabulosa leyenda refiere el hecho de haber dádo muerte Deodat de Gouzon á un espantoso dragon que asolaba la isla. Para explicar el suceso, desprovisto de su carácter fabuloso, basta saber que las culebras han abundado siempre en Ródas, hasta el punto de que los griegos daban á esta isla el nombre de *Ophiusa* (isla de las serpientes). Es posible que á uno de estos animales diera muerte el caballero, tomando orígen de este hecho la leyenda heróica á que hacemos referencia.

Hoy la poblacion de la isla (griega en su mayoría,(es de unos 30.000 habitantes, que viven diseminados en 24 pueblos, residiendo unos 10.000 en la capital.

En la calma de la noche, en tanto que la luna con su luz pálida y misteriosa ilumina débilmente las murallas de la ciudad, hemos evocado los anteriores recuerdos. La mente, con ellos preocupada, tal vez se figura que vé brillar la armadura de un caballero en el alto torreon. Tal vez al escuchar el grito de *alerta*, lanzado por los vigilantes de á bordo, cree oir la voz de los heróicos defensores de Ródas que velan por su seguridad, temiendo que una escuadra turca aproveche las sombras de la noche para dar una sorpresa. Se teme, tal vez por un momento, que un rápido fulgor alumbre esas murallas, el ronco estruendo de un cañonazo retumbe en esos fosos y un pesado proyectil destroce nuestro barco.

¡Delirios nada más! Aquellos caballeros ya no existen: la ciudad yace en silencio dormida ó muerta, y esos cañones permanecerán mudos mientras no se dispute al Sultan el dominio de la isla.

La claridad del dia viene á disipar nuestros ensueños.

Ya podemos bajar á tierra.

Nuestro primer sentimiento es casi de gratitud hácia los turcos, que, no por amor al arte ni á la historia, sino por su natural indolencia, no han reformado nada en esta curiosa ciudad. La encontramos, pues, con el mismo aspecto que tenia en los últimos tiempos de la Edad Media.

Fuertes murallas almenadas, torreones, fosos, contrafosos, puentes levadizos, y despues de una muralla otra, y otras detrás, y atravesando una y

otra puerta, sin que los turcos que las guardan opongan el menor obstáculo, entramos en Ródas, y dentro de la ciudad hallamos nuevas fortificaciones. Muchas de sus calles, estrechas y sombrías, están defendidas por aspilleradas puertas con bóveda de piedra. La calle principal, llamada de los Caballeros, es punto ménos que inexpugnable: sus casas, ya medio ruinosas, dejan adivinar que más que casas eran fortalezas; sus sólidas puertas dan paso á estrechos y largos corredores que terminan en patios oscuros y sombríos; sus fachadas de piedra tienen más aspilleras que ventanas. Más que una calle de casas parece una sucesion de viejos castillos, y para que la comparacion sea más exacta, se encuentran á cada paso escudos de armas labrados en las paredes.

Tan extraño y formidable aspecto infunde al espíritu más tristeza que admiracion, por el silencio y la soledad que le rodea.

Alguno que otro transeunte nos hace conocer que no recorremos una ciudad deshabitada.

¡Y hemos querido encontrar en Ródas el mismo aspecto que debió tener en la Edad Media! Extraño error. Entonces la vida, el movimiento, el ardor de la lucha darian á la ciudad una singular animacion: hoy los castillos sin caballeros, las calles sin soldados, la inaccion, el silencio, la hacen parecer una ciudad muerta.

Entre la ciudad de ayer y la de hoy, existe la misma semejanza que entre el hombre y su cadáver.

Se diria que esta ciudad ha muerto envenenada por los turcos, y es que el álito enervante de la ignorancia envenena cuanto toca.

De la iglesia de San Juan, la casa del Gran Maestre y el hospital de la Orden nada queda; todo fué destruido por una explosion de pólvora hace algunos años.

En el casco de esta ciudad ruinosa viven los turcos y los judíos: á los griegos se les obliga á vivir extramuros.

Sin ver el bazar, que no merece, por lo pobre, que en él fijemos la atencion, y para visitar el barrio griego, salgamos del circuito de estas murallas defensoras un tiempo del honor, y hoy guardadoras de ruinas (1).

El barrio griego nada ofrece de notable: está formado por pequeñas y aseadas casas de moderna construccion, encontrándose algo del movimiento y la vida que faltan en la ciudad turca.

Hé aquí cerca del mar, á la puerta de un café, un espeso emparrado, cuya fresca sombra convida á descansar. Numerosos parroquianos ocupan las mesas aquí colocadas: tomemos asiento entre ellos hasta que nuestro bote llegue, que ya el barco nos espera para conducirnos á Chipre.

(1) El ilustrado oficial de artillería de la Armada, D. Eladio Santos Manso, á quien en uno de mis capítulos anteriores tuve ocasion de citar, tomó datos de estas fortificaciones para incluirlos en la memoria científica que preparaba. Por desgracia, que aún lamentan sus amigos y el Cuerpo en que servia, le sorprendió la muerte ántes de llevar á cabo su propósito.

CAPÍTULO XXIV.

NAVEGACION.

Aprovechando la brisa de la tarde, salimos de Ródas.

Navegamos á la vela, el viento es flojo, pesado el barco y así avanzamos con mucha lentitud, como aquel que no tiene prisa por llegar al punto á que se dirige. Y si es nuestro destino entrar hoy en un puerto para salir mañana, si concluida esta peregrinacion por el Oriente de Europa, hemos de emprender otra por América, ménos bella y más peligrosa, ¿por qué nos hemos de apresurar? Y sin embargo, el navegante anhela siempre que el barco recorra muchas millas, que avance con rapidez, aun cuando no tenga en ello interés alguno. ¿Cual será la razon de tan extraña prisa? Yo me explico de este modo ese instintivo deseo. El movimiento es la vida;

la inaccion, la muerte: desde los astros que giran en su órbita hasta el átomo impalpable que se agita en el espacio, todo se mueve, constituyendo la eterna vida del Universo. En la planta humilde circula la sávia vivificante, y en nosotros mismos sentimos la vida revelarse por el constante latido del corazon. La muerte, ese fenómeno imposible en la vida universal, no es otra cosa en los séres orgánicos que la paralizacion, la inaccion absoluta de sus funciones. Cuando la sávia no circula, decimos que la planta no tiene vida: cuando el corazon no late, cuando la sangre se paraliza, cuando dentro del hombre el movimiento cesa, decimos que el hombre ha muerto, y como el hombre, por lo que llamamos instinto de conservacion, ama la vida, ama el movimiento instintivamente tambien.

Por eso el navegante prefiere á la calma la tormenta, porque la tormenta es una exuberancia de vida, y la calma es una imágen de la muerte. La tormenta es la lucha, y la calma es el hastío. Ha dicho Víctor Hugo (no recuerdo sus frases; pero sí su idea)—todos los tormentos inventados para pintar el infierno, no son tan terribles como un infierno donde el condenado se aburriera.

El sol empieza á ocultarse. Hoy hace un año que por vez primera, allá en las costas de mi pátria, presencié el momento de la salida del sol en el mar, y contemplé extasiado ese bello espectáculo que ofrece el astro del dia cuando brota de las aguas, y como un globo de fuego se eleva lentamente en el espacio. Y hoy miro con melancólica tristeza cómo va

cayendo poco á poco, sepultándose en las aguas, allá por Occidente, por Occidente donde está mi pátria. Aún los séres de mi corazon queridos verán su disco luminoso, y tal vez pensando en el triste navegante, recibirán el beso que en el último rayo les envio.

Pasa la noche en calma, vuelve el sol á levantarse. Bien dijo Espronceda:

«Uniforme, monótomo y cansado
Es sin duda este mundo en que vivimos:
En Oriente de rayos coronado
El sol que vemos hoy, ayer le vimos.»

Pero allá muy léjos, en el horizonte, se distingue una ligera bruma, que diria cualquiera, peró que la vista acostumbrada sabe lo que significa. Si alguna duda cupiera quedaria disipada con esta voz que acabamos de oir.

—Tierra por la amura de babor.

¡Tierra! Mágico nombre que atrae siempre las miradas del marino. Si hoy sabiendo, no con precision, pero sí aproximadamente, el momento en que avistaremos tierra, gracias á las máquinas de vapor, á la construccion de los barcos, á los instrumentos y á la exactitud de nuestras cartas marítimas; si esperando la voz de *Tierra*, esa voz aún nos conmueve, y al oirla pareceque el corazon apresura sus latidos y que el ánimo se esparce, ¡qué emocion tan infinita no agitaria el alma del ilustre genovés, del gran Colon, en aquel supremo instante en que sus fuerzas se agotaban, su espíritu decaia

y al cumplirse el plazo fatal por él mismo señalado, se hundian para siempre su ciencia y sus esperanzas en el profundo abismo de los mares! ¡Qué emocion, decimos, agitaria su pecho al resonar en su oido la voz de *tierra, tierra!* Este grito venia á sancionar las verdades de su ciencia, y al salvar su vida amenazada por los tripulantes de su carabela, salvaba su nombre del olvido y legaba á la posteridad la memoria de su génio gigantesco.

Más que el valor heróico del mártir que demostró Colon en sus adversidades, admiramos nosotros la entereza, la energía de su espíritu, cuanto pudo sufrir sin que su razon se extraviara la profunda cuanto grata impresion que recibiera en este solemne instante de su vida; cuando pudo sofocar el latido del corazon para que no estallara.

No es posible navegar sin que estos y otros recuerdos acudan á la mente.

Hé allí la tierra. Estamos á la vista de la isla de Chipre.

Ocasion tendremos en América de recordar las glorias y las desventuras de Colon. Recordemos ahora el pasado de esta isla, no ménos célebre que las que acabamos de visitar.

CAPÍTULO XXV.

CHIPRE.

Desde los primeros tiempos del mundo fué la isla de Chipre ocupada por los egipcios primero, por los pueblos de Asia despues. Su primera poblacion, Cithio, se supone fundada por Cethim, nieto de Jafet, á lo que debió su nombre esta isla, y con el cual se menciona en las Escrituras.

Sesóstris, Ciro, Alejandro, todos los grandes conquistadores de la antigüedad, visitaron ó conquistaron á Chipre, hasta que cayó en poder de los romanos.

En este sitio, segun la fábula, salió Vénus de las espumas del mar, y de aquí la celebridad de esta isla por el culto que rendia á Vénus y Adónis en sus templos de Páfos y Amathonte. Dice Tácito que la diosa no estaba representada por una figura hu-

mana, sino por una estátua de extraña forma, ancha por su base, y que iba estrechándose hasta concluir á modo de pirámide. Otros historiadores sostienen que Vénus estaba representada por una estátua con los atributos de los dos sexos, y que en el culto que se le rendia, los hombres usaban traje de mujer, y las mujeres de hombre. Sea de esto lo que quiera, sabido es que las costumbres de los habitantes de Chipre eran en extremo disolutas. Pero en cambio de esta triste celebridad, tiene la gloria de haber sido pátria del escultor Pigmalion.

Enclavada en medio de las naciones más civilizadas de la antigüedad, era Chipre el centro del comercio de Grecia, Síria y Egipto, y anhelada su posesion por la riqueza de sus minas de cobre, que fueron cedidas á Heródes por Augusto, á condicion de percibir la mitad de sus productos.

A la caida de Roma, Chipre formó parte del imperio de Oriente, siendo regida por gobernadores enviados de Constantinopla. En la Edad Media sirvió de punto de escala á los cruzados, cayendo en poder de Ricardo Corazon de Leon, á fines del siglo XII. Antes de llegar á Palestina la flota inglesa fué dispersada por una tempestad: algunos barcos, en uno de los cuales iban la hermana y la prometida de Ricardo, naufragaron en las costas de Chipre, y léjos el gobernador de dar hospitalidad á los náufragos, los redujo á prision, apoderándose de los buques y abandonando en la playa á las dos malaventuradas princesas. Al llegar á noticia del rey tan inaudita crueldad, tan incomprensible falta de

galantería, reunió su escuadra, venció á los griegos y se apoderó de la isla, cediéndola primero á los Templarios, y más tarde á Guido de Lusignan para indemnizarle de la pérdida del trono de Jerusalen.

Así han pasado los pueblos de unas manos á otras, de unos á otros poderes, siendo víctimas siempre de la torpeza de sus gobernantes. Esta ha sido y será la suerte de los pueblos esclavos que no saben ser árbitros de sus destinos.

Hemos observado en la Naturaleza el hecho curioso de lo que podria llamarse *degeneracion vital.* Del mismo modo que en la vida de la Naturaleza, lo hemos observado en las razas, y de igual manera lo vemos hoy en las familias.

Los príncipes de la casa de Lusignan gobernaron la isla de Chipre por espacio de tres siglos; pero no se vió libre esta familia de esa eterna ley de la degeneracion, y así llegó á tal extremo la relajacion de las costumbres en sus corrompidos príncipes, que vino á ser el país que ellos regian un constante hervidero de disturbios, cismas, revoluciones y guerras civiles.

Aquí nos vemos forzosamente obligados á hacer una pequeña digresion. Hasta época muy reciente no ha constituido el estudio de la historia una verdadera ciencia, sujeta, como todas, á verdades axiomáticas y á leyes filosóficas. De aquí, que por espacio de mucho tiempo han sido objeto de la historia más bien las biografías de los reyes, que el estudio de la marcha progresiva de la humanidad. Para ciertos historiadores, para ciertos cronistas,

los más trascendentales sucesos no han obedecido á la necesidad de una época, sino al capricho de un hombre, y estudiados los hechos á través de tan reducido prisma, nos han dejado en sus escritos, más bien que la historia de la humanidad, la historia de los tronos. En estas familias hemos estudiado, pues, la degeneracion vital. Si se nos dice que esto no nos autoriza para deducir consecuencias generales por haber vivido siempre las familias régias en muy especiales circunstancias que han favorecido su degeneracion, no discutiremos el asunto. Sea ó no general este fenómeno, lo es en todas las dinastías. Expondremos nuestra opinion sin entretenernos en examinar las razones científicas en que se apoya, porque no están en el índole de estos ligeros apuntes.

Creemos en la degeneracion de las razas y las familias, cuando oportunamente no se verifica la union con otras familias y otras razas, y creemos tambien que las familias reales, por las circunstancias que las rodean, degeneran más pronto que otra alguna.

Consignado este hecho, de todos conocido, lógicamente se comprende que no se exceptuára de la regla la casa de Lusignan, ni la isla de Chipre de las calamidades que estas familias degeneradas traen sobre los pueblos. Vióse libre de ellas en el siglo XV. Catherina Cornaro, hija de un patricio de Venecia, y esposa del rey de Chipre, Jacobo II, despues de la muerte de éste y de su hijo único, cedió su reino al Dux de Venecia, concesion forzosa tal

vez, porque ya la República había tomado posesion de la isla. En poder de los venecianos estuvo por espacio de más de un siglo, hasta que Selim II se apoderó de ella en el siglo XVI. Desde entonces los turcos han ejercido en este desdichado país su opresora tiranía, y si en todas las manifestaciones de la actividad humana se encuentra en el más lamentable atraso, parece que tambien la Naturaleza niega con su sávia su hermosura al suelo para corresponder á la criminal inercia de sus dominadores.

Estamos fondeados en la rada de Larnaca, á gran distancia de tierra. La vista solo alcanza una monótona aridez, interrumpida de trecho en trecho por aisladas palmeras.

Ya en tierra, nada puede hallarse más triste que estas largas y estrechas calles, sin balcones ni ventanas y con escasas puertas. Las casas tienen delante de la fachada pequeños patios, cuyas desnudas paredes forman estas calles. Desde el primer momento una impresion penosa de tristeza ó de disgusto embarga el ánimo. Aquí observamos la misma falta de vida, de animacion y de comercio que ya en otras poblaciones turcas hemos observado. Y, sin embargo, en esta isla, que tiene 500 leguas cuadradas, de sus 100.000 habitantes, solo unos 40.000 son musulmanes. Pero ¡ah! que ya hace tres siglos que se establecieron en Chipre, y en este tiempo se han contagiado los griegos de ese espíritu indolente y estacionario.

Nicosia, capital de la isla, dista seis leguas de Larnaca. Tal vez en Nicosia se manifieste la vida con

mayor actividad; pero es en el sitio en que estamos y no en Nicosia, donde se levantó la antigua Cithio. Donde hoy está Larnaca estuvo, segun se cree, el cementerio de la antigua ciudad. Aquí nació Zenon, fundador de la escuela estóica, y aquí pereció Cimon, hijo de Milciades y discípulo de Arístides.

A poca distancia de Larnaca se eleva el monte Olimpo de Chipre, de 6.600 piés de altura, en cuya cima estuvo el templo de Vénus. Aquí vino Tito á consultar el oráculo, y aquí el antiguo templo de la voluptuosidad lo han convertido los cristianos en iglesia de la Santa Cruz, para lo cual les ha bastado purificarlo préviamente.

Tál es la isla de Chipre; tal la triste poblacion de Larnaca, la antigua Cithio.

A la vista de estas estériles colinas, de estos pueblos abyectos, recordando las licenciosas costumbres de sus antiguos moradores, ha dicho un viajero. «Tal es la ancianidad de un libertino.»

Y sin embargo, el mismo aspecto de desolacion y muerte presenta la isla de Kios, tan célebre en la antigüedad por la pureza de sus costumbres, pureza que llegó hasta el punto de ser entre sus habitantes casi desconocido el adulterio.

La virtud y el vicio en la esclavitud presentan el mismo aspecto.

No es la ancianidad de un libertino lo que contemplamos. La tristeza, la miseria, la desolacion, la ruina que aquí vemos, lo mismo que en Ródas, en Kios y en Lésbos, no son otra cosa que las frias ar-

rugas de la vejez, unidas al abatimiento despreciable de la esclavitud.

Vamos á salir con direccion á Beirut, y ya que no es probable que los azares de la vida nos vuelvan á traer á estos sitios tan llenos de encanto y de poesía por sus grandezas y sus desgracias, no abandonaremos á Chipre sin brindar antes, con una copa de su célebre vino, tan apreciado de los romanos, por la pronta emancipacion de las islas del Archipiélago que hemos visitado, y que gimen aún bajo el poder tiránico del Sultan.

He apurado la copa del vino de Chipre, y acabo de aprender que el pueblo romano era poco inteligente en vinos. Á no ser así no hubiera llegado hasta nosotros la fama de esta especie de jarabe que se llama vino de Chipre. Nuestros modernos vinicultores preparan mejor esta bebida. Si en los festines de Antonio se hubiera probado un vino como nuestro Jerez, seguramente que los poetas latinos hubieran dedicado más de un poema á cantar sus excelencias.

CAPÍTULO XXVI.

BEIRUT.

Con viento flojo y mar tendida salimos de Chipre, empleando cerca de treinta horas en llegar á Beirut, travesía que en mejores condiciones de mar y viento, y á no haber traido la máquina apagada, hubiéramos podido hacer en ménos de doce horas.

Pero hénos ya fondeados en la rada de Beirut.

Sobre una colina, flanqueada por una poderosa vegetacion, se escalona la ciudad en pintoresco anfiteatro, presentando á la vista un agradable y variado conjunto de blancas casas, algunos hermosos edificios, derruidos torreones y melancólicas ruinas. Poblados bosques incultos y deliciosas huertas se ven en primer término, y allá léjos, cerrando el cuadro, las altas cumbres del Líbano, cuya larga cordillera encierra como en un marco este paisaje encantador.

Forzoso es confesar que ninguna de las ciudades que hemos visitado presenta más risueño y variado aspecto. Sobre los bosques de sicomoros, olivos y esbeltas palmeras, se levanta la verde colina que sirve de asiento á la ciudad. Si contemplamos ésta, la vista se pierde en el armónico desórden que ofrecen sus bóvedas ojivas, tejados, azoteas, murallas, torreones y minaretes que forman el más caprichoso conjunto que soñar pudieran los poetas orientales. Se comprende que hayan dicho éstos de Beirut que es una sultana encantadora, que mira al mar reclinada en una verde almohada.

Solo puede servir de perspectiva á un cuadro de tantos vivos colores y ricos matices la blanca y gigantesca cordillera del Líbano (1).

La poblacion de Beirut es tan variada, tan heterogénea como su paisaje: judíos y persas, griegos y latinos, francos y árabes, drusos y maronitas, beduinos y otomanos, viven en esta ciudad, segun los viajeros, mezclados y confundidos. Bueno será, por lo tanto, que antes de bajar á tierra recordemos ligeramente la historia de Síria, para que la imaginacion no se extravíe en este perpétuo carnaval, en esta especie de torre de Babel.

Fué la Síria ocupada por los asirios, los caldeos, los persas, y los macedonios en tiempo de Alejandro. Seléuco fundó el reino de Síria, trescientos años antes de Jesucristo, siendo su último soberano An-

(1) Este nombre se deriva de una raíz griega que significa blanco.

tioco X, destronado por Pompeyo. Formó parte del imperio de Oriente; cayó en el siglo VII en poder de los sarracenos; los cruzados la ocuparon el siglo XII para perderla bien pronto, siendo sometida al Egipto, hasta que en el siglo XIV se apoderaron de ella los turcos. Mahomet Alí la ocupó el año 1833, siendo reconquistada por el Sultan, ayudado por los franceses, los austriacos y los maronitas.

Hoy se divide en cuatro provincias: Trípoli, Acre, Alepo y Damasco, gobernada cada una por un bajá.

En esta tierra, como dice un viajero, campo de batalla de tantos conquistadores, quedaron merodeadores de todos los ejércitos, rezagados de todos los pueblos que la ocuparon, descendientes de todos sus poseedores. Pero tiene, por decirlo así, sus pueblos propios, los drusos y los maronitas, y de ellos vamos á ocuparnos.

Hasta el siglo VII no es fácil encontrar en la historia la existencia de los maronitas. Se cree que este pueblo se fué formando con los proscritos que buscaban en el Líbano un refugio contra la barbarie del ejército de Cosróes. Deben su nombre á su primer patriarca Maron, que ocupó el monasterio fundado en Kanobin por Teodosio el Grande. Hasta fines del siglo X sostuvieron los maronitas frecuentes y encarnizadas luchas con los árabes, protegidos unas veces y abandonados otras por el imperio bizantino. En la época citada, nuevas tribus, procedentes del Egipto, que adoraban como Dios á Hakem, de la estirpe de los Fatimistas, que se hizo

conocer como profeta, invadieron los valles y montañas del Líbano, y no pudiendo los maronitas resistir su empuje, viéronse obligados á cederles parte de su territorio. Este es el orígen de los drusos. Desde entonces viven estos pueblos unidos, sin fusionarse, formando hoy una especie de confederacion, bajo el poder del emir.

En 1840 estos dos pueblos unidos se insurreccionaron contra la tiranía de Mehemet-Alí, aliándose con la Puerta, y por esta alianza, y con la ayuda de Francia y Austria, pudo recobrar Turquía el territorio de Síria.

La religion de los maronitas es la católica, pues reconocen la autoridad del Papa; pero sus sacerdotes, excepto los obispos, pueden contraer matrimonio, y eligen libremente su jefe religioso que lleva el nombre de Patriarca de Antioquía. En esta secta tuvo lugar la terrible matanza de cristianos en 1860.

Los drusos en las montañas y los turcos en Damasco inmolaron gran número de maronitas hasta que el noble Abd-el-Kader, logró sofocar esta revolucion, sostenida secretamente por Hagmé-Pachá, de quien tuve ocasion de ocuparme al visitar los Dardanelos. Por demás complicadas siempre las cuestiones de Oriente, difícil es conocer con exactitud las verdaderas causas que pudieran armar uno contra otro á estos dos pueblos, ligados siempre por intereses comunes. Sin embargo, desde 1840 en que los drusos, despues de levantarse con los maronitas contra el Egipto, los abandonaron en la lu-

cha, son protegidos por Inglaterra, mientras ampararon á los maronitas Francia y Austria. Posible es, por lo tanto, y sin que yo trate de desentrañar la verdad, oscura aún á nuestros ojos, que en las várias colisiones que entre estos dos pueblos han tenido lugar, se hayan ventilado cuestiones europeas más bien que diferencias religiosas.

Nada digno de estudio ofrecen los maronitas fuera de sus prácticas religiosas. Más deben llamar nuestra atencion los drusos, cuyos caprichosos trajes y extrañas costumbres conoceremos bien pronto.

La religion de los drusos podemos decir que es un misterio todavía por las contradicciones que en los autores hallamos al ocuparse de este asunto. Segun Lamartine adoran el becerro de oro, tradicion tal vez conservada de Egipto, de donde proceden, tal vez tomada de los hebreos. Mr. Pedro David, ex-cónsul francés en Oriente, dice de los drusos que son anfibios religiosos que, segun les acomoda, abrazan el cristianismo ó el islamismo, ó conservan su oscura idolatría. El abad Mislin sostiene que adoran á Dios en la encarnacion de Hakem el califa, que murió asesinado y resucitará el dia del juicio para premiar á sus adoradores.

Hasta aquí el testimonio de los viajeros: más adelante expondremos nuestras propias observaciones.

Digamos ahora dos palabras sobre los metualis y los beduinos.

Créese, ignoramos con qué fundamento, que los

metualis proceden de los antiguos sirios. Proscritos se refugiaron en la parte Norte del Líbano y Anti-Líbano, y, aunque musulmanes de la secta de Alí, ódian del mismo modo á los turcos que á los cristianos. Se dedican á cultivar la tierra, y al oficio de bandoleros cuando encuentran ocasion propicia.

El beduino es el árabe errante, el árabe de las montañas y del desierto. El beduino, tan pronto pastor como labrador ó bandido, ama sobre todo su independencia, no trocando los azares y privaciones de su vida aventurera por todos los encantos de la ciudad, cuya atmósfera le asfixiaria. Recorriendo sin cesar las montañas y los desiertos, allí donde le conviene levanta su vivienda con cuatro estacas clavadas en el suelo para deshacerla mañana y continuar su eterna peregrinacion. Sóbrio por naturaleza ó por costumbre, el hijo del desierto llena con muy poco sus necesidades. Unido á su tribu, camina, duerme, cuida sus ganados, caza, se bate ó roba, y de este modo pasa la vida sin que la civilizacion haya podido influir en su ánimo. El compañero inseparable del beduino es su caballo, á quien cuida con especial esmero y á quien profesa más cariño tal vez que á sus propios hijos: á su lado lo tiene cuando come, á su lado en la tienda cuando duerme. El caballo forma parte de su familia.

Los beduinos son musulmanes; pero ni tienen mezquitas ni hacen la peregrinacion á la Meca.

Cada tribu tiene un jeque, autoridad suprema hereditaria; pero electiva á veces cuando el que la desempeña y su hijo son incapaces para el gobierno.

Hé aquí un pueblo semi-salvaje, con más sentido práctico que muchas naciones civilizadas. Aquél, sin acudir al derecho de insurreccion, cambia sus jefes cuando quedan incapacitados; éstas entregan incondicionalmente en manos de una familia el monopolio de la suprema autoridad, monopolio que siempre ha sido gérmen de profundas discordias y sangrientas revoluciones.

Ya que rápidamente hemos estudiado con la historia de Siria, la religion ó las costumbres de las distintas sectas ó pueblos que hemos de encontrar en Beirut, repasemos tambien la historia de esta ciudad, que es la antigua Berite. Creen algunos que primitivamente se llamó Geric, siendo su fundador Girgasi, hijo de Canaam. Fué en la antigüedad una colonia de Sidon, y más tarde posesion romana, en tiempo de Augusto. Por esta época Herodes Ascalonita, que ya habia dado muerte á su mujer, descendiente de la ilustre familia de los Macabeos, convocó en Berite una asamblea para condenar á muerte á sus dos hijos Alejandro y Aristóbulo, acusados de guardar rencor á su padre. Fueron sentenciados sin ser oidos, y la misma suerte cupo tambien al cabo de algun tiempo á su tercer hijo, Antípater, que habia contribuido á la desgracia de sus hermanos.

Tal fué el grado de explendor y cultura que alcanzó esta ciudad, y tal la fama de su célebre escuela de Derecho, que fué llamada por Justiniano *madre y nodriza de la ley.*

Balduino I se epoderó de Beirut, conquistándola Saladino en 1187. Poco despues se apoderaron de

ella los cruzados, libertando á los prisioneros cristianos. Cayó luego en poder de los drusos, siendo la residencia de su célebre emir Fakreddin, pasando más tarde á poder de los turcos. Fué ocupada por las tropas de Mehemet-Alí y reconquistada por el Sultan en 1840, como toda la Siria.

No debemos ocuparnos de las absurdas leyendas ó fábulas religiosas que se refieren á esta ciudad, como el Dragon de San Jorge y el Cristo milagroso, de que habla San Atanasio, porque en nada se diferencia estas preocupaciones de otras muchas que llenan las anales del Catolicismo.

Créese que Jesucristo llegó hasta las puertas de esta ciudad.

Presentes estos recuerdos, bajemos á tierra y nos veremos confundidos entre esa abigarrada multitud que espera nuestra llegada.

En los demás puertos de Turquía se nos ha recibido con indiferencia. Aquí la gente se agolpa á los muelles para recibirnos, presentando un conjunto extraño por la diversidad de trajes. Vénse jaiques, que fueron blancos, blusas rayadas, gorros griegos y turcos, turbantes y fajas de varios colores... un verdadero grupo carnavalesco. A nuestros oidos llegan voces guturales, gritos descompasados; pero en esta algarabía percibimos el anticuado español que hablan los judíos.

Uno de estos tomamos por cicerone: subimos la desigual y resbaladiza escalera que da acceso á la ciudad, y atravesando la abovedada puerta, entramos en Beirut.

Ha dicho un viajero que las ciudades turcas se parecen á esas decoraciones de teatro, que deslumbran desde el salon, y que vistas de cerca desencantan.

Y, en efecto, cuando se contempla el bellísimo panorama que ofrecen estas ciudades con sus casas caprichosamente escalonadas en la suave pendiente de una frondosa colina, sus esbeltos alminares, rompiendo con una línea blanca en el trasparente espacio el azul purísimo del firmamento, y este cuadro armónico reflejándose en el cristalino espejo de las azuladas ondas; cuando despues de admirar tanta poesía penetramos en una ciudad que sólo presenta á nuestros ojos calles estrechas, tortuosas y sombrías, vetustas casas, y se convierte en lobreguez aquella blancura que vimos, la luz en oscuridad, en prosa la poesía, llegamos á creer que nos dejamos deslumbrar por una verdadera ilusion óptica, y dudamos del testimonio de nuestros sentidos. Lo mismo en el Polo que en el Ecuador, donde la luz es muy viva, en el Ecuador por su propia intensidad, en el Polo por el reflejo sobre la nieve, se padecen estas ilusiones ópticas. Muchas veces cree ver el viajero hermosas ciudades donde hallará término su fatigosa peregrinacion, ó bien oasis seductores con frescos manantiales y verdes palmeras que le brindan al descanso. Pero esas ciudades desaparecen, el oasis se disipa, y sólo queda la aridez del desierto, y siente el desdichado viajero la desesperacion de la soledad.

Así nosotros dudamos muchas veces si ha sido

realidad el espectáculo que contemplamos, ó si la intensidad de la luz nos ha hecho ver en el espacio el reflejo de ciudades, tal-vez muy distantes de nosotros.

Si el panorama que Beirut ofrece, visto desde la rada, es tal-vez el más bello que en Oriente hemos contemplado, las calles de esta ciudad son tambien las más lóbregas y súcias que hemos recorrido. Ofrece, sin embargo, la particularidad, y en ésto se diferencia de otros pueblos turcos, de que el viajero encuentra por todas partes en sus tortuosas calles y estrechas plazas una constante animacion, un movimiento, una vida que causa extrañeza al que está acostumbrado al silencio y la inaccion de las poblaciones orientales.

No faltan, seguramente, perezosos turcos que caminan con lentitud ó estorban el paso, sentados delante de las puertas, fumando la pipa ó el narguillée; pero debemos separar de ellos la atencion, dejándolos en su eterna soñolencia, para fijarnos en otros tipos que nos ofrecen más novedad é interés.

Mientras hemos recorrido las numerosas y estrechas calles que conducen desde el muelle á la anchurosa plaza de *Los Cañones*, plaza que forma un extenso y desigual perímetro rodeado de edificios europeos, residencia de los cónsules, hallamos algunas mujeres drusas, cuyo extraño y pintoresco traje sorprende al europeo. Pero no es precisamente el traje, parecido al de las musulmanas, lo que hace fijar nuestra atencion, sino el singular adorno que llevan en la cabeza. Consiste este extraordinario

adorno en un tubo de metal blanco ó dorado, de un pié de longitud próximamente, y pulgada y media de diámetro en su base, que vá estrechándose á manera de embudo, é inclinándose hácia adelante cerca de la punta, especie de cuerno que en la parte superior de la cabeza y en sentido vertical llevan estas mujeres.

Este incómodo adminículo va sujeto con correas, y de él penden dos bolitas de metal, sujetas á unas cadenillas que llegan hasta la cintura. En lo alto del tubo va sujeta la punta de un espeso velo, que, cayendo por la parte anterior del cuerpo, cubre por completo el rostro. Mujeres ataviadas con colgaduras; ¿puede darse adorno más extraño? Pero hemos visto en Europa modas tan singulares, en los peinados sobre todo, que casi, casi no tenemos derecho para ridiculizar estas costumbres.

Involuntariamente recordábamos aquel epígrama, que por olvidado, cuando es hoy tan oportuno, hemos de reproducir:

—«Yo ví en París un peinado
de tanta sublimidad,
que llegó á hacer vecindad
con el ala de un tejado.
Dos gatos que allí reñian,
luego que el peinado vieron,
á reñir sobre él se fueron
y abajo no lo sentian.»

El orígen de esta costumbre proviene indudablemente de tiempos del paganismo; á juzgar por algunas medallas antiguas que representan una

diosa con uno de estos adornos en la cabeza, con la siguiente inscripcion: *Venus Libanensis*. Sabido es tambien que en la antigüedad el cuerno era símbolo de la abundancia y la soberanía. Por esto, tal vez, usan tambien el cuerno las señoras de alta alcurnia entre los maronitas. Pero á bien que los cuernos de que vamos hablando, son dorados, por lo general, y cuernos de esta clase... Dejémos en el tintero el final de la frase, que pudiera resultar inconveniente epígrama, tanto más, cuanto que solo las mujeres casadas llevan este singular atavío. Las doncellas usan una diadema de medallones de la cual penden graciosamente hasta los hombros sartas de monedas de plata ú oro. Adorno es éste más gracioso y *positivo* que el incómodo cuerno de las casadas.

Las musulmanas van en Beirut completamente cubiertas, y casi pudiéramos decir herméticamente tapadas. Además del anchuroso manto que las envuelve y llega hasta los piés en largos pliegues, cúbrense el rostro con una gasa ó tela oscura, sujeta en la frente, á modo de careta.

Dice Mislin que bajo este traje llevan las turcas gruesas trenzas de cabellos adornadas con cequíes, vestido bordado y abierto por el pecho, pantalones de seda, faja de subidos colores y botitas encarnadas y amarillas. Ignoramos cómo habrá podido el reverendo abad enterarse tan minuciosamente de estos detalles, pues nadie ignora que es muy difícil ó imposible ver á estas mujeres en sus hogares, no solo para los europeos, sino para los musulmanes,

no siendo de la misma familia. Pero sabido se lo tendrá el abad cuando lo afirma, y debemos creerlo, que estos señores tienen medios que nosotros no conocemos, para conseguir cuanto desean.

Las cristianas, excepcion hecha de las mujeres de los francos (1), se cubren tambien el rostro, siguiendo de este modo los adoradores de Cristo un precepto del Koram. Tal es la fuerza de las costumbres y de la moda.

He llegado á sospechar que las mujeres de Beirut no deben ser hermosas, cuando tal empeño ponen en no dejar que se vislumbre siquiera el color de su semblante. Así como un naturalista reconstruye un animal, digámoslo así, por el exámen de un hueso, podemos nosotros adivinar la hermosura ó la gracia de una mujer si observamos un detalle. En estas mujeres hemos podido ver solamente su mal gusto en el vestir, poco donaire en su perezosa manera de andar, y unas manos ni blancas ni pequeñas, y estas observaciones nos autorizan á formar muy pobre idea de sus encantos.

En nuestra excursion por las calles de Beirut hemos encontrado beduinos conduciendo largas récuas de camellos, y hemos visto á los drusos con su pintoresco traje compuesto de turbante, calzon rojo y blusa listada de blanco y negro, sin mangas, sobre una túnica sujeta por un cinturon, del cual penden el puñal y las pistolas.

He procurado tomar informes respeto á las creen-

(1) En Turquía llevan el nombre de *francos* todos los europeos, sea cualquiera su nacion.

cias religiosas de los drusos, y sólo he podido saber que se los cree mahometanos; pero sin determinar si siguen la secta de Alí ó de Omar, que no acuden á las mezquitas, que conservan el Koram y respetan el nombre de Jesucristo, y sus ceremonias religiosas tienen lugar en reuniones secretas. En cuanto á sus costumbres puedo decir que son hospitalarios en sus montañas, fundándome en dos hechos para sostener este aserto: los griegos que emigraron durante la guerra de la independencia de su país, encontraron en los drusos noble y franca hospitalidad; los primeros misioneros protestantes que se establecieron en el Líbano, perseguidos y maltratados por los cristianos maronitas que llegaron á negarles hasta los más precisos alimentos, hubieran sucumbido tal vez á fuerza de miseria y privaciones, si no hubieran acudido los drusos en su socorro. Forman familia con una sola mujer, son fuertes y valerosos, y por su carácter, sus costumbres y su religion, no bien definida, vemos que han tomado de los musulmanes y de los cristianos, con quienes están en contacto, diversas prácticas y creencias. Los drusos vienen á ser un término medio entre estos dos pueblos, y viven, por decirlo así, en una especie de eclecticismo político, social y religioso que les permite conservar sus relaciones con los pueblos que les rodean, sin perder su carácter propio y la independencia de su raza.

Nada encontramos en las calles de Beirut que digno de mencion sea, fuera de la plaza de Los Cañones, ya citada. Esta plaza, de superficie inclinada

y desigual, tiene dos cafés y algunos hermosos edificios, y es lo único que dentro de esta ciudad puede recordarnos á Europa.

El bazar ocupa algunas calles estrechas que rodean una pequeña y oscura plazoleta, y aunque no es tan extenso ni tan característico como el de Smirna, ofrece mucha animacion y tráfico. Para que esto no nos sorprenda, basta tener presente que es Beirut el único puerto de la Síria, pues los puertos que no fueron cegados por Fakreddin lo han sido por las arenas que el tiempo ha ido depositando, sin que los indolentes turcos hayan procurado poner remedio, como ha sucedido con Tiro, Sidon y otros. De aquí que Beirut es el único puerto por donde se hace el comercio de Damasco y de toda la Síria.

Por una cantidad relativamente insignificante, pude adquirir en el bazar esos tapices, esas telas de caprichosos bordados, que tan alto precio alcanzan en los mercados de Europa.

En las cercanías de la ciudad se encuentra un extenso bosque de pinos, donde acampó el ejército francés que en 1860 acudió al socorro de los maronitas. Este bosque, segun Lamartine y Wolney, fué plantado por Fakreddin, opinion que no puede ser exacta, pues en escritos del siglo XII se hace referencia á un bosque de pinos que, partiendo de Beirut, se extiende hasta la falda del Líbano.

La poblacion de Beirut es de unos 40.000 habitantes, de los cuales 12.000 próximamente son musulmanes, perteneciendo el resto á los distintos pueblos que hemos mencionado.

Cinco dias permanecimos en Beirut, y cuando cansados de recorrer sus calles, aturdidos por los gritos de los vocingleros hijos de las montañas, abrumados por el calor, buscábamos el sosiego y la frescura, pretendimos hallarlos á la sombra del bosque de los pinos. Vana esperanza. Las acémilas de los montañeses, los camellos de los beduinos, algunas diligencias que recorren el camino de Damasco, levantan un polvo tan espeso en los descuidados alrededores de la ciudad, que el viajero se asfixia y tiene que renunciar á la belleza del paisaje y á la calma que buscaba.

El sol va á ocultarse. Contemplamos por última vez el panorama del Líbano.

Cuando abandonamos un sitio que no hemos de volver á visitar, cuando perdemos de vista un paisaje que, por su hermosura ó por los recuerdos que despierta, ha logrado impresionarnos por un momento, una tristeza extraña se apodera del ánimo. Todas las facultades del alma acuden á los ojos, como si quisiéramos fotografiar, grabar en nuestro cerebro con caractéres indelebles cuantos objetos tenemos á la vista, para que nunca su recuerdo pueda borrarse de la memoria.

Así contemplamos con afan esa larga cordillera del Líbano, con sus blancas cimas perdiéndose en el cielo, sus mesetas, sus cáuces y sus laderas pobladas de olivos, palmeras, sicomoros y sus cedros de eterno renombre, de donde se sacaron las maderas para construir en Jerusalen el célebre templo de Salomon,

La noche extiende su manto tachonado de estrellas, cuya luz reverbera en las tranquilas aguas. El barco se pone en movimiento. Ya no volveré á contemplar este paisaje encantador donde se complació la naturaleza en verter todas sus galas. Pequeños pueblos y caseríos que coronais los montes del Líbano, metualis y beduinos, drusos y maronitas, griegos y turcos, mujeres enmascaradas que habeis pasado junto á mí como fantasmas de un sueño; si habeis fijado un instante la atencion en el viajero para olvidarlo despues, este guardará siempre en un rincon de su memoria vuestro recuerdo, con el recuerdo de sus impresiones.

CAPÍTULO XXVII.

LA PALESTINA.—JAFFA.

Salimos de Beirut con direccion á Jaffa.

Cierro en este punto mi DIARIO DE VIAJES, que casi textualmente he copiado hasta aquí.

En estos ligeros apuntes nos hemos propuesto describir imparcialmente cuanto de bueno y malo hayamos podido ver en Turquía, y la Palestina forma capítulo aparte. En Palestina, más que las costumbres turcas, han sido las costumbres religiosas de los cristianos lo que ha llamado nuestra atencion.

He visto en mis viajes muchos sueños desvanecidos, he sentido el alma presa del desencanto; pero al llegar á Palestina, al hollar con mi planta ese bendito suelo regado con la sangre del sublime Már-

tir del Gólgota, al pisar esa tierra, cuna sagrada de la grandiosa y sacrosanta revolucion que vino á cambiar la marcha y los destinos de la humanidad, no podia presentir mi espíritu que le esperaba allí la más horrible de las decepciones.

¿Dónde, dónde están los discípulos de Jesus? ¿Qué habeis hecho de su doctrina? ¡Ah! no busqueis en Jerusalen ni los restos siquiera de aquella idea salvadora que predicó el Galileo y que regó con su sangre para darle eterna vida.

Católicos, protestantes, griegos, maronitas, armenios, coptos y abisinios, viven reunidos en Palestina y dedicados con sus infinitas y sempiternas discordias á rasgar en girones el manto del cristianismo.

Todas las pasiones, todos los ódios y miserias de secta y raza, se encuentran allí reunidos: ódios, pasiones y miserias que al pensador, al filósofo y á todo corazon recto que no se encuentre dominado por el espíritu de la intransigencia, no pueden inspirarle otra cosa que la indignacion ó el desprecio.

Dejemos, pues, la Palestina, dejemos las cuestiones religiosas para que de ellas sigan ocupándose los que se complacen por ignorancia ó mala fé en involucrarlo todo, sosteniendo ó explotando la supersticion y el fanatismo, y continuemos el derrotero de nuestro viaje.

. . . .

. . . .

Seis dias hemos permanecido fondeados en Jaffa. Esta ciudad tenida por una de las más antiguas del

mundo, créese que existia ya ántes del diluvio, y hasta la tradicion se conserva de que fué en ella, ó en sus cercanías, donde Noé construyó su arca salvadora. Debe su nombre á Japhet, hijo de Noé, que la reedificó.

A este puerto arribaron las naves cargadas con los cedros del Líbano para la construccion del templo de Salomon.

Esta ciudad destruida en parte por Vespasiano, despues del reinado de Constantino se erigió en obispado, que conservó hasta la invasion de los árabes en el siglo VII. Durante las cruzadas fué tomada por Ricardo Corazon de Leon.

Jaffa se levanta sobre una árida colina, escalonándose en áspera pendiente. Es la ciudad más triste y sombría que hemos visitado. Sus calles son estrechas, y tan tortuosas que la vista pocas veces alcanza más allá de diez ó doce metros, por impedírselo los recodos que á cada paso se encuentran. Por todas partes se hallan escaleras terrosas y resbaladizas y oscuros callejones abovedados. Su poblacion es de unos 6.000 habitantes, de los cuales las dos terceras partes son musulmanes, y el resto latinos, griegos, hebreos, y algunos maronitas y protestantes.

Jaffa es el puerto á donde arriban los peregrinos que vienen á la Tierra Santa. Si ya el aspecto de la ciudad predispone á impresiones desfavorables, seguramente que éstas irán en aumento recorriendo la Palestina para el que las cosas juzgue con el criterio imparcial y sereno de la razon y la justicia.

Y bueno será consignar que una de las naciones que por más católicas se tienen, la nacion donde más ha imperado la intransigencia religiosa, España, tiene cónsul en Jaffa, y este cónsul es hebreo (1). ¡Extraño contraste!

---

(1) Ignoro si en la actualidad será así. Esta cita hace referencia á la época en que se realizó nuestro viaje.

CAPITULO XXVIII.

PUERTO-SAID.—LLEGADA Á ALEJANDRIA.—PELIGRO DE UNA VARADA.

A las cinco de la tarde comenzamos á levar. A las siete y media se dió avante y á las diez de la noche perdimos de vista la farola de Jaffa.

Pasa en calma la noche, amanece de buen cariz con viento bonancible del O. y mar tendida.

A las dos de la tarde distinguimos la torre donde se enciende el faro de Puerto-Said, gobernamos en su demanda, y á las cinco damos fondo fuera del puerto.

No he podido visitar el Canal, pues hemos fondeado á bastante distancia y vamos á salir muy pronto con rumbo á Alejandría. Pero á bien que esta obra gigante que ha de inmortalizar el nombre de Mr. de Lesseps es de todos tan conocida que no necesita nuevas descripciones.

A uno y otro lado de la embocadura del Canal

encuéntrase construida la poblacion de Puerto-Said, que de dia en dia vá tomando incremento.

El Canal de Suez y el cable trasatlántico constituyen dos glorias del siglo XIX. En otra ocasion creo haberme ocupado de este asunto. Las obras del génio humano, llevan el sello del siglo en que se construyeron y sintetizan no solo el gusto, sino las aspiraciones de una época. Las pirámides egipcias son el emblema de la fuerza y la soberbia de los Faraones; los templos griegos nos revelan la aspiracion á la belleza; los circos romanos nos muestran un pueblo pujante y poderoso; las catedrales de la Edad Media un misticismo fanático empeñado en encarnar en las obras de la religion católica la poética belleza del paganismo; y en las obras de la época en que vivimos encontramos el ideal de la belleza artística y la grandeza científica, puestos á servicio de la humanidad. Así por medio del cable se trasmite la palabra, el pensamiento humano de uno á otro continente, y la idea que brota en el cerebro de un hombre, traducida ó reproducida en signos vá de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, recorriendo el mundo con la rapidez de la chispa eléctrica.

Y así tambien el hombre de este siglo á través de la tierra hace comunicar unos mares con otros y como primer ensayo abre el Istmo de Suez y estudia otra obra mas gigantesca, la apertura de Istmo de Panamá por donde comunicarán las olas de los dos grandes Océanos. Y como si esto no bastara, despues de horadar con túneles las más duras montañas lanzará sus rápidas locomotoras por debajo de

las aguas (1), que si el telégrafo lleva en sus hilos el pensamiento, el vapor conduce los productos del trabajo. Y de este modo la actividad humana tanto intelectual como material tiene medios de comunicacion y de movimiento que centuplican la vida.

Dejamos la embocadura del Canal á la una de la tarde. A las cinco avistamos la farola del cabo Kana-Burum, y á las nueve de la noche nos hallamos norte-sur con la farola de Damieta.

Amanece otro dia con viento flojo del N. O. y marejadilla. Avistamos á la una la farola de Alejandría, y á las cuatro de la tarde, con el práctico á bordo gobernamos á tomar la entrada del puerto. Una boya que hemos de dejar por la banda de babor nos indica un bajo...

Acabamos de sentir á popa un ruido extraño bajo nuestros piés, como si el barco se abriera, acompañado de un fuerte movimiento de trepidacion. Los que nos hallábamos en la cámara nos precipitamos á cubierta. No ocurria novedad. El práctico, tal vez poco acostumbrado á gobernar con buques de la magnitud del nuestro, no dispuso á tiempo la virada y la popa de la *Arapiles* ha tocado, ha rascado el bajo. El choque ha sido tan insignificante que los que estaban á proa casi no se han apercibido. Sin

(1) Sabido es que á la hora presente han comenzado las obras para la construccion del túnel sub-marino que ha de unir á Francia con Inglaterra, y se piensa en otro que atravesando el estrecho de Gibraltar unirá el continente de Europa con el de Africa. España debia pensar en esto con interés porque en esa obra magna está su porvenir, sobre todo si un dia se realizara el pensamiento del mar central del Africa. De todos modos esta obra tiene una grandísima importancia.

embargo á popa se ha notado perfectamente. La impresion que produce una varada ó un choque de esta índole, es imposible explicarla ni puede comprenderla quien no la haya sentido. El que sube á un volcan siente bajo sus piés el calor del fuego subterráneo, la tierra se extremece, témese que la montaña se abra, tal vez el terror se apodera del ánimo; pero el hombre se encuentra apercibido, sabe de antemano las emociones que le esperan. El que navega por un mar tranquilo, en un buque de buenas condiciones, aunque cuente con todos los peligros á que la navegacion expone, tiene una relativa confianza, y de pronto, sin señal alguna que le prepare, el acompasado balance se altera, el golpe de la hélice se suspende, á un movimiento y un ruido sustituyen de repente otro ruido y otro movimiento; al balance la trepidacion, al golpe de la máquina ese pavoroso crujido que partiendo de la quilla se esparce por el buque y crispa los nérvios del navegante. Todo á bordo pierde su posicion y su equilibrio; el barco parece que se desencuaderna y se abre; las tablas que nos sustentan se extremecen tambien, nos falta el punto de apoyo. En la tormenta los peligros pueden ser inminentes, pero no nos sorprenden, los esperamos y estamos dispuestos para la lucha. En la varada todo es imprevisto; parece que á la vez nos amenaza un terremoto y un naufragio.

En la ocasion presente, por fortuna, el peligro pasó, no hizo más que amenazarnos, y el suceso no tuvo la importancia que temimos los que nos apercibimos del choque. Fondeamos por fin.

CAPÍTULO XXIX.

EGIPTO.—ALEJANDRÍA.

Dos dias no más nos detuvimos en Alejandría. No podemos internarnos en Egipto para visitar las Pirámides; pero ya que pisamos otra vez este abrasado suelo del Africa, ya que en Egipto nos encontramos, siquiera sea por breves horas, recordemos á grandes rasgos su pasado, ya que no nos sea posible juzgar de su presente por nosotros mismos.

Las primeras noticias que se tienen de los egipcios se refieren á unos 150 años despues del Diluvio. Divididos en pequeños estados formaron luego un solo reino que llegó á ser grande y poderoso bajo el dominio de Sesóstris. Sabido es el grado de explendor á que llegó el Egipto, sus progresos en las artes y las ciencias, y los colosales monumentos, que, como las Pirámides, una de las siete maravillas del mundo, legó para asombro de las generaciones.

Conocida es tambien la historia de los israelitas. Los doce hijos de Jacob se establecieron en Egipto, siendo libertados 350 años más tarde por Moisés del yugo que los oprimia.

Más de 1.600 años conservó el Egipto su independencia, y despues de caer en manos de los persas llegó á ser posesion romana. El año 640 de nuestra era fué ocupado por los sarracenos y en 969 fué conquistado por los Soldanes de la familia de los Fatimistas.

En 1171 se apoderó Saladino de este país, que conservaron sus sucesores hasta 1250, en que la milicia de los mamelucos colocó en el trono á uno de sus jefes. En 1517 cayó en poder de los turcos. Napoleon I se apoderó en 1796 del Egipto, y en 1801 volvió al imperio otomano, que instituyó virey á Mehemet Alí, el cual despues de destruir á los mamelucos hizo del Egipto un vireinato casi independiente.

Divídese el país en Bajo Egipto, capital Alejandría, Egipto Medio, que comprende el Cáiro, capital de la nacion, y Alto Egipto ó Tebáida.

El único rio que riega este suelo que comprende una extension de más de 20.000 leguas cuadradas, es el Nilo, célebre por sus inundaciones periódicas, que, á pesar de los estragos que causar puedan, constituyen una fuente de riqueza para el país, que por este medio natural y primitivo encuentra regadas inmensas comarcas.

Aún queda de los antiguos egipcios la raza de los coptos.

La historia particular de Alejandría es tambien de gran importancia. Fué esta ciudad fundada por Alejandro el año 331 antes de Jesucristo, y se levantó sobre el emplazamiento de un antiguo y pequeño pueblo llamado Racótis. Al partir para la Tebáida el gran conquistador, dejó las órdenes oportunas para la construccion de una ciudad que llevó á cabo el arquitecto Dinocrato, y ejecutáronse con tal rapidez las obras, que cuando el célebre Macedonio volvió de la Tebáida halló una hermosa ciudad en el sitio donde habia dejado un pequeño pueblo.

No tardó Alejandría en llegar á un alto grado de explendor. Con razon fué llamada madre de las ciencias, y en su ilustre escuela brillaron los Arquímides, Aristóteles y Ptolomeos. En ella fué, y esta noticia es poco conocida cuando no la refiere ningun viajero, donde se practicaron los primeros estudios de Anatomía con la diseccion de monos y otros cuadrumanos cuya constitucion física tiene algun parecido con la del hombre.

Contaba esta ciudad en tiempo de Augusto 300.000 habitantes libres y 600.000 esclavos, y perdió su explendor y su grandeza, y hasta los recuerdos de su ciencia, en la época de la invasion de Omar. Por mucho tiempo conservó su importancia comercial, pues era, por decirlo así, la llave de las Indias; pero la torpe administracion de los turcos por una parte, y por otra el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, completaron su ruina.

La navegacion de vapor devolvió á Alejandría su importancia, recuperando su riqueza, y por espacio

de algun tiempo ha disfrutado del movimiento y la vida de una ciudad de primer órden. Algo le queda hoy, pero la apertura del Canal de Suez que va creándo nuevas poblaciones ha de perjudicar á Alejandría. No ha sido vano para esta ciudad su trato contínuo con los más civilizados pueblos de Europa. Alejandría hoy es en una gran parte una ciudad completamente europea, con calles rectas, anchurosas, casas de gusto moderno, cafés, teatros y establecimientos lujosos. Sus calles principales están adoquinadas, y otras muchas, cuyo piso es terroso, se están empedrando á toda prisa.

Si es cierto que como medios de locomocion dan los naturales la preferencia á los borriquillos que desarrapados muchachos ofrecen al transeunte, lo que se complacen en referir los viajeros, tambien es cierto, y esto no lo dicen, que sus calles principales se ven constantemente recorridas por numerosos carruajes.

El suntuoso harem para cuando el virey reside en Alejandría, y muchos hermosos palacios habitados por los cónsules, son magníficas construcciones modernas, dignas del más culto pueblo de Europa.

Tal es el centro de la ciudad. El resto diferénciase poco de los pueblos turcos; pero sí se observa en sus moradores mayor atencion para con los extranjeros y mayor cultura.

Aquí he tenido ocasion de observar una curiosa costumbre conservada en todos los pueblos orientales, y que he de referir tal como la presencié. Un árabe de atezado rostro y pronunciadas facciones,

más bien que vestido, envuelto en harapos, está sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Un numerosísimo corro se forma alrededor suyo, y con voz lenta, monótona, siempre en el mismo tono, habla, sin interrupcion, por espacio de una ó dos horas, segun me aseguran. Es que refiere una de esos interminables y fantásticos cuentos árabes. Cuando el cansancio le rinde suspende su relacion que reanuda al siguiente dia en el mismo sitio y á la misma hora. Los oyentes recompensan su trabajo ó pagan la distraccion que les proporciona con algunas monedas de cobre, y aunque hay quien asegura que éstos, que podemos llamar novelistas errantes, recojen abundante colecta, á juzgar por lo que ví, ni la colecta era abundante ni el traje del narrador acusaba holgura ni bienestar. Excuso decir que no entendiendo una palabra de lo que oia, y molestándome el monótono acento del trashumante orador—novelista de callejuela—me detuve en el corro breve rato. Sospecho sí, que debia ser en extremo interesante su historia, cuento ó leyenda, á juzgar por la profunda atencion y religioso respeto de sus oyentes.

Dos monumentos notables se ven en Alejandría: la *Columna de Pompeyo* y la *Aguja de Cleopatra*. Esta de 21 metros de altura por dos y medio de base, de figura piramidal, es construccion romana y fué elevada por Cleopatra en el templo de César.

La *Columna de Pompeyo* es aún objeto de las discusiones de los sábios, pues su orígen se refiere á distintas épocas. Parece probado que constituia

el principal adorno del templo consagrado á Serápis, y se cree asimismo que fué construida por Dinocrato, á la vuelta de Alejandro de su expedicion al Alto Egipto. Mr. Leake (de la sociedad real de Lóndres) asegura que carece de fundamento la version que atribuye esta obra á un Pompeyo, gobernador del Bajo Egipto. Su estilo es corintio, su altura es de 114 piés franceses, y su circunferencia de 28. Haciéndose izar por medio de cuerdas, puede subirse á la cima, y en ella dícese que caben cómodamente catorce personas.

Poco tiempo hace descubriéronse unas catacumbas, cuya antigüedad es aún desconocida y que no pudimos visitar.

Muéstrase tambien al curioso viajero un espacio socavado por las aguas, que recibe impropiamente el nombre de *Baño de Cleopatra*. Creése que en este sitio se depositaban los cadáveres para ser lavados antes de su inhumacion, y posible es que con este objeto fuera conducido aquí el cadáver de la hermosa reina.

Cerca de la ciudad hay un hermoso paseo construido en la orilla de un canal que comunica con uno de los brazos del Nilo.

Poco he podido juzgar de las costumbres peculiares de este pueblo en mi rápido paseo por Alejandría. Sí consignaré con gusto que despues de recorrer la Turquía, produce agradable impresion el mayor grado de cultura, de civilizacion y de progreso que alcanza el Egipto.

He tenido la costumbre, creo haberlo dicho otra

vez, de recorrer solo las ciudades que visito. Hícelo así en Alejandría y sorprendióme la hora de regresar á bordo, perdido en un laberinto de calles de donde no acertaba á salir. La noche avanzaba y al amanecer habíamos de salir del puerto. Cuanto más queria orientarme, más y más me extraviaba. Por fin acerté á pasar por delante de un cuerpo de guardia; el oficial hallábase sentado á la puerta; dirigíme á él, que me recibió levantándose y saludándome con la mayor cortesía; le supliqué en francés que me indicara el camino para llegar al muelle, y aunque por señas me contestó que no entendía mi lenguaje, comprendió por mi actitud el favor que le pedia, y dió, segun comprendí, órden á un soldado para que me acompañára, indicándome que le siguiera. Procuré por señas tambien manifestarle mi gratitud y llegué al muelle en pos de mi silencioso guía.

Las mujeres de esta ciudad cúbrense el rostro como todas las mahometanas; pero el paño que oculta la parte inferior de la cara en vez de llegar hasta el pecho y ser de corte cuadrado, llega hasta las rodillas y termina en punta, en forma de triángulo. Este paño, por medio de una caña, se sujeta al manto que cubre la cabeza y la frente.

Sin haber tenido tiempo de ir á Ménfis, ni á Tébas, al Cáiro ni á las Pirámides, sin haber siquiera visitado el emplazamiento de la antigua Nicópolis, salimos de Alejandría.

CAPÍTULO XXX.

TROMBAS MARINAS.—MALTA.

Sabido es que los barcos tienen ménos calado á proa que á popa. Con objeto de disminuir el calado de esta, para evitar que otro descuido del práctico dé lugar á un percance como estuvo á punto de sucedernos al entrar, dispone el comandante que todos los pesos de popa, como proyectiles, cañones, cadenas etc., sean trasladados á proa.

Con estas precauciones salimos del puerto sin novedad, y sin accidente alguno hacemos en siete dias la travesía de Alejandría á Malta.

La víspera de nuestra llegada á Malta, á las nueve de la mañana se vieron dos trombas por el S. S. O. Observé por vez primera este fenómeno. De dos nubes próximas partian en direccion oblícua dos columnas de agua que fueron alargándose y bajando gradualmente, atrayendo á sí otras dos co-

lumnas de agua del mar. Las olas por aquella parte agitábanse como si estuvieran en abullicion. Siguieron bajando las aguas de las nubes, subiendo las delmar, yjuntáronse porfin, estrechándose, confundiéndose en un abrazo los dos infinitos, las dos inmensidades.

Este fenómeno es debido, segun la opinion de algunos físicos, al movimiento de rotacion que se establece en el aire inmediato á las tempestades, y segun otros reconoce por causa la electricidad atmosférica.

Conócense estos fenómenos con la denominacion de *mangas* ó *trombas de aire* y *trombas de agua*, y segun la localidad divídense en terrestres y marinas. En tierra su energía es tal, que desarraiga los árboles más seculares y llega á destruir edificios enteros. En la mar el remolino de agua que forma en una gran circunferencia, constituye un grave peligro para los navegantes. No obstante se evita fácilmente disparando uno ó varios cañonazos, pues la detonacion agitando el aire é imprimiéndole un determinado movimiento deshace la tromba.

No bien llegamos á Malta fondeando en el puerto de Lavaletta, se presentó á bordo el cónsul de España, entregando al comandante órden del gobierno para que emprendiéramos el viaje á Cartagena.

Con este motivo, no nos detuvimos en Malta más que el tiempo necesario para hacer carbon.

La isla no presenta, vista desde el mar, ese riente aspecto que presta una lozana vegetacion. Por el contrario es árida, y su costa blanca y poco

elevada sobre la superficie del mar parece estéril.

La ciudad de Lavaletta, dividida en dos mitades por su hermoso puerto, es límpia, aseada, con buenas construcciones y hermosas calles y plazas. Esto solo pude ver en el único paseo que dí por la ciudad. A las diez de la noche ciérranse los comercios, los transeuntes se retiran, queda la ciudad casi desierta, y yo tambien me retiro á bordo lamentando no haber podido visitar la iglesia de San Juan y la Armería donde las armas se guardan de los caballeros que despues de haber defendido la isla de Ródas, estableciéronse en Malta por cesion de Cárlos V.

Con gusto hubiera visitado la gruta de Calipso, próxima á la bahía de San Pablo, si tiempo hubiera tenido para dedicarme á estas excursiones. Consuéleme, sin embargo, con la idea de verme en España dentro de pocos dias, que ya siento fatigado el espíritu; y tantos paisajes y pueblos que he visto como decoraciones de teatro, tan diversos trajes, idiomas y costumbres, islas, continentes, escollos, volcanes, todo se presenta ya confuso á mi imaginacion, y como dice el poeta:

Aturden, turban, marean
Tanta vision, tanto afan.

CAPÍTULO XXXI

TEMPORAL.—LLEGADA Á ESPAÑA.

Salimos de Malta con viento flojo, mar llana y cielo y horizontes acelajados.

Por la noche divisamos la costa de Africa por la amura de babor, desde cabo Bon á cabo Mustafá.

Transcurren cuatro dias sin novedad. Amanece el quinto con cielo y horizontes abrumazonados, viento fresco del S. O. y marejada. Por la tarde el viento, que ha continuado refrescando, es duro, la mar gruesa y el cielo presenta mal cariz.

Comienzan á bordo las precauciones. Desenvérganse las alas y rastreras, se calan mastelerillos, enciéndense en la máquina dos calderas más, échanse abajo las vergas de juanetes y sobres, se recorren las trincas de la artillería y se cierran las portas.

La noche es oscura; la mar engruesa y lanza pavorosos rugidos; el viento silba en la jarcia sacu-

diendo furiosamente las escalas y cordajes; las negras olas chocan y escalan los costados del buque como si quisieran sepultarlo. Aterrador espectáculo para el que lo presencia por vez primera; grandioso para el que acostumbrado á la vida de la mar conoce las condiciones del barco y no piensa en el peligro.

Por fin, á la una de la noche comienza á amainar el viento, y al amanecer queda flojo, y mar tendida. Amanece de buen cariz con cielo y horizontes despejados. ¡Qué alegría siente el ánimo cuando despues de una noche como la pasada al nacer el sol encuéntrase un firmamento limpio y transparente y una mar tranquila y bella!

Navegando á toda máquina con viento bonancible del O. y mar tendida de él, avistamos tierra por la proa á las tres de la tarde, reconociendo los Juncos de cabo de Palos. A las cinco estamos tanto avante con su farola.

Estas son las costas de mi patria; no acierto á explicar mi emocion. El sol se oculta majestuosamente tras la cima de las montañas; jamás su luz me pareció más expléndida, ni más bellas sus refulgentes tintas, ni más ricos los variados matices que coloran el horizonte.

El hombre es cosmopolita y todos los hombres son hermanos; pero así como entre nuestros semejantes guarda el corazon más profundo cariño para los séres que nos dieron la vida y para aquellos que con nosotros compartieron las horas de la niñez, así tambien por más que el mundo pertenezca al hom-

bre, existe siempre un pedazo de tierra y cielo, aquel en que vimos por vez primera la luz del sol, aquel cuyo recuerdo vá unido al sagrado recuerdo de nuestros padres, porcion de cielo y tierra que amamos tiernamente, y cuyo valor sabemos solo cuando las vicisitudes de la vida nos alejan de la patria. Sí, solo viviendo en lejanas tierras se puede comprender el profundo cariño que guarda el corazon para el suelo querido que nos vió nacer. Yo he recorrido muchas veces esta costa mirando sus accidentes con indiferencia, y hoy al ver estos riscos se esparce el alma, rebosa el corazon de alegría y aspiro el ambiente con el mismo afan, con la fruicion con que respira el aire libre el infeliz que ha gemido largo tiempo en oscuro calabozo.

A las ocho de la noche estamos N. S. con la isla de Escombreras y gobernamos para el puerto de Cartagena, dando fondo á las nueve entre los fuertes de Puadera y Santa Ana.

Dió fin nuestro viaje; estamos en España. Réstame solo hacer brevemente el prometido resúmen de mi excursion por Turquía.

CONCLUSION.

CARTA-EPÍLOGO.

Ignoro, amigo mio, si habrás podido forma idea del estado actual y costumbres de Turquía por los ligeros apuntes de mi DIARIO DE VIAJES. Habrás visto detalles, al parecer sin importancia, extrañando tal vez que al exponerlos no haya deducido de ellos consecuencias generales. Me he limitado á referir, del modo más exacto que me ha sido posible, todo cuanto veia, huyendo siempre de largas y enojosas disertaciones, suprimiendo lo que á mi personalidad se refiriera, porque esto á nadie más que á mí puede importarle, y acaso por tales razones no hayas encontrado interés en mis escritos. Pero lo que de novedad les falte, de veracidad les sobra.

Si esperabas que, como Lamartine, te contára las cantidades que dí á mis guias en calidad de gratificacion, ó te dijera como Chateaubriand que en tal

ó cual parte comí cordero asado, ó te refiriera con la candidez del abad Mislin alguna peligrosa aventura como la que á él le sucedió cuando se vió acometido por un perro, salvándole sin duda milagrosamente, no su serenidad, sino un palo que su guia llevaba; si esperabas, repito, todo esto, siento haber defraudado tus esperanzas. No he querido nunca hacer de mis viajes una novela.

Tal vez no haya conseguido mi propósito; tal vez no hayas podido formar idea de los lugares que he procurado describir; pero una vez terminada nuestra excursion, expondré mi criterio sobre la desdichada nacion que acabamos de recorrer, y si con él no estás conforme, en libertad quedas para formular el que más te agrade.

En los últimos siglos de la Edad Media, entretenida la Europa con esa titánica lucha sostenida entre el feudalismo y la monarquía, no echó de ver el peligro que por Oriente le amenazaba. Una raza enérgica y poderosa, con el fanatismo religioso por bandera y el anhelo de conquista por aspiracion única, destruye con orgullosa arrogancia el caduco imperio de Bizancio, se apodera de las más hermosas islas del Archipiélago, preciadas joyas de la antigua Grecia, llega hasta los muros de Viena y amenaza invadir la Europa.

¿Dónde está esa raza? ¿Ha muerto por ventura? No. La acabamos de ver, y aun hoy abyecta y degenerada conserva sus caractéres de altivez y fanatismo, porque los pueblos, al caer, guardan sus vicios despues de haber perdido sus virtudes.

Cuando una raza, cuando un pueblo persigue un ideal, trabaja, lucha y progresa para alcanzarlo; pero si al conseguirlo otro ideal nuevo no surge para reemplazar al ya realizado, si ese pueblo cree haber ya cumplido su mision y juzga llegado el momento de detenerse en la senda progresiva por donde caminaba, entonces comienza la degeneracion que concluye con la muerte. Y no es, tal vez, que este pueblo retrograde, es que la humanidad avanza, y de una manera forzosa queda rezagado aquel que se detiene, La humanidad, lo mismo que la materia, está regida por la eterna ley del movimiento, y la inercía es la muerte.

No cabe volver atrás ni detenerse, porque una ley infinita nos empuja hácia adelante. No cabe creer realizado el fin humano, porque el pensamiento no tiene fin. Constantemente se forman en nuestro planeta nuevas islas que surgen del seno de los mares; constantemente nuevos mundos aparecen en el espacio, porque el trabajo de la creacion es eterno, y así para la humanidad surgen nuevos derroteros, ideales nuevos que hacen indefinido el espíritu del progreso. Y así como en la materia los nuevos séres que nacen reciben la vida á expensas de los elementos de otros séres que fueron, así tambien en la humanidad los pueblos y las razas crecen y se desarrollan perfeccionando las instituciones de otras razas y otros pueblos que fueron antes, y, al intentar detenerse, sucumbieron arrollados por el carro majestuoso de la civilizacion.

Y lo que sucede con los pueblos acontece del

mismo modo con las instituciones todas, porque al progresar la humanidad, progresa y se perfecciona la conciencia. Y así hemos visto morir las antiguas religiones y vemos otras decaer por no hallarse á la altura de la conciencia humana.

Esta ley eterna se cumplió en los antiguos imperios asiáticos, como se cumplió en Grecia y Macedonia, y en Roma y en Bizancio. Y esto mismo ha sucedido en Turquía. Quiso estacionarse, quiso vivir apegada á sus antiguas costumbres y tradiciones, y mientras Europa avanza y llega al siglo XIX, sigue Turquía viviendo en el siglo XVI. Su religion y sus leyes, la familia y la sociedad, no responden á las necesidades de la época en que vivimos.

La religion de Mahoma, creando una sociedad de hombres y relegando á las mujeres, en sociedad aparte, al último rincon del hogar doméstico, como séres únicamente destinados á satisfaccion y recreo, sin llenar otra mision que la perpetuidad de la especie, tenia por objeto no ligar al hombre con tales lazos de familia que pudiera decaer su valor en la lucha, en los tiempos en que la guerra y la conquista parecian constituir la única aspiracion de los pueblos. Pero cuando la razon concluya el trabajo, há tiempo comenzado, de destruir todos los fanatismos, cuando la religion de la ciencia y la verdad impere, ¿qué será del islamismo?

Las leyes de Turquía, despóticas en todo, el Sultan señor de vidas y haciendas, jefe del Estado y de la religion, la arbitrariedad por sistema, el capricho por guía, el pueblo considerado como propiedad del

Gran Señor, la negacion absoluta de todos los derechos, ¿no son incompatibles con todo adelanto, con todo progreso? Esa ciega sumision, nacida del temor, no del respeto, del pueblo á los magnates que lo explotan y atropellan, de los magnates al Sultan que puede despojarlos de sus riquezas, nos revela la existencia de un pueblo esclavo á merced de su dueño.

La familia, dentro de la cual los hijos no tienen la misma madre, una mujer favorita y otras várias compartiendo el afecto de un hombre, éste abandonando la primera educacion de sus hijos á los cuidados de sus madres respectivas, los hijos abandonando el hogar paterno á la ocasion primera, una familia así constituida, ¿puede tener lazos de cohesion? Y si las virtudes privadas engendran las virtudes públicas, ¿cómo pueden educarse ciudadanos dignos en el seno de una familia en que el lazo del amor no existe?

No puede ménos de vivir en la abyeccion una sociedad cuyas bases, religion, leyes y familia, son de tal modo viciosas.

Hoy, sin embargo, obsérvase en Turquía un fenómeno cien veces repetido en la historia de los pueblos. Despues de estacionarse, no puede sustraerse al influjo de la civilizacion, se siente atraida por su espíritu magnético y poderoso, como las grandes masas en movimiento atraen á las pequeñas y pretende avanzar de nuevo. Pero sin conciencia, sin ideal, encontrando invencibles obstáculos en añejas y arraigadas preocupaciones religiosas y sociales,

avanza con paso torpe é inseguro. Y aquí nos encontramos con un hecho, que si ha tenido lugar en la historia de todas las naciones, hoy solo puede verse en Turquía.

En Europa los pueblos empujan, los poderes resisten. En Turquía sucede lo contrario: empujan los poderes y resiste el pueblo. Visita un Sultan ilustrado la Exposicion de París de 1867, y ante la gradeza de la civilizacion moderna allí revelada, se apodera de él un noble afan de reformas, se avergüenza del atraso del pueblo que gobierna y se propone hacerlo avanzar.

Establece pensiones para que unos cuántos jóvenes se eduquen en Europa, lleva á sus arsenales ingenieros ingleses, propaga el establecimiento de colegios extranjeros en Constantinopla, y de este modo va preparando una nueva generacion que haga entrar á Turquía en el concierto de las naciones civilizadas. Pero el mal es muy profundo, no puede arrancarlo de raíz, y como jefe de una religion fanática tiene que transigir, en la forma al ménos, con muchas preocupaciones. Por esta razon sostiene el harem; pero en su vida privada apénas lo visita sino oficialmente, y vive con una sola mujer. Dado el primer paso, tiene que sentirse su influjo en las costumbres: adquiere mayor libertad el bello sexo, y poco á poco van prescindiendo las mujeres del paño con que preceptúa el Koram que se cubran el rostro, y salen á la calle con un ligerísimo velo blanco, que embellece más que oculta sus facciones. ¡Escándalo inaudito que reprueban los creyentes!

Los esfuerzos del poder se estrellan en la apatía, en la inercía de un pueblo ignorante; el Sultan se enajena las voluntades, el pueblo sigue dormitando en su indolencia, los magnates conspiran contra el Sultan y éste muere al fin con la amargura de no haber realizado su obra.

La degeneracion de los turcos no ha llegado aún al punto de hacer presagiar su muerte. No han perdido la altivez de su carácter: valientes como todos los pueblos fanáticos é ignorantes, solo la guerra alcanza á sacarlos de su indolencia. Hoy la guerra con un pueblo brutal y sanguinario no ménos atrasado en punto á libertades políticas viene á exaltar el fanatismo de los turcos y á hacer estériles las iniciadas reformas. Esta guerra no es la lucha de la civilizacion contra la barbárie, es el choque de dos pueblos ignorantes, impulsados el uno por sus tradiciones, y el otro por satisfacer su espíritu guerrero, su afan de conquista y la ambicion de sus señores.

¿Qué nos guarda el porvenir? ¡Quién sabe! Tal vez esa calamidad que se llama guerra sirve para destruir unas veces y regenerar otras á los pueblos decrépitos.

Recientemente hemos visto liberalizarse á Prusia, despues de sus victorias sobre Austria, y levantarse á Francia, curada de sus vicios, despues de sus derrotas. Tengamos fé en la causa de la humanidad, tengamos fé en la causa del progreso, que aunque por un instante aparezca su luz próxima á extinguirse entre las opacas nubes de la ignoran-

cia, pronto brilla más refulgente y bella, como el iris despues de la borrasca.

Concretando lo expuesto, resumiendo mis impresiones, sintetizando mi opinion diré que el atraso de Turquía es el escarnio de Europa. Creo, sin embargo, que su regeneracion ó su muerte será la obra de la civilizacion ó del tiempo.

FIN.

ÍNDICE.

Capítulos. Páginas

Capítulos. Páginas.